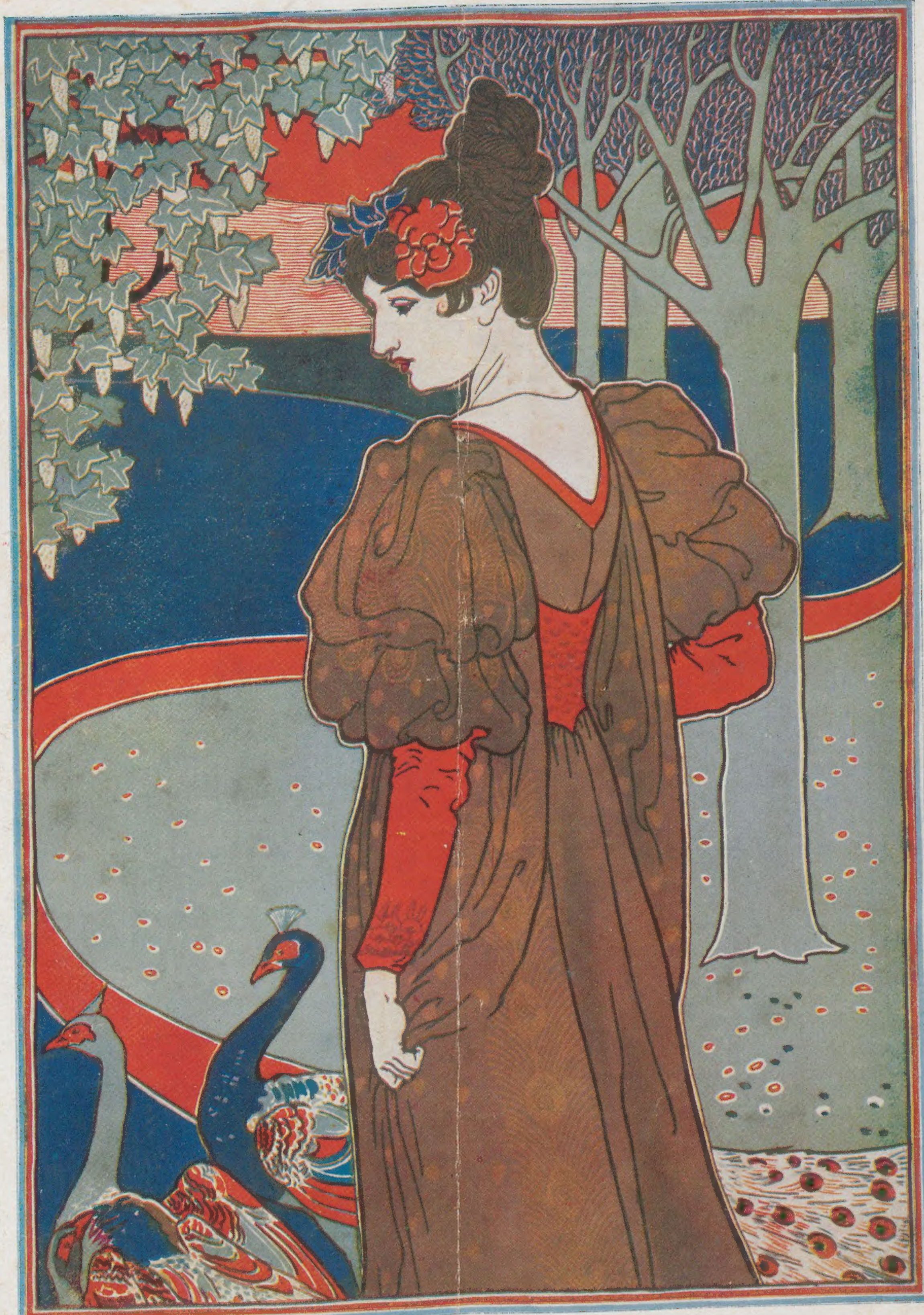
Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"FLOR DE GRANADO"

Por Luis Rhead

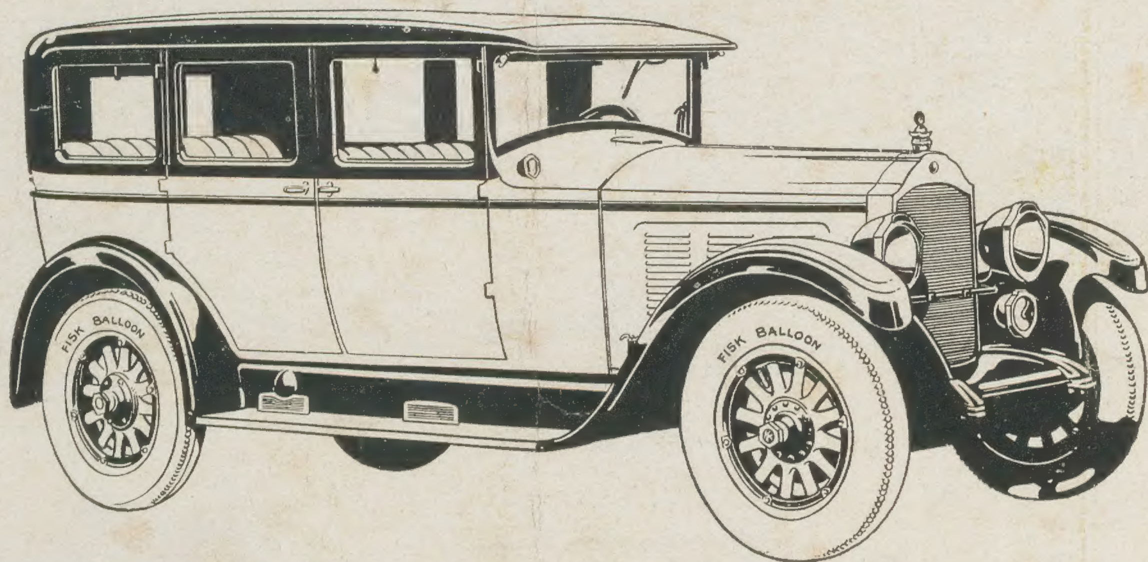
N.° 852

Una conquista imponderable

Los grandes vuelos a través de los océanos, no solo han comprometido el entusiasmo universal por la destreza y el espíritu de sacrificio de sus héroes sino que también han despertado la admiración sin límites por el magnífico perfeccionamiento de las máquinas.

Esos acontecimientos memorables han provocado un respeto mayor a los progresos de la ciencia mecánica. Como consecuencia, en la actualidad, se considera más detenidamente el mecanismo antes que la apariencia.

En los dominios del automovilismo el motor Knight es la más hermosa conquista contemporánea. Ha reemplazado las válvulas a resortes, sintetizando el funcionamiento a la expresión más sencilla y perfecta. El carbón, por ejemplo, producto inevitable de la combustión, de cuya tiranía destructora ningún auto ha podido sustraerse, en el Willys-Knight, en cambio, contribuye a aumentar su fuerza, con lo cual se ha hecho lo mejor y lo único que se podía hacer: De un enemigo el más poderoso aliado.



WILLYS-KNIGHT

Desde $ 4.250.= hasta $ 10.750.= m/n.

HAMPTON, WATSON y Cia

Salón de Exposición y Ventas:
CERRITO 702

BUENOS AIRES

Oficina, Talleres y Repuestos:
B. PEREZ GALDOS 126

Sucursal en Santa Fe:
SAN MARTIN 2628

Sucursal en Mendoza:
LAVALLE 28

 FRAY MOCHO 

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, agosto 21 de 1928 — N.º 852

Las grandes "liquidaciones", por Rojas

No debe extrañarnos nada,
si, por cambio de patrón
y final de temporada,
también la Casa Rosada
tiene su "liquidación".

LA MADRECITA

Por Ernesto Mario Barreda

Con aquel pampero, que soplaba hacía tres días seguidos, entre ráfagas de nieve y gotas raleadas de lluvia, el rancho perdió una parte del techo, que se fué volando, y allá quedó contra el alambre. Rechinaban las chapas a cada golpe de viento.

Venía en ondas, con intermitencias, la furia del temporal que de pronto parecía amainar y volverse suave como una brisa, para ir creciendo, creciendo poco a poco, hasta llegar a una crisis de paroxismo.

En esos momentos los árboles se agitaban enloquecidos, y un bramido largo retumbaba en la noche negra, se desgarraba sobre las tenumbres del pueblo.

Los tres chicos se acurrucaron tratando de darse calor con sus cuerpecitos. Una franja blanquecina aparecía sobre el horizonte. Y amaneció el día, un día que parecía de acero, duro y cruel.

—Chita, — dijo el más pequeño, — ¿tata no vino anoche?... Yo tengo hambre.

—No, no vino... — contestó la niñita, con una expresión grave,— se habrá quedado en la isla... jué a hacer un pozo... dijo que iba a volver ayer, pero no vino.

—¿Sa habrá emborrachado? — preguntó ingenuamente el otro varoncito, algo mayor.

—¡No sé... calláte, pavote!... ya vistes que el otro día te pegó por eso mismo.

—Sí, me pegó... pero otra vez que me pegue me viá dir de acá.

Sentados en el suelo, entre montones de fierros viejos, latas, aparatos hidraulicos ferrugientos y desparejos, — adquiridos por el padre en sus merodeos — las criaturas conversaban con una expresión triste en sus caritas sucias.

Habían cavado un hoyo en el piso de tierra y, como tres animalitos, hacían su nido allí tapando los cuerpos con algunas bolsas viejas de arpillera.

El padre, borracho siempre desde la muerte de la mujer, había abandonado todo, los hijos, la casa, el trabajo de pocero que sólo a ratos ejercía, lo había abandonado todo menos su afición a la bebida. Faltaba del rancho a veces hasta una semana. Y entre la gente del vecindario, que era un puñado de miserables casuchas, se les daba algo de comer a las criaturas, para que no se murieran de hambre.

Vagaban así rotosos, revolviendo los desperdicios o juntando frutas silvestres entre los cercos. Esta vida les había impreso en el rostro una expresión huraña, con aquel pelo largo, asoleado, que les caía sobre los ojos, como la pelambre de una alimaña. Jugaban a veces, con una santa inocencia, o corrían seguidos por un perrillo desgarbado, tan hecho a sus costumbres que parecía de la familia.

Ya se sabía, cuando los chicos golpeaban en la casa de alguno:

—Che... ahí están los hijos de "Caradura"... trae una galleta para darles...

Y con un bocado que comían y un poco de hambre que pasaban, seguían viviendo.

Cuando el padre llegaba, se oía de noche un ulular de cantos báquicos, mezclados con alguna palabrota. La nariz roja, la barba crespa hecha un matorral; su traje azul ya muy raído y sucio de aceite, le daba una apariencia de obrero. Y lo había sido y de los buenos: muchos del pueblo dormían aún sobre las camas de hierro que fabricara. Luego se dedicó a trabajar de pocero, cuando la "desgracia", porque así se pasaba el día alejado de allí, olvidando... Finalmente, se dió a la bebida.

—Chita, — repitió el chiquilín,— yo tengo hambre, sabés...

—¡Y que querés que le haga!... Yo no puedo volverme comida... bueno, no llorés, — agregó viendo que el niño empezaba a sollozar,— ahora viá dir a ver a la panadera... algo me va a dar ¿sabés, Juancito? bueno, no llorés...

Era como una pequeña madre de los dos hermanitos. Tendría apenas diez años y en su cara flacuchina, en sus ojos tristes, había ya una seriedad responsable.

Les dijo que la esperaran y salió descalza y con su roto vestidito de percal por todo abrigo. Cuando recibió en pleno cuerpo el primer chicotazo del viento, se contrajo toda, apretando los brazos al pecho, con la naricilla hecha un filo en el rostro que el frío amorataba. Y para pelear con el viento, empezó a correr hacia la panadería, perdida allá entre las casas del pueblo.

Chita tropezó con Lúcas, el de Iparragui, que venía en dirección a la vía, con un carro cargado de fardos. Tomó otro camino: le disgustaba aquel tipo. No es que fuera malo, pero siempre le decía cosas que no entendía. Llegó hasta el almacén de los cuatro hermanos Cogliati, rubios, altos, desgalichados, y que ninguno de los cuatro sabía leer ni escribir. Se perdió tras una empalizada que rodeaba las canchas de bochas, a la sazón desiertas, entre los álamos desnudos.

* * *

—¿Vos no comés, Chita?... — dijo el niño mayor, que se llamaba Miguel, viendo asombrado que la hermanita no comía del queso y la galleta. Luego, para justificar su voraz apetito, agregó: — mirá que has tardado, sabés...

Chita no contestó. Al volver con lo que le dieron, se sintió tan mal, en un estado de agitación tan angustioso, que dejó ante los hermanitos las provisiones y ella se tiró, más que dejó caer al suelo, a su lado. No tenía hambre, sentía un frío muy intenso y tiritaba.

Había andado toda la mañana en procura de aquello. Primero, la panadera no estaba en el mostrador y el peón que atendía, con esa cara de bruto, la había arrojado dos veces de la puerta, sin darle nada. Por fin, apareció la mujer toda empolvada, abrigada hasta los ojos con un rebozo de lana y quejándose del frío.

—Y bueno... ¿ya estás ahí otra vez?... ¡qué sea la última!... es fácil, si echar hijos al mundo para que otros los mantenga... tomá y andate!

Tomó las galletas con mano ávida, con un brusco zarpazo de gato, y salió corriendo ante la indignación de la panadera, porque se iba sin dar las gracias.

Pensó volver al rancho en seguida, pero quiso tentar aún la suerte. ¿Si les llevara un pedacito de queso? Que sorpresa y alegría para los chicos... Entró en el almacén.

Estaba desierto y se acurrucó entre unas bolsas, asustada por el estruendo con que sonara el timbre, al abrir la puerta. Don Juan saldría creyendo que se trataba de algún parroquiano y era ella que iba a pedir...

—¡Ah! ¿sos vos? pero mirá que tenés... bueno ¿y qué?... venís a pagarme la cuenta de tu padre... ese caradura... Con razón le pusieron "Caradura"... en copas no más me debe como veinte pesos...

Desahogado por fin, levantó una campana de vidrio donde se acartonaba una vieja tajada de gruyere y se la tiró sobre el mostrador:

—Aquí tenés... y que no te vea más por aquí... ¡Vas a ser una pieza, vos!

Al salir del almacén fué cuando sintió como una gran pereza de andar. El frío ya no le molestaba, y, apretando contra el magro seno su tesoro, siguió caminando lentamente, porque las piernas le pesaban cada vez más. Hasta que llegó al rancho y se tiró sin fuerzas.

Miguel y Juancito roían y devoraban en silencio el trozo de queso y la galleta dura. A veces se sacaban de la boca un pedazo muy grande y cesaba por un momento la masticación. Juancito dijo de pronto:

—Si no come Chita, mejor pa mí...

—Ya habrá comido, zonzo... — aclaró Miguel lo que resultaba al principio un enigma inexplicable.

—¡No! ¡No!... — murmuró Chita entre dientes. — Pero no quiero...

Y dejó caer la cabeza, acurrucándose en el hoyo, mientras los oídos le zumbaban.

Sin embargo, los chicos, al llegar a esa altura de su banquete, se detuvieron.

Quedaba un pedacito de galleta y un trozo de queso. Lo dejaron, echándole miradas de codicia. Esperaron un rato, sintiendo un grato calor en el estómago. La tarde ya obscurecía, en esos días cortos del mes de julio. Se hizo casi noche en el rancho destartalado...

Chita no daba señales de tomar su parte, pero aún esperaría un rato más. Con la noche próxima, el viento se volvía más fuerte, más helado, mugía con un silbido siniestro.

Un balido desgarrador vino desde lejos, entre el crepúsculo de una hostilidad desconsoladora. Los niños pensaron en aproximarse porque tenían frío. Una mano pequeña se estiró para tomar el queso y el pan y tropezó con otra mano, que también buscaba lo mismo. En la obscuridad se repartieron:

—Chita no quiere... — dijo Miguel.

—No, no quiere... — murmuró Juancito con la boca llena.

Chita dió un largo suspiro y nada contestó.

En su cabeza había como una danza de alfileres, que le pinchaban sin cesar.

Hormigas heladas y ardientes le recorrían las piernas; los brazos le dolían; un chucho constante le castañeteaba los dientes...

Los pequeños, ya satisfecha su hambre, se fueron arrastrando hacia el hoyo, y, lentamente, se acercaron a su hermanita, con un poco de remordimiento por haberle comido su parte.

Pero la noche extremaba su crudeza. Se acercaron más, más aún... El cuerpo de Chita estaba calentito, parecía de fuego. Los niños se apretaron a ella, como dos pichones bajo el ala. El sueño besaba sus párpados. Se apretaron mucho, abrazados al cuerpecito ardiente de Chita, que se moría de frío...

LOS DIAS SIN SOL

El lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene,
con los feroces ojos inyectados
en sangre helada, fijos y crueles.
¡Maldito lobo invierno que te llevas
los viejos y los débiles!

¡Reunámonos que todos
tengan una familia,
un libro y fuego alegre!
Y mientras, fuera, el hacha
el tronco seco hiende,
que será rojo en el hogar, cerremos
la puerta y el balcón... ¡Dios no nos quiere!

¡Tregua! Seamos amigos...
La tibia paz entre nosotros reine,
en torno de la lámpara que esparce
la tranquila poesía del Presente.

Y tú, mi amada, cuyos rojos labios
son ya la sola flor, dámelos... ¡quiéreme!

. . . .

¡Qué el lobo blanco del invierno,
el lobo blanco viene!

Manuel MACHADO.

Los tres confidentes

Por L. E. White

La simulación es el más poderoso instinto de la mujer; pero está compensado por la inclinación a las confidencias.

Tres son los confidentes del bello sexo: el diario, el espejo y la almohada. En su diario, la mujer formula preguntas en las que vuelca un poco de sí misma; ante su espejo, habla, aunque no de todos sus secretos; únicamente a su almohada revela la verdad.

* * *

Eva Vigo cruzó aquella tarde hacia su secreter, y extrajo su diario de una gaveta, disponiéndose a fijar en él las impresiones de ese día.

Era Eva una mujer pálida como una magnolia, y tenía todos los atractivos físicos y espirituales de quienes han sentido su cuerpo y su alma modelados por los suaves dedos de la dicha. No obstante, sus pupilas parecían preñadas de misterio...

Al tomar la pluma, sonrió. Era el aniversario de su casamiento, y deseaba confiar a su diario lo que no se hubiera atrevido a confiar a su mejor amiga.

"Diario — escribió—. Es el décimo aniversario de mi boda. ¿Recuerdas aquellos tiempos en que mi corazón, zozobrante y amilanado, no se resignaba a sobrellevar la vida sin obtener el don del amor con que soñaba? Hube de someterme, a pesar mío, y aceptar que el destino dispusiese de mi vida como se le antojase. No puedo quejarme, sin embargo. Si no he realizado mis más íntimas aspiraciones, he logrado, en cambio, adaptarme y someterme sin amargura a los designios de lo alto. Ahora que he recorrido tan largo trecho de camino, puedo mirar hacia atrás y otear el pasado sin descorazonarme. La serena dicha del presente me resarce de todas las inquietudes de antaño. Vivo regalada como una niña mimosa. Nada me falta, nada necesito. La felicidad de cuantos me rodean — mi esposo, mis hijos, mi hermana, mis amigas— parece depende del más insignificante de mis gestos o de mis palabras.

"Diario: ¿puedo decir: He triunfado?".

El diario aceptó aquellas declaraciones, pero no dió la respuesta que Eva esperaba, porque era el más pasivo, el más sumiso de los confidentes.

Eva cerró el pequeño broche de oro del libro. En ese preciso instante, una "voiturette" atronó la calle con el estrépito de su escape abierto y frenó de golpe bajo la ventana. Un minuto después, Patricia, la hermana menor de Eva, irrumpía rauda en el escritorio.

Patricia era una ágil y nerviosa muchacha moderna. Producía la impresión de ser, a pesar de la elegancia de su porte y de la delicadeza de su tocado, una indómita criatura hecha a la vida agitada e intensa de las selvas. Sus ojos tenían ese relampagueo característico de quienes no temen mirar de frente al sol; su tez, la coloración mate con que los vientos embellecen las mejillas expuestas a sus rudas caricias; sus movimientos, la impulsividad de los temperamentos varoniles.

—¡Patricia! ¡Cuánto me alegro de que se te haya ocurrido venir hoy! —exclamó Eva al verla.

Pero Patricia ignoraba el significado de ese día. Para ella era simplemente un jueves.

Recostóse en un canapé y paseó la vista por la estancia, murmurando:

—Más te alegrarás cuando sepas a qué he venido. No adivinas? —y sonrió con una sonrisa que en vano intentaba disimular una profunda emoción.

—Hija... Si no me dices...

—En dos palabras: he recibido una propuesta de matrimonio.

—¡Vaya! No me lo esperaba. Te felicito. ¿Y quién es él? ¿Algún joven que yo conozco?

—Desgraciadamente, no es un joven, sino una persona que *fué joven*. Tiene, sin embargo, todas las cualidades que pueden exigírsele a un hombre moderno. Es, por de pronto, riquísimo. Y convendrás que la riqueza no es una virtud despreciable. ¿Qué te parece? ¿Debo aceptarlo?

—¡Hum! No nos precipitemos — respondió Eva.—Vayamos por partes: ¿estás enamorada de él?

—¿Enamorada? — inquirió Patricia con un dejo de mofa.— ¡De ninguna manera!

—Entonces no debes casarte con él.

Patricia entornó los ojos, hizo un mohín de disgusto, y articuló:

—¡Ya sabía que ibas a responderme eso! Veo que aún no estás curada del romanticismo no me inspira desdén. Todo lo contrario. Pero... la vida es muy distinta de como nosotras desearíamos que fuera.

Eva intentó defenderse, débilmente.

—No, Patricia... Eres demasiado joven para comprender ciertas cosas...

—¿Demasiado joven? ¿Pretenderás salirme con la muletilla de la experiencia? ¡No, por favor! No olvides que vale más buen sentido de joven que experiencia de viejo.

—Tonterías con que los jóvenes justifican sus mayores desatinos. La vida...

—No; no son tonterías. En última instancia, recuerda que tengo exactamente la misma edad que tú tenías al casarte.

—No hablemos de eso. Ahora se trata de tí — advirtió Eva.

Los labios de Patricia se contrajeron en una mueca de impaciencia.

—Perfectamente. Pero he venido a pedirle un consejo, y justo es que al dármelo tengas en cuenta lo que a tí te sucedió. Cuando te casaste, ¿estabas acaso enamorada de Tomás?

Los ojos de Patricia adquirieron una dura fijeza. Eva calló.

—No lo estabas — prosiguió la joven.—No obstante, eres una mujer feliz. Todas tus amigas te envidian, y se ven en la dolorosa obligación de confesar que has realizado un matrimonio ideal.

Eva sonrió. Aceptaba aquel cumplido íntimamente complacida, como una diosa que ve elevarse ante sus ojos una plácida nube de incienso.

Pero su sonrisa desapareció cuando Patricia dijo:

—Quiero lograr cuanto tú lograste. Y no te quepa la menor duda: lo lograré.

—No, Patricia. Un matrimonio sin amor sería un infierno para tí.

—¿Por qué? Nuestros casos son exactamente iguales. ¿Vives tú en un infierno?... Contéstame. No temas decirme la verdad.

—¿Qué verdad?

—La verdad. Estoy cansada de ver a las mujeres fingir una felicidad que no poseen. Es inútil que tú quieras ocultarme la tormenta que se desarrolla dentro de tu corazón. Tú, que eres mi hermana, estás en la obligación de ser sincera conmigo. Reconoces que no te has casado por amor. Responde, ta. Sigo tus pasos.

Eva miró hacia el secreter. Su diario contenía la respuesta. En forma clara y serena repuso:

—Sí, soy feliz, completamente feliz.

* * *

Una sombra de duda obscureció el rostro de Patricia. La joven se incorporó, dió algunos pasos por la estancia y, deteniéndose bruscamente, concluyó:

—Bien. Ni una palabra más. Me casaré... No; no me mires con esa cara, Eva. Quiero imitarte, y conquistar esa dicha de que ahora disfrutas. Tu vida es una prueba de que la inteligencia y la voluntad pueden hacernos alcanzar lo que los sentimientos se niegan a darnos. Estoy hecha de tu misma pasta. Sigo tus pasos.

Eva ocultó la cara, para disimular su turbación, en un gran ramillete de rosas dispuestas en un jarrón.

—Escúchame, Patricia — pidió luego.—Quisiera decirte dos cosas, únicamente. Quizá sean un poco rudas, pero debes perdonármelas en razón de la sinceridad con que te hablo. En primer lugar: casándote tan joven y con un hombre que no te inspira pasión alguna, corres el riesgo de enamorarte más tarde... y no de tu esposo.

—¿Te sucedió a ti lo mismo?

Eva titubeó. Por fin, dijo:

—No; pero...

—Pero nada — la interrumpió Patricia con brusquedad.—Si me enamorase de otro hombre, sabría ahogar mis sentimientos. ¿No me crees capaz de ello?

—Sí. Examinemos entonces la otra posibilidad. ¿Si en cambio de ser tú fuese tu esposo quien...? No; no me cites el caso de Tomás. Mi marido es un hombre que por su misma carencia de condiciones físicas hallaría alguna dificultad de suscitar sentimientos hondos en otra mujer. La persona con quien quieres casarte posee, según tú misma me has dicho, todas las cualidades que pueden exigírsele a un hombre moderno. No sería difícil, pues, que conmoviese el corazón de cualquier otra joven... Mientras esto no sucediese, ningún esfuerzo te costaría convencerlo de que lo amas de verdad. Pero después... después no. Un hombre necesita ser ciego, para no advertir la diferencia que existe entre las caricias de una mujer que ama y otra que finge amar.

—No temo nada de eso. Mi novio está inoculado contra el amor. Es decir: no ha tenido reparos en confesarme que ha amado a otra joven muy parecida a mí. No te asombre: la franqueza es la mayor de sus virtudes.

Eva abandonó su acento plácido para exclamar:

—¿Cómo? ¿Te ha confesado eso, y tú tan tranquila?...

—¿Qué hay de malo en ello? Creo que debo estarle agradecida.

Eva se sintió desarmada. ¿Cómo explicarle a la hermana todo el secreto de su vida y convencerla de que realizar aquel matrimonio sin amor, aquel matrimonio que más bien parecía un frío y mutuo sacrificio, era una locura?...

Levantó la cabeza, y sorprendióse viendo su imagen reflejada en el espejo. Y como el espejo es el más severo crítico de la mujer, Eva descubrió, al mirarse, el amargo rictus que contraía sus labios. Era el síntoma exterior de la lucha que se entablaba en su alma.

Quería salvar a Patricia, pero comprendía que todos sus esfuerzos serían inútiles e irían a estrellarse contra la obcecación de la hermana.

La verdad, únicamente la verdad podía salvar a la joven. ¡Ah, si sus labios se atreviesen a decir la verdad!...

* * *

Patricia había salido al jardín a jugar con los niños. Eva, desolada, se colocó delante de su espejo.

—Espejo — pareció decirle con los ojos.—Tú me muestras el rostro de una mujer feliz, joven, fuerte. Y me dices también que soy hermosa. Pero yo sé que la púrpura de mis mejillas es el ardor de la fiebre y que el brillo de mis ojos es el fulgor de las lágrimas.

"Hoy necesito, sin embargo, recurrir a todas mis energías, para tener el valor de confesar la verdad a mi hermana. Pero esta responsabilidad es un peso mayor al que puede soportar mi alma atribulada.

"Debo ayudar a Patricia. Debo impedirle caer en el abismo al que la arrastra su inocencia... ¿Quién me impide hacerlo?... ¡Yo! ¡Yo misma! ¡Nadie más que yo me intercepto el camino!...

"Si hablo, derribaré de golpe el edificio que mi hipocresía levantó sin desmayos, con tenacidad. Si callo, seré la única culpable de la infelicidad de Patricia.

"Espejo... Mi espejo: ¿qué debo hacer?..."

Pero el espejo se limitó a reflejar la imagen que recibía.

* * *

Paseábanse impacientes aguardando a Tomás. La tardanza del esposo no inquietaba a Eva cuanto la pregunta que le martilleaba los oídos: "¿Qué debo hacer?"

Patricia rompió el silencio exclamado:

—¡Tiene gracia! Aún no te he dicho quién es mi esposo.

—Cierto — repuso Eva lacónicamente.

—Es un caballero distinguidísimo, de la mejor sociedad de Londres — explicó la hermana.—Tal vez hayas oído hablar a él. Es uno de nuestros mejores jugadores de polo. Alberto Adams. ¿Lo conoces?

Eva tembló. ¡Alberto Adams!... El hombre que...

El repiqueteo del teléfono la distrajo de los dolorosos recuerdos que acudían a su mente. Adelantóse hasta el aparato, pero ya Patricia había tomado el tubo.

—¡Hola¡... ¿Tomás?... Sí, con Patricia... ¿Cómo dices?...

La voz de la joven pareció ahogarse.

—Sí... Sí... Entiendo... Le diré... Pero... ¡Oh!... Tomás, tú no debes... ¿Quieres hablar con ella?... Sería mejor... Yo... Bueno... Adiós...

Colgó el tubo. Sus últimas palabras habían sido pronunciadas con desgarrada entonación.

—¡Patricia! — gritó Eva.—¿Qué sucede?... ¿Qué te ha dicho Tomás?

—Nada... Nada... — murmuró la joven palideciendo como una muerta.

—¿Cómo nada?... ¿Por qué estás así, entonces?... ¿Qué pasa?—

Insistió tomando la cara de Patricia entre sus manos.—¡Habla! ¡habla.

—¡Ah, es horrible! — sollozó la joven.—Tomás... se marcha... Te deja.

—¿Me deja?

—Sí. Telefoneaba desde Dover. Parte esta noche para París... Con Cecilia... con Cecilia Rain.

Eva miraba a la hermana sin comprender.

—¿Con Cecilia Rain?... No entiendo... No entiendo... explícame.

Patricia hizo un esfuerzo y balbuceó:

—Amaba a Cecilia desde hacía mucho tiempo. Se marcha con ella, a pesar de reconocer la infamia de su conducta, obedeciendo a una pasión más poderosa que el cariño que te profesa... Te pide que lo perdones.

Eva, serenándose, articuló con voz firme:

—El es quien debe perdonarme, porque yo no lo amaba... Escucha, Patricia. Tú querías saber la verdad. Y la verdad es ésta: He vivido fingiendo, simulando, mostrando a mi esposo y a la gente un semblante que trasuntaba dicha. Mi orgullo me prohibía exhibir las llagas de mi alma. Tú tienes mi mismo temperamento; por ello sé que ahora debo confesarte que mi felicidad fué una farsa. Y tengo más derecho que nunca a afirmar que un matrimonio sin amor es un infierno.

Patricia se mordió los labios para contener las lágrimas que asomaban a sus ojos:

—Gracias, Eva. Te prometo cumplir tu consejo, porque hoy he aprendido la verdad, toda la verdad.

* * *

¿Toda la verdad?

No. Esa noche, Eva, al hallarse a solas en su cuarto, se dejó caer sobre el lecho, y, sollozando ocultó la cara en la almohada — su tercer confidente.

Entonces dijo *toda la verdad*, toda, la dolorosa verdad.

Evocando los recuerdos que el nombre de Alberto Adams despertaba en su corazón, murmuró:

—¡Alberto!... ¡Alberto!... Ahora que soy libre y que podía consagrarme a tu amor, has interpuesto entre nosotros a Patricia... Ella no te ama; no se casará contigo... Pero yo deberé renunciar a ti, para evitarle este nuevo sufrimiento... Fingiré, seguiré fingiendo y mostrando a los ojos del mundo, un semblante feliz...

El caballo

Con admirable regularidad pasaba al amanecer. Era un carro pesado, de las quintas; y el caballo robusto, ceniciento, de cabeza gacha: caballo viejo probablemente. El ritmo era siempre el mismo, el paso el mismo; el chirrar de las ruedas embarradas, el mismo. Por el medio de la calle — la calle solitaria y gris a esa hora, — carro y caballo adelantaban dejando a ambos lados distancia igual hasta las hileras de árboles tranquilos. Por fin se perdían en el fondo de la calle y el último farol brillaba, en lo alto, exactamente sobre el eje longitudinal del vehículo.

Y siempre así.

En lo alto del carro, tendido sobre los lienzos de primicias hortelanas, como la esfinge echada que escudriña la lejanía, iba el hombre. Yo murmuraba, alguna vez, con cierto acento de poema:

"¿Acaso el carro no es un símbolo?" La fuerza atada y puesta en una dirección que la cabeza tenebrosa del irracional no concebiría; y arriba, el hombre, la luz, la pupila que ve lejos, la mente que reflexiona y ordena, la mano que guía".

Y todo hubiera ido lo más bien, dentro de ese acento poemático, si esa mañana no hubiese acontecido algo inusitado, que es la piedra de toque de las verdades.

Había en medio de la calle, exactamente en medio de la calle, una paloma herida. Muy de madrugada suele haber palomas heridas en las calles solitarias, palomas cansadas, que en las tinieblas tropezaron con una pared y cayeron.

Al llegar el caballo al sitio donde yacía el ave herida, se detuvo, alargó el pescuezo y la olfateó, trémulo el belfo; luego, sin dejar de mirarla, caminó de lado, hasta formar un ángulo recto, y carro y caballo se desviaron a la izquierda, prosiguieron andando y pasaron a un lado de la paloma, no sobre ella, como hubieran pasado a seguir como de costumbre.

El carro iba tan lentamente que creí posible alcanzarlo y hablar a la pupila que veía lejos y a la mano que guiaba segura, aprobándoles el acto que acababan de realizar.

Ya cerca, advertí dos cosas estupendas: las riendas estaban sueltas, caídas sobre la grupa del animal y del hombre, silencioso e inmóvil como una esfinge, dormía... ¡Dormía!

—¡Eh! — grité y extrañamente resonaba la voz en la soledad de la madrugada. — ¿Duerme? ¿Quién guía el carro?

En su perfumado lecho de albahaca y romero, el hombre se incorporó. Me miró con ese asombro de los que despiertan, que es un asombro igual a aquel con que los que yacen en profunda angustia miran al que trae una buena noticia, y repuso, como recordando, estas palabras que me revelaron súbitamente una teoría y práctica del gobierno:

—¡Bah!, el caballo sabe su camino.

—Pero — insistí, — si usted estuviera despierto, vería el camino; vería, por ejemplo, una piedra grande que podría ser un peligro. Hay que ver donde se va.

A todo esto el caballo caminaba.

El hombre, ajustándose la faja, pronunció este resumen admirable u horrible, como se quiera, del arte de gobernar:

—¡Una piedra? Jamás he visto una piedra en el camino; jamás miro el camino para saber si hay en él algo de extraño o peligroso.

Y, bostezando, agregó:

—Me basta mirar las orejas del caballo.

Enrique BANCHS

Conyugal

El marido. — En cuanto llegues me pones un telegrama.

La esposa, (que va de viaje). — Descuida... ¿Y cuánto puedo pedirte?

La flecha envenenada

Por J. H. Rosny

La familia Lefévre pasaba por una hora infausta, una de esas horas que parecen ser el fin de todo. Sólo la muerte podía dar tregua a sus pesares.

Esa noche su única cena había sido un mendrugo de pan. Una claridad rojiza invadía la habitación, donde sólo quedaban dos sillas rotas, un baúl que servía de mesa y tres colchones raídos.

Incapaz de remediar tanta miseria, Santiago Lefévre golpeábase la cabeza con ambas manos. Tres meses de enfermedad, cuatro meses de andanzas en busca de empleo, la espantosa cacería en el bosque social, donde los hombres son tan crueles como las fieras y tan indiferentes como los árboles o las piedras.

Tal como el alud que se desploma y arrasa todo a su paso, la miseria parece acarrear tras de sí a la miseria.

Santiago y su esposa habían luchado con toda su débil energía y ésta habíase quebrantado en cada aspereza del camino. De tarde en tarde, algún trabajito, mísero salario, prontamente consumido. Mientras tanto, los sencillos muebles se vendían uno por uno.

Tenían un pariente rico que hubiera podido ayudarlos, pero éste poseía alma de avaro, helada, inexorable, y los lamentos no hacían sino exasperarlo.

—¿No habrá más remedio que morir? — exclamó Santiago, contemplando a los suyos; su esposa, con el rostro demacrado, las mejillas hundidas, la mirada extraviada; sus hijas habían dejado de crecer; también el niño que le dejara al morir su amigo íntimo, Santiago lo quiere, cual si fuera su propio hijo.

—¡Pobre chico! — pensó Lefévre. — Además de la miseria otro mal lo carcome, y ese mal no perdona.

—Para nosotros ¿todo ha terminado? — piensan ellos; — sin embargo, ¡hay en el mundo tanto pan, tantas riquezas!

El pobre hombre lamenta no ser un obrero; se le ocurre que los que trabajan con las manos tienen más suerte; ¡él es tenedor de libros! esclavo del papel y de la pluma, su única herramienta.

—¡La suerte cambiará! — dice la señora de Lefévre con voz apagada; — un poco de ánimo, esposo mío. — En su alma de mujer, el optimismo ha echado raíces más profundas; confía aún en el azar, en esas circunstancias que revolotean alrededor de las criaturas humanas. Sin embargo, sus fuerzas están agotadas. Estrecha a las niñas entre sus brazos con gesto de protección: mientras tanto, Lefévre atrae hacia sí, a ese pobre Pedro de los ojos febriles, que tiembla más que de costumbre y que abraza a su protector con frenesí.

Suena el timbre. Todos se levantan sobresaltados. Es una voz de afuera que trae noticias misteriosas. ¿Qué será? ¿Temor o esperanza?... ¿Amenazas o promesas?...

La señora de Lefévre, temblorosa, se dirige hacia la puerta. Un hombre bajo, delgado, de mirada penetrante, pregunta con voz áspera:

—¿Tengo el honor de hablar al señor y a la señora Lefévre?

—Sí, señor — responde la mujer.

—Muy bien — agrega el hombre aproximándose: — tengo una grave noticia que comunicar a ustedes.— Después de breve silencio lleno de angustia, el desconocido anuncia:

—Vuestro tío, Celestino Lefévre, ha muerto.

Santiago lanzó un grito ahogado de sorpresa, casi de terror, sentimento que se reflejó también en el semblante de su esposa.

—¿No esperaban ustedes esta noticia?

—No — contestó Santiago con gravedad; — es para mí una espantosa sorpresa.

—¿Es usted su único pariente?

—Mi mujer y yo somos primos hermanos, por lo tanto parientes del difunto al mismo grado.

—¿Son ustedes, por consiguiente, los únicos parientes del señor Celestino Lefévre? ¿Están ustedes seguros?

—Absolutamente seguros.

—Pues bien — dijo el hombre,— vuestra situación es grave.

Iba a hablar, pero su mirada volvióse hacia los niños y se mordió los labios.

—Quisiera deciros algunas palabras a solas — agregó con cortesía.

Santiago se aproximó al hombre. Su palidez aumentaba aún; la señora tenía un semblante azorado, pero mostraba más calma que su compañero.

—Pedro — dijo mirando al chico — vete a pasear con las nenas. ¿Permanecerá usted aquí largo rato? — preguntó al desconocido.

—Tal vez media hora, señora.

—¿Has oído, Pedro? Vete, hijo mío.

Pedro titubeó. Una emoción tierna y violenta hacía temblar sus labios. Parecía querer hablar a Lefévre.

—Anda repitió la señora.

El niño obedeció, a pesar suyo, y se llevó a las nenas.

—Estamos solos — dijo Santiago — ¿qué quiere usted decirme?

El hombre contestó con lentitud.

—Quiero decirles que una grave acusación pesa sobre ustedes.

Lefévre se sobresaltó.

—¿Una acusación sobre mí? Temblábanle manos y piernas; la indignación repercutía en sus sienes. Costábale trabajo articular las palabras, pero de repente dijo:— ¡Es absurdo, es una infamia!

—Es una infamia imperdonable — declaró la señora: — usted habla al azar, sin saber.

—No soy yo, quien les acusa — dijo melancólicamente el hombre. ¡Sino el mismo muerto!

Se produjo un silencio: Santiago y su esposa, con la cabeza baja, sentían planear sobre ellos una obscura amenaza. Esa hora que debía ser de liberación, ¿sería, pues, más aciaga que las demás?

—¿Quién es usted? ¿En nombre de quién y por qué viene a atormentarnos en medio de nuestra miseria?

—Soy Andrés Maurin, inspector de policía — declaró el hombre.

Esa respuesta era breve. No atemorizó más a los desgraciados, pero les hizo sentir el horror de la situación.

—Sí, comprendo — dijo Santiago con voz apagada; — nuestro tío nos acusó antes de morir; eso me parece imposible porque conocía su carácter, a menos que haya delirado...

—No habló; escribió — dijo el inspector.

—Comprendo menos aún. ¿Cómo ha podido escribir si murió asesinado? ¿Supongo que no es esto un secreto?

—¿Lo es para usted? — preguntó hipócritamente el policía.

—Debe usted tener cierta experiencia de los hombres — dijo Lefévre.— Mírenos bien, señor; escúchenos. Estoy seguro de que no tenemos caras de asesinos.

—No — contestó francamente Maurin; — pero si usted hubiese estado algunos años en la policía, sabría que los inocentes tienen a veces caras de culpables y los que lo son de inocentes.

—Es posible, pero... ¿cómo se produjo el crimen?

—Ha sido muerto por una flecha envenenada, ¿esto no le recuerda nada?

—Sí, mi tío ha viajado mucho; poseía una colección de armas exóticas. Podría ser que la flecha le perteneciera.

—Es exacto. Ha sido sorprendido en el momento en que examinaba una parte de la colección por una persona bien enterada... como ustedes, por ejemplo. Y esto ya es una prueba.

—Comprendo — exclamó Santiago con brusquedad.—Debió dejar un escrito para acusarme. ¡Pero esto es fantástico, inverosímil!

—¿Por qué?

—¿Cómo no llamó para pedir socorro o hacer venir a un médico?

—¿Y si el asesino le puso en la imposibilidad de hacerlo?

—Pero, ¡oh! ¿en qué forma? Hubiera debido entonces haberlo maniatado, dejándole una mano libre, papel y tinta a su alcance.

El inspector les dirigió una mirada profesional para tratar de atemorizarlos.

—Sus razones son justas, demasiado justas. ¿No se les ocurre a ustedes otro medio con el cual se hubiese impedido a la víctima de huir?

—Sí — dija la señora de Lefévre, — hay uno: el asesino, al fugarse, tuvo tiempo de cerrar la puerta con llave.

—Quedaban las ventanas... — observó Maurín.

—¡Oh! señor — exclamó la señora, alzandos los hombros, — no trate de hacernos caer. Todas las ventanas tienen barrotes de hierro, y aun encontrándose en la planta baja no hubiera podido salir. Mi tío debía hallarse solo, y seguramente llamó, pero como nadie venía...

—Quiso que por lo menos el crimen no quedara impune — terminó rudamente el inspector.

—¡Pero no ha podido acusarnos!

—Los ha acusado.

—¿En términos formales?

El detective no contestó. Había cruzado los brazos y reflexionaba. luego dijo pensativo:

—Sin embargo es preferible confesar.

—¡Esto es absurdo! — gritó Santiago con rabia.

—Es imposible que no sea usted culpable.

—Pero entéreme usted de la acusación de mi tío, porque de todos modos llegaré a saberlo.

—Contiene estas cuatro palabras: Mis herederos son quienes...

—¿Es todo?

—Todo. ¿No le parece, acaso, una acusación formal?

Hubo un momento de tranquilidad, y Santiago dijo con mucha calma:

—¿A qué hora tuvo lugar el crimen?

—Entre las catorce y las quince.

—Yo, señor, a esa hora estuve en casa de tres comerciantes: el primero me recibió a las catorce, permanecí con él algunos minutos; me entrevisté con el segundo a las catorce y media, con el tercero a las quince. Mientras se cometía el crimen en Gentilly, yo me encontraba del lado opuesto; ya ve usted. que mi culpabilidad es imposible.

—En cuanto a mí — agregó con ironía la señora de Lefévre, — porque sobre mí también deben caer sospechas, puedo darle informes de igual precisión, así como los nombres de las personas qué puedan declarar. Si tiene usted conciencia hará las averiguaciones sin pérdida de tiempo, pues sería demasiado cruel dejar en la incertidumbre a unos desgraciados sumidos en la mayor miseria.

Estas mismas palabras, pronunciadas con sencillez patética, conmovieron al inspector. Astucia y frialdad desaparecieron por un momento de su semblante y de su voz. Dijo con suavidad:

—Les prometo obrar con la mayor prontitud; esta noche misma comenzaré mis averiguaciones. Les advierto no den paso alguno hasta que yo haya verificado sus declaraciones. Si ustedes no son culpables...

—Somos inocentes — dijo Santiago con acento profundo.

El inspector tomó rápidamente los nombres y las indicaciones necesarías y se retiró.

Como Santiago permaneciera preocupado, su mujer le dijo cariñosamente:

—Mañana estaremos libres de toda angustia; sí, querido mío, la felicidad, la alegría y la salud de nuestros hijos... — No pudo hablar más; Pedro llegaba con las nenas. Estas estaban cansadas, ajenas al drama que se desarrollaba en torno de ellas; el chico mostraba un semblante lleno de inqueitud. Mirando a sus padres adoptivos les preguntó, receloso:

—¿No hay nada, verdad?

—Nada, hijo mío — respondió con afecto Santiago; — nada más que buenas noticias. Mañana todos comerán a su antojo. — Lágrimas enormes brotaron de los ojos del niño y, en un ímpetu de cariño, arrojóse en brazos de Santiago.

En espera de la salvación y a fuerza de pensar, Lefévre terminó por dormirse. La señora permaneció desvelada, presa todavía de la terrible impresión; su fina intuición se clavaba en el enigma. Preguntábase sin cesar:

—¿Por qué el tío Celestino ha escrito esas palabras en el momento de morir?

Llevaba una vida de egoísta, era duro, malo, pero no tenía ningún motivo de rencor contra ellos.

A la mañana siguiente, todos se levantaron famélicos y rendidos por el cansancio. Ni Santiago ni su esposa se animaban a salir a la calle, pues creían que los diarios habrían dado la noticia del abominable crimen. Así era en efecto, pero no se les mencionaba a ellos, pues el inspector lo había evitado.

A las nueve Lefévre se decidía a salir y, en el momento en que iba a dirigirse a la puerta, sonó el timbre.

Andrés Maurin estaba allí, pero la mirada que dirigió a toda la familia carecía de rudeza; un aire de dulzura suavizaba su rostro. En seguida dijo:

—Tuve suerte; he podido encontrar a todas esas personas. La duda ya no es posible.

Una alegría loca animó las mejillas delgadas de Santiago.

El pequeño Pedro parecía estar dominado por una emoción ardiente, frenética que impresionó al inspector.

—Es un nervioso — dijo Maurin con acento de compasión, — un pobre enfermo.

La señora de Lefévre miró al niño con cierto presentimiento y su melancolía se acentuó.

—Y ahora — exclamó el detective en tono bondadoso — vamos a lo más urgente. ¿Quiere usted permitirme adelantarle algunos francos, o prefiere usted que le acompañe a hacer las compras?

—Acompáñeme usted, dijo Santiago.

Conocieron, entonces, la alegría tan grande del hambre saciada. Con un poco de pan, manteca y chocolate, la vida horrenda se convirtió en ilusión brillante.

—¿Es posible? ¡Estamos salvados!—repetía Lefévre, y besaba a los niños con delirio.—A las once la señora lo convenció a que saliera con las nenas, ella se quedaría con Pedro; lo necesitaba para algunos mandados.

Cuando estuvo sola con el niño, lo miró en silencio. Muy pálida y temblorosa le dijo con amargura:

—¡Eres tú quien hizo eso, desgraciado!

—Ayer fuiste a Gentilly, el tío Celestino estaba solo. Has reconocido las flechas. ¡Ay, pobrecito! ¿Por qué hiciste una cosa tan horrible?

El niño lanzó un grito desgarrador y cayó de rodillas a los pies de la señora Lefévre.

—¡No lo hice por mí! — exclamó. — Yo sé que no voy a vivir, pero no podía dejaros morir a todos. ¡Lo hice por usted, por Juana y Gabriela; lo hice, sobre todo, por él, por mi padre adoptivo!

—¡Sí, sí! Lo hiciste por él — dijo la señora.

—Me quería como a sus hijas; nunca pensó en apartarme de su lado — continuó el niño llorando amargamente. — Entonces cuando ví las flechas... — Se calló, ahogado por los sollozos.

Y la señora Lefévre pensó que se encontraba con uno de esos casos del alma, que no han previsto ni las leyes ni la moral humana; uno de esos casos excepcionales y terribles que van más allá del hombre y de las sociedades.

El amor solamente, el amor más puro y más generoso, el amor de los sacrificados había conducido al niño. Este se inclinó sobre las manos de su madre adoptiva, y con humildad, como un perro fiel, le dijo:

—El no debe saberlo, porque siempre se acordaría y sería muy desgraciado.

Era cierto: conociendo la verdad, la vida de Santiago no dejaría de ser una continua congoja; cada bocado de pan le parecería tan amargo como la hiel.

Los ojos tristes de la pobre señora encontraron los ojos llenos de lágrimas del niño. Y aceptó el pacto del silencio, pues de lo contrario no hubiese sido más que remordimientos **sin fin, sufrimientos** inútiles. En voz baja le preguntó:

—¿Pero intentaste, a lo menos, una última súplica?

—Me eché de rodillas, implorándole con toda mi alma. Y sólo cuando le ví reir tomé una flecha y...

* * *

Quince meses más tarde, el señor y la señora Lefévre iban al cementerio... Pedro había muerto... Los dos quedaron conmovidos ante la tumba. Entonces Lefévre dijo:

—Le amé paternalmente.

La señora parecía escuchar una voz interior, y contestó muy bajo:

—El amor que te profesara la que te dió el ser fué el de una madre amorosa. No creo que haya esposa que ame más que yo al compañero de su vida. Pues bien, él te ha querido más que tu madre, más que yo; él te ha querido más que su propia existencia.

Revista del mundo

El homenaje al presidente del Senado del Perú, don Roberto Leguía

En Lima fué celebrada recientemente la demostración popular a D. Roberto Leguía.

El banquete viene a tiempo a salvar el crédito moral de las demostraciones Si bien todas las alegrías tienen al fin — según el sagaz Fígaro — una terminación gastronómica, no es menos cierto que es a veces en el banquete donde comienza la tristeza. Porque hay tantos banquetes injustos... Un banquete ha llegado a servirse a simple título de reunión, como para ahorrarse cada uno ese pequeño drama, no mayor del mantel tendido, que significa la circunstancia de almorzar o cenar solos. Pero dejó éste de constituir un recurso práctico. Banquetes hay, como decimos, en que el homenajeado no hace honor al homenaje, y del cual sale uno con más pena que nunca y, muy a menudo... buscando el primer restaurante donde saciar el apetito.

Por eso el banquete a D· Roberto Leguía restaura el prestigio de las demostraciones. Jamás ha sido ella tan justa, ni tan significativa, ni tampoco jamás ha alcanzado mayores relieves.

Nombrado Presidente del Partido Democrático Reformista, el Presidente del Senado del Perú, digno hermano y colaborador del eminente ciudadano D. Roberto B. Leguía, Presidente de la patria del Pacífico, el testimonio de adhesión y afecto que quiso hacerle presente el pueblo hermano tuvo verdadera trascendencia. Repercutió en toda América Hispana, donde existe sincera y fraternal simpática por el Perú y por su Gobierno actual. Hombre de dedicación, de patriótico y noble esfuerzo en pro del progreso general de su país. D. Roberto Leguía merece seguramente el férvido entusiasmo de que fué intérprete el doctor Celestino Manchego Muñoz, al ofrecer en oportunas palabras la demostración de sus conciudadanos.

¿Se puede ser sentimental?

Por Alberto Insúa

Recibe uno a veces visitas extraordinarias. Hace noches apareció en mi casa un joven pálido "que sólo quería hacerme una pregunta"

—¡Hágala usted! — le dije.

Y el joven pálido me preguntó:

—¿Se puede ser sentimental?"

Vencida mi sorpresa, le respondí:

—Es como si me preguntara usted si se puede ser rubio.

—No es lo mismo — replicó el joven, sentándose, con el inequívoco propósito de infligirme un discurso.

Lo detuve:

—Sí, caballero; es lo mismo. El que sea sentimental no puede dejar de serlo. Podrá teñirse el carácter como la cabeza; pero, en el fondo, en la raíz, ¿me entiende?, será siempre un sentimental, como la morena pintada de rubia seguirá adscrita a su color de piel.

—Sin duda. Pero usted mismo reconoce que se puede teñir el carácter, y así como sucesivas aplicaciones de *henné* transforman a la morena en rubia, diversas gimnasias psíquicas pueden convertir en un hombre seco y frío al tierno y húmedo, que es el sentimental.

—Aparentemente. No lo olvide usted. Aparentemente.

—Me basta. Todo en el mundo del espíritu es apariencia, conjetura, hipótesis. Nadie conoce a nadie. La vida de los hombres es un Carnaval perpetuo. Ya lo dijo *Fígaro*: "El mundo todo es máscaras; todo el año es Carnaval".

—¿No va usted a colocarme ese artículo? Yo lo leo, a solas, cada vez que me pete.

—No, señor. He querido apoyarme en autoridad tan patente como la de *Fígaro* al decir que todo en el mundo humano es apariencia. Yo no sé si los irracionales fingen tan bien como nosotros.

—Mejor.

—¿Qué me dice usted? También los irracionales son hipócritas.

—La hipocresía es la cautela desviada, exacerbada, y los irracionales son cautelosos por instinto de conservación. Se hacen los muertos para que no los maten, y le ocurrirá al león prevenir a su víctima con sus rugidos. La sorprenderá despacio y por la espalda, como un apache.

—Bien. Fortifica usted mi tesis. Todo ser animado es más o menos un Tartufo. Ya Ibsen decía en una de sus obras...

—Joven, no me deslumbre. No hace falta. Leo en sus ojos que ha leído usted a Ibsen y, probablemente, a Lenormand y Evreinoff. Tenga usted cuidado con *Azorín*. Quedamos en que la sinceridad es imposible y en que la vida es una gran comedia, *La comedia humana*, como decía bonachonamente Balzac. Pero en esa comedia, a ver si concluimos de entendernos, sea el que fuere el papel asignado a cada uno de los actores, cada uno de los actores no dejará de tener un carácter privado, íntimo, un temperamento, una idiosincrasia, y a mí me parece muy difícil que *algo* de este carácter no se manifieste en escena. Así, en el mismo papel, un linfático y un sanguíneo harán *cosas* distintas. La máscara no suplantará nunca en absoluto al rostro. Siempre quedará un resquicio por donde descubrir la superchería. Usted, ¿no es eso?, es un sentimental, y quiere disfrazarse de insensible o de cínico.

—De cínico, sí, señor. Me gustaría poder reírme de todo; pero no me sale la risa. Muchas cosas me hacen llorar.

—¡Pues llore usted!

—No me atrevo. Las lágrimas han sido proscritas de este valle de ídenes. Yo sólo lloro en el *cine*, porque no me ven.

—¡Hombre! ¿No le resultaría más cómodo en su casa? Toma usted una novela lacrimógena y una toalla...

—¿Lo ve usted? Usted mismo se burla...

—Sí; pero no porque yo no llore, sino porque usted siente vergüenza de llorar.

—Pero ¿si no se lleva la ternura! Si los muchachos de mi generación tenemos, es decir, tienen, el corazón de amianto.

—Ellos lo dicen, pero ¡quiá! Esa víscera es inmutado. Lo que ocurre, en efecto, es que se ha abusado del sentimentalismo, de la sensiblería, de la lagrimita cocodrilesca, y la gente joven ha decidido reír. El arte nuevo es burlón. Y la burla es hija del desengaño. Pertenece usted a una juventud desengañada. Sin la guerra seguirían llevándose el suspiro, la lagrimita furtiva y el sollozo. Pero la guerra ha demostrado que los hombres son cocodrilos y lobos en dos pies. Al que se enternece lo devoran. Hay que ser fuertes. Y la risa es fuerza, es sangre. Y el llanto, agua.

—Entonces usted me aconseja que oculte mi sentimentalismo...

—Entendámonos. Me parecen abobinables la sensiblería, la falsa piedad de los ahítos, la caridad de los que dan lo que les sobra y toda la literatura farisaica. Pero me parece muy bien el hombre "sensible" sentimental y sensitivo" que se conmueve ante la injusticia, se revela contra lo inicuo y sale al campo en son de guerra, como Don Quijote... Ahí tiene usted un sentimental. Si acertara usted a serlo como Don Quijote....

—¡Serlo y no parecerlo?

—Eso es. Un corazón permeable y una mano de hierro.

—Sí, claro. Una ternura íntima que no se pierda en palabras. Un humanitarismo de hombre de acción.

—Justo.

—De todos modos, de todos modos — murmuró el joven—, es una desdicha, con los tiempos que corren, haber nacido sentimental...

Sacó su pañuelo. Y yo apagué la luz para que se creyera en el cinematógrafo.

El trágico fin del gran músico Stradella

De todas las pasiones el amor es, sin duda, la más engañosa; sólo ofrece a los ojos de la juventud placeres y encantos, y, sin embargo, cuántas veces acarrea males sin cuento y funestos fines: buen ejemplo de ello ofrece la prematura y trágica muerte del gran músico Stradella.

Alejandro Stradella, compositor dramático y músico notable, nacido en Nápoles en 1645, unía a su talento y genio musical extraordinario, una hermosa voz y cantaba admirablemente. Por estas razones las familias más distinguidas de Venecia, donde residía y se dedicaba a la enseñanza de la música y del canto, se lo disputaban para profesor de sus hijos. Una hermosa joven llamada Hortensia Monteio, de una antiguo familia romana, era la mejor discípula de Stradella. Habíase enamorado de ella un noble veneciano, senador, que le ofreció la mano y con ella una brillante posición social. Esto complació en extremo al padre de Hortensia, pues como él tenía escasa fortuna, veía en ello un porvenir dichoso para su hija. Pero la opulencia no da la felicidad: Hortensia no pensaba como su padre, y no hallaba atractivo alguno en el senador veneciano, que tal vez por su soberbio no tenía el arte de agradar.

Stradella, además de enseñar la música, sabía inspirar el sentimiento que expresaban sus cantos; Hortensia había experimentado esta sugestión y se sentía subyugada por los cantos de su maestro. Este no miraba con indiferencia a Hortensia, pero se esforzaba por apagar aquel sentimiento especial que le parecía temerario.

Hortensia, por su parte, experimentaba igual turbación al lado de su maestro; cada vez que daba su lección con Stradella, se le velaba la voz por la emoción; prefería las composiciones de Stradella a todas las demás, y las aprendía e interpretaba prodigiosamente. Al fin un día en que por casualidad no asistía ningún testigo a su lección y Hortensia cantaba con expresión vehemente una inspirada composición de Stradella, éste, que la miraba extasiado, no pudo ya contenerse y le declaró su amor, jurándole que aquella pasión que jamás había sentido era para él más que la vida misma y sólo podría extinguirse con la muerte. Hortensia, que apenas podía hablar por la intensa emoción que sentía, y dándose cuenta de la temeridad que suponía la realización de aquel amor, exclamó con triste ternura: "¡Ay, Stradella! ¡Cuán desdichados somos!

Poco después de aquel día se preparaba ya la boda de Hortensia con el senador, y se fijó la fecha para celebrarla. Se acercaba el día fatal, tan temido por ambos amantes como deseado por el padre de Hortensia y el senador. La víspera de la boda, cuando Hortensia iba a acostarse halló en su gabinete a un hombre, sufriendo una gran impresión de terror; pero al momento reconoció a Stradella; sin llegar a increparle, le reconvino, sin poder ocultar su pasión; se renovaron sus mutuas promesas de amor eterno, y ante el fin inmediato de su soñada dicha, puesto que Hortensia iba a casarse al día siguiente, le promete a Stradella seguirle sin vacilación a donde quiera llevarla y vivir sólo para él. Al punto preparó Stradella la fuga; volvió a media noche por Hortensia y huyeron de Venecia, marchando a Roma, donde se anunciaron como casados, entregándose a las delicias de su ansiada felicidad.

Se difundió por Venecia la noticia de este rapto, y Monteio, padre de Hortensia, dominado más por la vanidad que por el cariño a su hija, se enfureció al ver deshecho el casamiento de ésta, que tanto halagaba a su ambición. Pero mayor que la furia de Monteio era la cólera del senador veneciano al verse burlado. Corrió a buscar al padre de Hortensia; a poco le mata en un acceso de ira, y empezó a meditar su venganza. Para realizarla recurrió a dos criminales sobornándoles y prometiéndoles mayor recompensa si asesinaban a Stradella al salir de la iglesia de San Juan de Letrán, de Roma, donde cantaría en determinada fecha, que indicó a los criminales. Estos prometieron cumplir su odiosa misión y marcharon para ello a Roma.

Una vez en la ciudad eterna, se dirigieron a la iglesia de San Juan de Letrán el día señalado: allí estaba, en efecto, Stradella cantando, y con su voz prodigiosa y su expresión insuperable entusiasmó al auditorio hasta el punto de prorrumpir en frenéticos aplausos y aclamaciones. Nunca con más oportunidad que entonces pudo cantar su inspirada plegaria *Pietá, Signore*. Los asesinos, que le miraban para reconocerle bien y no errar el golpe a la salida de la iglesia, no pudieron sustraerse a la complacencia de escucharle, y al oirle quedaron absortos, sintiendo que les abandonaba el valor para realizar su criminal intento. Y cuando, al salir de la iglesia Stradella y pasar junto a ellos en un sitio algo obscuro, le miraron con admiración, se acercaron a él, le confesaron el infame propósito que les había llevado allí, declarándole que no podían realizarlo por la sugestión que había ejercido sobre ellos con sus cantos admirables; y aconsejándole que huyera de Roma para librarse de las iras del senador, desaparecieron.

Stradella y Hortensia quedaron inmóviles y asombrados del riesgo que habían corrido. Aprovecharon el consejo recibido y marcharon a Turín, suplicando protección a la duquesa de Saboya, a la cual expusieron ingenuamente su situación y el peligro que les amenazaba.

Furioso el senador burlado por el fracaso de su proyectada venganza, se exasperó, meditando el medio de saciar su cólera, que logró transmitir al padre de Hortensia, quien le prometió secundarle en sus propósitos.

La duquesa de Saboya no tenía idea de los extremos a que podía llegar el amor ultrajado del soberbio senador, y creía que al fin se rendiría a la realidad y cesaría en su persecución, teniendo ella la satisfacción de hacer felices a aquellos amantes que se habían acogido a su bondadosa protección. Casó a Stradella con Hortensia, y ambos se echaron a los pies de la duquesa vertiendo lágrimas de alegría y de gratitud por tanta bondad que les había dispensado. La duquesa se propuso y les prometió hacer cuanto pudiera para lograr la reconciliación con el padre de Hortensia y el perdón del senador. Pero en tan noble propósito se engañaba. A pesar de su elevada posición y prestigio, no logró obtener respuesta alguna a las solicitudes hechas en su nombre cerca del padre de Hortensia y del senador.

Entre tanto Stradella y Hortensia, al abrigo de todo peligro, amparados en el palacio de la duquesa, gozaban los días más felices de su vida. Pidieron permiso a la duquesa para ir por unos días a visitar el puerto de Génova, y ella se lo concedió gustosa, recomendándoles que regresaran cuanto antes. Les despidió con gran cariño y sintió verdadera pena al verles marchar de Turín. Llegaron a Génova y, sin saber por qué, sintieron una vaga inquietud, esforzándose por tranquilizarse mutuamente, hasta que, por fin, y no sin trabajo, lograron conciliar el sueño. Mas al poco rato les despertó sobresaltados el ruido de gente que entraba en sus habitaciones. A la escasa luz de una lámpara vieron con espanto cuatro hombres armados de relucientes puñales que se acercaban, reconociendo con estupor entre ellos al padre de Hortensia y al senador; ella imploró en vano el perdón de su padre para Stradella, pidiéndole que la matase a ella solamente; pero, sordo a las súplicas de su hija, se arrojó con el senador sobre Stradella, que se esforzaba por defender a Hortensia, cubriéndola con su cuerpo, y cayó mortalmente herido por los puñales de aquellos asesinos. El senador ebrio de cólera y manchado aún con la sangre de su crimen, degolló a Hortensia, que expiró nombrando a su padre y a Stradella. Corría el año de 1862 al desarrollarse esta tragedia.

M. D.

EN LA CUMBRE

Una vez en la cumbre, si has triunfado
Como cuadra a un varón, en la porfía,
Conserva inmaculada tu hidalguía
Por más que el huracán te haya azotado.

El laurel en la lucha conquistado
Parece más sublime todavía
Cuando en las propias fuerzas se confía
Y mucho se ha sufrido y batallado.

Y para ser feliz, para ser fuerte,
Para oponer al mal un contrafuerte,
Ser modesto, no audaz, pero glorioso,

Es necesario que en la misma cumbre,
Un sol alegre de bondad te alumbre
Y hasta la muerte vivirás dichoso.

Vicente BOVE.

El tiro por la culata

Viajaban una vez un catalán, un aragonés y un andaluz, que bien pronto se hicieron amigos; pero en el curso de la conversación, pusiéronse de acuerdo los dos primeros con el fin de embromar al de Andalucía.

—Yo una vez — dijo el de Barcelona—; conocí a un hombre que estando en Cádiz dió un salto sobre el mar y a los cinco minutos llegó a Buenos Aires, desde donde envió un cable diciendo que se encontraba bien de salud.

—Eso no es nada extraordinario — agregó el aragonés—. Estando yo veraneando en Santander, presencié que uno de los bañistas, era hombre de tal fuerza que al bucear derribó un trasatlántico ya poco se ahogan sus tripulantes.

Como el andaluz callaba, sus compañeros de viaje, llegaron a preguntarle: ¿y usted nada ha visto, ni nada sabe?

—Señores — contestó—, yo he guardado silencio porque estaba saboreando mi triunfo ante el mundo. No me gusta alabarme, pero han de saber ustedes que ese que dió el salto desde Cádiz a Buenos Aires y el que derribó el buque en Santander, soy yo y no me habíais conocido. ¡Qué torpes *séis!*

Campeón sin saberlo

Por Andrés Mycho

A pesar de su torpeza sin ejemplo, Cipriano Clochard tenía la pasión del automóvil. Un día salió de Saint Cloud a dar un pequeño paseo, perdió la cabeza en una pendiente y pasó sin darse cuenta de la primera a la segunda velocidad y de ésta a la tercera. Por una suerte providencial hizo 200 kilómetros sin el menor accidente, hasta que el coche se detuvo, una vez agotada la última gota de gasolina.

Como se encontrara frente a una estafeta de Correos, Clochard envió a su mujer este telegrama:

"Llegado a Chalandrey, después de un excelente viaje".

Hecho esto hizo remolcar el "auto" hasta Saint Cloud, donde encargó que reparasen el coche y lo vendiesen, pues al verse en peligro de muerte había hecho promesa solemne de no volver a montar en automóvil.

Cuando entró en su casa se guardó mucho de contar a su mujer lo que le había ocurrido, y se limitó a decir que había tenido una pequeña avería.

La señora de Clochard, que nunca había podido ver salir a su esposo en el coche sin echarse a temblar, quedó encantada al saber que renunciaba al automovilismo.

—Ya voy a poder respirar tranquila, querido — le dijo. — Con lo torpe que eres, no podía vivir desde que tenías el "auto".

—Si renuncio al automóvil — contestó Clochard — es sólo por ti. En cuanto a eso de torpe, habría mucho que hablar.

Ingresó en una Sociedad de jugadores de bolos, pues Clochard tenía necesidad de estar en constante movimiento.

Dos días después, estando Clochard en París, se detuvo a la puerta de su villa un magnífico automóvil, del que descendió un caballero elegantísimo y llamó:

—¿El señor Clochard?

—Aquí es, caballero; pero mi marido está ausente.

—¿Es usted la señora de Clochard? ¡Honradísimo con haberla conocido! — dijo el desconocido, inclinándose respetuosamente.

—Usted dirá, caballero.

—¡Qué orgullosa estará usted con tener un marido como el suyo!

—Orgullosa, no; no hay motivo. Mi marido es un hombre sencillo, sin pretensiones.

—Hace mal. Después de su última hazaña, su marido puede aspirar a todo.

—Caballero — repuso la señora de Clochard; — usted debe de venir equivocado. Mi marido es un modesto agente de seguros.

—Profesión a la que, por lo visto, se dedica en los ratos que le deja libre su entrenamiento.

—Nada de eso, caballero. Mi marido está muy lejos de ser un deportista.

—¡Qué no es deportista Clochard! ¿Ignora usted que es el campeón mundial de velocidad?

—¡El!

—Por lo visto se lo ha ocultado por modestia. ¡Pues sepa usted que el viernes último su marido salió de aquí a las ocho de la mañana y llegó a Chalandrey a las nueve y cuarto, haciendo un recorrido de 200 kilómetros en setenta y cinco minutos, o sea a una velocidad de 160 kilómetros por hora!

—¿Ha hecho eso? — exclamó la pobre señora, con tanta admiración como espanto. — ¿Pero cómo puede usted estar al corriente de una cosa que yo misma ignoro?

—Muy sencillo. ¿Su marido no tenía en el coche un registrador de velocidad?

—En efecto... Lo había puesto para darse cuenta de lo que andaba.

—Pues ese aparato lo he visto yo en el garaje. He comprobado la hora de salida, la hora en que puso a usted el telegrama de llegada.. El "record" es indiscutible.

—¡Ciento sesenta kilómetros por hora! ¡Es espantoso! ¡Cuánto me alegro ahora que haya renunciado al automovilismo!

El desconocido dió un salto.

—¡Qué ha renunciado! ¡No es posible! ¡Y yo que venía a ofrecerle 200.000 francos para que corriese uno de mis coches en el circuito de Mans!

—¡Doscientos mil francos!

—Sí, señora. Soy el conde de Ambry, fundador director de la célebre marca Giraud y D'Ambry, de Saint Etienne.

—¡La marca de nuestro coche!

—¡Por eso lo he averiguado! Desgraciadamente, el recorrido del viernes no está registrado, y hay que batir el "record" de un modo oficial. Pero para un corredor como él eso es sencillísimo. Ganará no sólo mis 200.000 francos, ganará millones.

—¡Millones!

—Francia, Inglaterra y América se lo disputarán. Así es que cuando venga le dice usted que me vea con toda urgencia. A sus pies, señora.

—El conde se inclinó de nuevo, montó en su coche y desapareció, dejando estupefacta a la señora le Clochard.

En cuanto a Cipriano, terminados sus asuntos, regresó por la noche a su casa, pensando por centésima vez que vivía de milagro y felicitándose por su resolución de abandonar un deporte que le hubiera seguramente sido fatal.

Al abrir la verja del jardín, su mujer, que lo aguardaba, se arrojó en sus brazos.

—¡Mi "as"! ¡Mi "as" querido!

—¿Eh? ¿Qué dices?

—¡Déjame que te contemple, que te admire! ¡Mi héroe!

Clochard le miró con inquietud.

—Cipriano — le dijo ella, con voz vibrante, — ¿por qué me has ocultado que eras campeón?

—¡Cielos! — exclamó Cipriano— ¡Mi mujer se ha vuelto loca!

SALINEROS

Por Fausto Burgos

Sulka, la Vicenta y Liquín — un chango — arreando una tropilla de burros cargueros, han llegado a uno de los cuatro puntos de las extensas salinas de Guallatayo. Cansadas de andar al tranco por pelados caminos, están las bestias.

Sulka. — A ver, chango, correlos.

Liquín. — ¡Burrito! ¡Burrito!

El muchachito corre a dos burros recién amansados. Reverbera la blanca superficie del salar. Uno llega y ve todo blanco, todo blanco. De rato en rato hay que levantar los cansados ojos y mirar el cielo.

La Vicenta. — Si toman de esta agua se les cortarán las tripas.

Sulka. — Espantalos, chango. Tres burritos se me murieron el ...o pasado...

Liquín espanta los burritos que desean beber el agua del salar; son borricos pardos, vizcachillos; traen en las orejas, florecillas rojas de lana o plumitas de suri.

Los más viejos olfatean el agua salobre y la dejan. Un burro oreja quebrada, sacude y sacude su cencerro.

Invierno. El frío que hace en el blanco salar, es un frío de cordillera.

La Vicenta. — ¿No vais a tronchar más?

Sulka. — Ni un adobe más.

La Vicenta. — ¿Cuántos serán?

Liquín. — Sesenta adobes.

Sulka ha estado cortando adobes de sal, desde hace varios días; para que no le lloraran los ojos se pintó la cara con barro negro. Con el hacha labra sus adobes el salinero. Más adentro, más adentro, la sal está muy alta. Diez centavos cobran los tronchadores por cortar un adobe; conciértanse con el arriero antes de señalar la lonja. Cuando hay agua sobre el blanco salar, pocos tronchadores trabajan. A Vilka se le helaron las canillas; Chipayte, quedó casi ciego. ¿Y el fuego? Cerca, algunas matas quemadas de tola y surillante... ¿Y el alcohol de noventa y cinco grados, que calienta el cuerpo? Dos pesos vale en Abra Pampa una chata de alcohol; y Abra Pampa queda lejos; largas jornadas: Alfares, Paredones, Sallate o Cochagasta...

Cuando los adobes de sal son gruesos, hay que echar las costillas para ponerlos sobre el lomo de los burros.

La Vicenta. — Contalos, tatay.

Sulka. — Son sesenta.

Liquín. — Sesenta son.

La Vicenta. — ¿No hay más chicos que grandes?

Sulka. — Hay por igual.

La Vicenta. — Las cargas grandes a noventa?

Sulka. — Cómo será...

La Vicenta. — Tarky dijo que don José pagaba noventa por las cargas grandes.

Sulka. — Cómo será...

El chango ve, mas no con los ojos corporales, la tienda de don José, el puneño rico que anda vestido de barracán invierno y verano. Don José paga "bastantito" por las cargas de sal. Junto al mostrador de la tienda están apilados los adobes.

Empieza a cargar. Sulka se hincha cuando leventa un adobe grueso. Algunos borricos cosquillean; a todos es menester vendarles la cabeza con un poncho antes de ponerles la carga encima.

Sulka. — Cinchalos fuerte.

Mientras la mujer pone el pie en el costillar y tira de la soga overa, el burro se queja.

Sulka. — ¡Tan churos que son para disparar!

Torna a quejarse la bestia. ¿Qué planes borriquiles forjaría en la oscuridad del poncho?

Apenas se le ve la carne a Liquín

La Vicenta. — ¿Noventa centavos por cada carga grande?

Sulka. — Cómo será.

La Vicenta. — ¿Qué vais a comprar? Mirá mi sombrero, mirá el sombrero y las ojotas del chango..

Sulka. — Tres pares de chatas de alcohol y coca, y harina en flor, hemos de comprar.

La Vicenta. — ¡Y las rusas pá vos?

Sulka. — Cómo será...

La Vicenta. — ¿Y el sombrero?

A la zaga de los burros van los salineros revoleando sendas sogas overas. A pie andarán largas jornadas: Alfares, Paredones, Sallate o Cochagasta...

Y el salar desolado y frío, se queda como antes, todo blanco.

II

La Vicenta y Liquín — el chango — descansan al pie de una mata de tola, en un campo de tolares y surillantes. Cerca, los burros pardos, vizcachillos, grises, pacen de la hierba menuda. La mujer y el muchachito coquean a quedo. Sulka está tirado en el suelo; al caer aplastó una tola.

La Vicenta. — ¿Pa'qué habremos vendido la sal?.. .

El chango cuenta las hojas con las cuales yapará su acuyico. El, ayudó a descargar, echó cuentas, eligió las rusas para sí y para Sulka, reparó en los platillos de la balanza cuando don José pesaba la coca. Sulka fué quién recibió la plata; él empezó a destapar las botellas de alcohol. Casi a la oración cerrada salieron los borricos del canchón. Había que echarse nuevamente camino del blanco salar. Cuarenta leguas en tres, en cuatro jornadas; y a pie, silenciosos, tristes, volteando el mañanero acuyico y el acuyico tardío. Sulka, el dueño de los burros y de las cargas de sal, con una chata de alcohol en cada mano, tropezó y cayó. Pasaron la noche al campo raso.

La Vicenta. — Llamalo, hijo.

El chango se levanta y con mucho tiento mueve la cabeza de Sulka, quien sueña con panzudos vilques de chicha muqueada.

Liquín. — Tatay, ya nos vamos... Ya desacollaramos los burritos. ¿No los estáis viendo?

El de la oreja quebrada, hace sonar su cencerro.

Liquín. — Recordate, tatay; ya nos vamos.

La Vicenta. — Pa'qué habremos vendido las cargas...

Dentro de los bolsillos de las alforjas viejas, puso el salinero dos pares de rusas. La mujer contempla la llanura poblada de tolares y surillantes. Se ha desatado el viento de las cordilleras. Los burros amusgan las orejas y miran hacia lejanos pagos.

La Vicenta. — Recordalo, hijo.

Liquín. — Ya nos vamos, tatay.

Al improviso, Sulka se levanta.

Sulka. — Ya voy yo también...

Una chata de alcohol tiene en cada mano. Mientras camina vacilante, rompe a plañir.

Sulka. — Por sentimiento lloro, ñañita.

La Vicenta. — Tu ñaña no soy.

Sulka. — Harina y coca compré y dos pares de rusas.

La Vicenta. — ¿Y las chatas?

Sulka. — Son pá'mí... ¿o no hace frío en el salar?

La Vicenta. — Harto.

Sopla reciamente el hosco viento de las cordilleras.

Sulka. — Ya voy yo también...

Camina vacilante, rameando el puyo viejo.

Sulka. — ¿O no quieren que vaya yo también?...

Echanse a andar los burros; el de la oreja quebrada, suena y suena su cencerro.



—¡Qué extraño! — Ese señor no hacía más que mirarme y hacerme señas; y en cuanto has venido tú, ha metido la cabeza en el diario y ha enmudecido.
—¡Lo creo! ¡Es mi marido!

QUIJOTESCA

I

Señora: como el manchego
que en honor de Dulcínea
trocó la paz de la aldea
por el vivir andariego,

sobre un rocín flaco y ciego
hoy me parto, con la idea
de hallar gloria en la pelea
y al azar, por vos, me entrego..

Solo voy, señora mía;
que do vá mi fantasía
está de más Sancho Panza,

Y me alienta la esperanza
de despertar con mi lanza
la andante caballería...

II

Señora: maltrecho llego...
Tras descomunal pelea
me venció la vil ralea,
como al ilustre manchego...

¡De mi locura hoy reniego!
¡Cuando fuí tras la presea
creyendo en vos, Dulcinea,
más que el rocín yo era el ciego!

¡Triste fué mi malandanza!...
Traigo astillada mi lanza
y muerta mi fantasía...

¡Es que hoy, señora mía,
la andante caballería
se reduce a Sancho Panza!...

OSCAR R. BELTRAN

DE LAS MUJERES

Por V. García Martí

En la paz de la tarde, con el alma herida por los dolores del mundo, en un jardín donde la luz otoñal alumbra suavemente las hojas secas y doradas que caen por tierra, un peregrino, filósofo del sentimiento, hablaba así a sus discípulas:

"Mis esperanzas están más en el brillo y en la inquietud de vuestros ojos, en el latir de vuestros corazones, que en el esfuerzo y la curiosidad de los hombres. En tanto éstos giran en torno y fuera de la vida, vosotras no salís de ella jamás; porque un día es la fiebre de vuestras sienes, y otro, el palpitar de vuestras entrañas, y siempre son el amor y el dolor, estos dos guías admirables.

"Como los lazarillos, que son tan niños y no saben los caminos, y van, sin embargo, conduciendo a los ciegos de puerta en puerta, así conducís vosotras a los hombres a la ventura.

"No penséis nunca en extrañas redenciones, como no sea una redención interna cada vez más honda, en el sentido de la misma vida, para mantener pura el agua donde las gentes puedan refrescar sus labios, calcinados por la fiebre del saber.

"Iluminad el espíritu cuanto podáis, y convertirlo todo en espíritu, de suerte que vuestras manos sean también espirituales. De ese modo, cuando los hombres se pregunten: "¿Qué es la verdad?", podréis acariciar con vuestras manos pálidas las frentes varoniles y ardientes donde martillea la inquietud... Si veis a un hombre que se esfuerza en descubrir los enigmas del Universo, decidle en voz baja y lenta que estáis allí aguardando que llegue la hora de enjugar su llanto y curar las heridas de sus desengaños... Sed blandas ante la violencia y ofreced sin temor el alma, que el alma es lo inagotable.

"En último término, enseñad a los hombres a dominar el orgullo de sus ciencias, mostrándoles la infina ternura de vuestros pechos...

"Cuando los veáis con los ojos fatigados de rodar por el mundo de las cosas, vendádselos con vuestras manos virginales, para mostrarles, una vez más, el camino de la paz y el reino del mundo interior".

. . . .

El peregrino se llevó las manos al corazón, entornó los ojos, y como observase que sus discípulas le miraban con ansiedad, como interrogándole todavía, prosiguió:

"El evangelio predicado por los hombres es una teoría, y yo os recomiendo la práctica y la obra. Se dirá que el mundo es así más femenil; pero yo os respondo que nunca es bastante femenil. Si decís sacrificio, si decís ternura, si decís suavidad, diréis alma. Y toda la tendencia del progreso del mundo es una infinita aspiración hacia el alma. Ved, sin embargo, cómo los hombres, en sus conquistas, tienden a la exterioridad y a la superficie. Y lo que yo reclamo es más interioridad y más hondura.

"Poned vosotras a contribución de todas las vidas, así de las cercanas como de las remotas, los resortes de vuestro espíritu para contrapesar el esfuerzo de los hombres en las zonas exteriores. Y así como ellos llenan de ruído las calles, llenad vosotras de paz y de sosiego los hogares. Si subrayáis con ese augusto silencio y esa paz los negocios de los mercaderes en la plaza pública, habréis aportado un eco de eternidad a todo trato entre los hombres para hacerlos más humanos.

"Haced que la religión se realice en la tierra... Que los hombres no vivan para el minuto presente, sino para fuera del tiempo... Que no envejezcan nunca a vuestro lado, y que sus corazones, siempre contentos de vuestra obra, sonrían hasta en la muerte..."

La noche cubría de sombras el jardín otoñal; allá en el horizonte queda aún una faja luminosa. Sólo resuena en el silencio el eco de las frases del peregrino, que torna a la montaña.

Las discípulas vuelven a la ciudad, meditando en la paz de la noche las últimas frases:

"Haced que los corazones de los hombres, siempre satisfechos de vuestras obras, sonrían hasta en la muerte..."

Encomienda humana

Peter Smith, teniendo una cita urgente en Nueva York y hallándose en San Francisco, quiso utilizar un aeroplano para el viaje. Al llegar al aeródromo todos los aviones habían partido ya, y sólo quedaba el correo.

Propusieron a Smith que viajase como encomienda y el hombre aceptó. Se le pesó y fué tasado, en 700 dólares.

Como no había estampillas de ese valor se le pegaron en la espalda estampillas de cinco dólares hasta completar la suma. Llenadas las formalidades, la encomienda humana subió al avión y llegó a Nueva York.

Elogio de la pereza

Por Heliodoro Carpintero

No escribiré una sola línea sin hacer una importante advertencia: "Sólo para perezosos". Los perezosos constituyen una categoría social; que sólo vituperios recibe de la humanidad. Ser perezoso en este mundo tan afanoso y activo, es tener madera de mártir. ¿Na ha de haber una voz que los aliente y anime?

Es verdad que los perezosos no necesitan de nada ni de nadie que los ensalce y aplauda. Son unos convencidos y en ellos mismos está la fuente inagotable de la que ha de brotar nuevas fuerzas para proseguir en su tarea.

El buen perezoso ha de serlo por naturaleza. Es de las pocas profesiones que no admite arrivistas, ni falsificadores.

El trabajador, el buen trabajador — en el vulgar concepto — no debe leerme. Acaso se ilusionara demasiado y quisiera ingresar en la santa cofradía de la pereza. No se lo aconsejo. Estaría tan desplazado como gallina en corral ajeno. Porque con esto de la pereza se ha divulgado una errónea idea como es, la de creer que perezoso es todo aquel hombre que no hace nada. Sensible equivocación. No sé de hombre que haga menos que el pescador de caña. Los pescadores de caña se enojarían demasiado si se les llamara perezosos.

Ahora, mientras escribo, mi pipa me acompaña y acaricia con su humo azul. La luz se difunde blanda y suave. ¡Qué grata pereza siento! Mi imaginación vuela con el humo de mi pipa hacia lejanas y bellas regiones. Ahora os contaría mil cosas deliciosas, cosas que al contarlas perderían su encanto.

No temáis. Yo sé callarlas y así el encanto no queda roto. Las gentes vulgares piensan que cuesta hablar. Yo sé que cuesta mucho más trabajo callar. Buena prueba de ello es que muchos hablan. Solo una reducida minoría calla.

El buen perezoso es un gran degustador de la vida. La acaricia con la mirada, la paladea goloso. Comprende que es algo más que un autómata estúpido, o que un vano hablador. Si tuviera más fe, se confundiría con los místicos; si tuviera menos humor, llegaría a ser un triste visionario. No temamos demasiado por él. Se siente tan humano, tan perfectamente humano, que ello le hace ser un perfecto perezoso.

Frente a la vida irracional y uniformada de la mecánica, el buen perezoso representa la racionalidad absoluta y perfecta.

Frente a las turbas mangoneadoras el buen perezoso representa la depurada selección.

El buen perezoso ha adoptado frente a la vida la única actitud que dignamente se puede adoptar: es un espectador. Si lo que le rodea fuera más elevado, él sería un contemplador. Como no vale la pena contemplar, se contenta con mirar.

Todo progreso humano ha nacido siempre del alma de un gran perezoso, porque sólo a ellos les ha sido otorgada la gracia de la perfecta visión. Los hombres que se mueven no ven el movimiento, ni el trabajo los hombres que trabajan. Todo el quietismo estético se ha fundamentado en la pereza.

El buen perezoso hace todo, porque no realiza nada.

La humanidad se muestra ante el perezoso, ignorante, cruel e injusta.

Ignorante, porque son raros los que se dan cuenta exacta de lo que es un perezoso. Es muy cómodo decir aquello que aprendimos de niños, de que contra pereza, diligencia. Pero esto es un gran error. ¿Quién más diligente que el perezoso? Francamente, no sé de nadie. Lo que la gente llama hombre trabajador suele ser el hombre que se siente ligado a su trabajo. Es una pieza más de la máquina y siempre existen las piezas de recambio. Al perezoso, por el contrario, no le interesa concretamente la relación entre su yo y ninguna forma conocida de la actividad humana. Le interesa él por sí mismo, sobre todo y ante todo. No sé de nada que requiera una diligencia mayor que esta de cuidarse de uno mismo. Requiere una ejemplar fuerza de voluntad. Es en todo momento un autodidacta.

El trabajador esgrime como legítimo triunfo la jornada de ocho horas. El perezoso no ha pensado acotar la suya. Todo su día está lleno de su pereza. Y por la noche, cuando busca el lecho tibio y grato, aún prolonga allí su infatigable pereza. Se arrebuja entre las mantas en las noches de invierno, y se conduele de esos pobres hombres descarriados que trabajan en esas horas frías y largas de las madrugadas y piensa en los navegantes que luchan, entre las sombras gigantes con las olas embravecidas y piensa en los pobres pastores que llenan las crónicas de las muertes por rayos, y piensa en los caminantes que dejan sus huellas en los caminos lejanos. Y ocurre que tras de tanto pensar, el perezoso se duerme como un blando y rubio cordero.

¿Es posible mayor diligencia?

¿Quién, sino el perezoso, es capaz de acordarse de los navegantes, de los pastores, de los caminantes que se agitan en las sombras?

Pues bien, el buen perezoso, el que de la vida hizo un remanso para contemplar su yo y con ello elevar la categoría humana, de simple tornillo, a ser consciente; el que hasta en la hora de general reposo, tuvo un recuerdo para los humildes, solo menosprecio, crueldad e injusticias recibe de todos. Se le considera como engendrador de vicios y maldades. El niño perezoso sirve de baldón, de ignominia ante los niños aplicados. Es planta que se quiere cortar de raíz.

Esperemos tiempos nuevos, con gentes nuevas y espiritualidades nuevas. Esperemos que en esos futuros tipos de civilización, el perezoso ocupe el puesto a que tiene derecho, es decir, los adelantados de la razón. Ellos dieron el cabal concepto de lo que al hombre correspondía en la desafinada murga del universo. Ellos tuvieron el valor consciente de recostarse adormilados. Ellos fueron unos hombres.

...Hasta mi pipa, se ha contagiado en este momento de mi pereza y, medio apagada, deja prendido en el aire su humo dormido, con un sueño terco y pesado de niño mimoso...

AISLAMIENTO

Mañanita feliz, diáfana y fresca,
Mañanita de un día de domingo
Con canciones de pájaros
Y jolgorio de niños,
Después de muchos años esperada,
Insinuante y jovial, hoy has venido.

Un aroma de tréboles ondea
En el ambiente. A la distancia, el río
Corta la línea azul del horizonte.
En tanto un aire limpio
Sopla del Noroeste, propiciando
El amor de los viejos eucaliptos
Del patio familiar, en cuyas ramas
Fragantes de un rosado verde nilo,
Abre la luz mil arcos
Iris por cada gota de rocío.

¡Oh, he aquí, por fin, el anhelado
Instante de reposo prometido!
De par en par abierta la ventana
Del cuarto está. No leo ni medito.
¡Qué bien me siento así! Hoy, como nunca,
Lejos de los versátiles amigos,

Siquiera soy otro hombre
Y fugazmente vivo...
Por eso, nada más, sólo por eso,
Al amparo cordial de este retiro,
El corazón se torna tan humano,
Que no parece ya que fuese el mismo!

Mañanita de sol, pura y sedante,
De un espléndido día de domingo,
Porque un augurio ideal de vida nueva
Y un regalo de rosas me has traído,
Desde la blanca torre de los sueños,
Loco de gratitud, yo te bendigo!

Santos AGUILERA.

El hombre no desciende del mono.

El hombre no procede del mono, sino que, por el contrario, se acerca más al animal conforme va avanzando su edad. Esta teoría revolucionaria, contraria a la de Darwin, ha sido propuesta por el profesor Schindewolf a la Sociedad Alemana de Investigaciones Prehistóricas.

Schindewolf afirma que el hombre no puede descender de animal, porque las cualidades específicas de la raza humana no están reflejadas en modo alguno en el mundo de los irracionales.

"El embrión humano y el niño recién nacido — dice — no tienen nada de común ni parecido con el mono. Todo lo contrario sucede cuando el hombre alcanza edad avanzada".

El príncipe del mar

Por Fabio Fiallo

A aquel cuartito de Octavio era un caprichoso museo de exquisitos despojos femeniles. Allí se encontraban trofeos de todas las conquistas, laureles de todos los triunfos.

Pero, ni la cajita de palo de rosa, donde alguien había sorprendido el oculto tesoro de la más hermosa y rubia y ondulante cabellera; ni el fino pañuelo de batista que ostentaba una corona de marquesa por blasón; ni el abanico de blonda y nácar, evocador de cierta leyenda sangrienta; ni la blanca liga de desposada...; ni los dos antifaces, negro y rojo el uno, rojo y negro el otro, que aún parecía conservar frente a frente, la misma actitud hostil que una noche adoptaron al encontrarse en aquella misma alcoba sus respectivas dueñas; ni la sugestiva zapatilla azul que la cenicienta, nada mortificaba tanto mi curiosidad como la sarta de lindos caracolitos guardada devotamente en rico estuche de marfil. Acaso este ateo impenitente abrigaba la cándida superstición de los amuletos?

Una noche por fin interrogué a Octavio:

—¿Y esto?

—¿Eso?... ¡Ay! es una historia bien triste la que me pides, la historia de un amor irreal.

Yo miré con extrañeza a mi amigo.

—¿Te sorprende la palabra en mis labios?

—¿A qué ocultártelo?

—Pues escucha:

Todas las tardes ella bajaba a la playa y allí acudía yo sólo por verla saltar descalza, de roca en roca hasta alcanzar el abrupto peñón que se erguía en el mar, casi a la orilla, frontero al viejo torreón del castillo. Y poniendo aquel soberbio pedestal a su temprana hermosura, se hacía contemplar de las ondas, de las ondas a las que ella hablaba con la gracia y la majestad de una reina enamorada.

¿Qué les confiaba? No sé. Sin duda embajadas de amor que las coquetuelas, modulando su canción de espuma, corrían alegres y presurosas a recibir, y presurosas y alegres se llevaban.

Una tarde... ¡Oh! estaba más bella que nunca. Su flotante cabellera blonda parecía llenar el aire de átomos de oro, y en el azul de sus grandes pupilas se reflejaba algo de la imponente y bravía inmensidad de mar. Traía al cuello esa sarta de caracolitos que ha sido aguijón de tu curiosidad.

Vino a mí, se sentó a mi lado, sobre el césped y me dijo:

—¿Sabes que me llaman loca?

—¿Quién?

—Ellas, las envidiosas. Las que odian mis cabellos porque él los besa, y mis ojos porque él se mira en ellos.

—¿El?

—Sí, el Príncipe del mar, mi novio. Y al decir así sacudió con arrogancia sus cabellos.

—Cuéntame tus amores, preciosa niña.

Miróme breve instante en silencio, después con acento que un recuerdo doloroso convertía en murmullo, me contó:

—Tú sabes que la tarde que enterraron a mi pobre madrecita quedé sola, sola en el mundo. Yo estaba muy triste, y una noche, para llorar con más desahogo, vine a orillas del mar y aquí me quedé dormida. Súpolo el Príncipe, y en su carro de perlas tirado por cuatro tritones, acudió a consolarme. Me rogó que no sufriera y me dijo que yo era muy bonita y que él se casaría conmigo.

—¿Cuándo es la boda?

—No sé, mucho tarda ya esa hora de suprema ventura. Oh! esperaré. ¡Qué duro es esperar cuando el tiempo no marcha con la violencia con que palpita el corazón!

Y mientras exclamaba así, miraba con sus grandes pupilas azules a las ondas que alegres murmuraban su canción de espuma.

—¿Por qué esperar?

—Mi palacio aún no está concluído. Un palacio hermosísimo de granito más blanco que el mármol, con galerías de nácar, grutas de perlas y bosques inmensos de coral. Serán mis pajes los delfines y las ondinas mis doncellas. Qué feliz voy a ser ¿no es verdad?

—Sí, muy feliz.

—Todas las noches durante mi sueño viene el Príncipe a visitarme. ¿Ves estos caracolitos? Cuentan las veces que nos encontramos. Tengo muchos, muchos; ellos alfombran mi cabaña. Hoy estamos a trece y ya tengo doce.

Después prosiguió como en un sueño.

—Mi Príncipe, ¡cuán bello es! Tiene la cabellera negra y ensortijada, la frente pálida y hermosa, los ojos tristes y soñadores, el pecho alto y vigoroso, el talle elegante y fino, el ademán firme y cortés. Cuando cierro los ojos y le contemplo tan bello, siento impulsos de correr a su encuentro y lanzarme al mar.

—Te ahogarías.

—No, los tritones me recojerían y en su carro conduciríanme al palacio; pero temo que mi Príncipe se enoje.

Y se alejó susurrando dulcemente un canto de amor.

Tres días después ocurrió el hecho fatal. Corrí a la playa donde yacía tendida sobre el abrupto peñón que tantas veces había servido de soberbio pedestal a su hermosura. Un hilo da sangre corría por la sien y manchaba de púrpura el oro de sus cabellos; por sus labios amoratados parecía aún vagar una sonrisa, sonrisa de mujer enamorada que corre al encuentro del amado, y del cándido cuello pendía la sarta de caracolitos que habían marcado las horas felices de aquel mes.

Los conté: doce. Eran los mismos que me había enseñado!

Desde aquel día no había vuelto el Príncipe y la visionaria se había lanzado al mar en su busca.

ESTA NOCHE...

Tiende su luz tu pequeñita lámpara
entre la alcoba donde están mis sueños
y tus sueños, en donde se hallan juntas
nuestras vidas, ¡lo mismo que dos versos!
La noche tiene un celestial idioma
para aquellos que miran muy adentro
del alma; es por eso que he leído
en los astros no sé qué asuntos bellos.
¡Cuánto hablan a mis ojos, ya cansados
de pensar, los objetos que venero:
el cuadro aquél que me ofreció un artista,
el viejo piano enmudecido y negro,
las puertas que recuerdan en la sombra
quizás a aquellos que en un día se fueron
para siempre, los olvidados libros
y el pequeño reloj de los abuelos!
Impone tanto el fiel silencio amigo
de esta noche de invierno,
que he exclamado: ¿En qué brazos se ha rendido
nuestro músico, el viento,
para pedirle que retorne alegre
sobre el plantío, junto al campo inmenso,
y nos dé en esta hora en que se sueña,
como otras veces, su eternal concierto,
y haga de que se marche
nuestro amigo el silencio?

Félix B. VISILLAC.

Ante el espejo

Un calculista alemán que cultiva la ciencia de las cifras, como la de la galantería, acaba de calcular, sobre bases que no ha querido divulgar, el número de minutos ante el espejo, ya entregada a la "toilete" o al peinado, o para agradar al ser mirada.

Hasta los seis años una niña no pasa siete minutos diarios en contemplarse. De los diez a los quince, dedica un cuarto de hora por lo menos y piensa en servirse de espejo; pero de los quince a los veinte consagra ya la joven a su mejor confidente cerca de veintidós minutos al día. Hasta los treinta años le conceden media hora.

Según los cálculos del expresado profesor alemán, una mujer de setenta años ha pasado, por término medio, cinco mil ochocientas setenta y dos horas ante el espejo, lo cual representa un total de ocho meses, con sus días y sus noches comprendidas.

Una máquina para resucitar

Un grupo de hombres de ciencia rusos ha lanzado a los cuatro vientos la estupenda noticia de que la vida puede continuar aunque los pulmones y el corazón no funcionen. Con ayuda de una máquina eléctrica, la sangre continúa su circulación y la vida permanece intacta, por medio de un aparato que reemplaza las funciones del corazón.

Los experimentos se han hecho hasta ahora con perros, dando excelentes resultados.

La Marcha Fúnebre de Chopín

A Angelina Rodá, la virtuosa del teclado que sabe hacer vibrar los corazones con el sortilegio de sus manos.

El viejo piano

I

Corren los dedos sobre el piano
las viejas teclas amarillentas...

—¡Piano hermano!...
Despierta y dinos todo el arcano
de tus dolores. ¡Los que más sientas!...

Pobre piano...
Siempre cerrado...
Siempre sufriendo la eterna espera
Sin que, piadosa, venga una mano
y abra tu tapa sobre el teclado
color de cera...
Tu negra tapa, pobre piano,
como la de una caja de muerto...
Tu alma cansada,
de cuerdas mudas y marfil yerto
Llora en silencio... suspira en vano...
¡Ah, negra tapa siempre cerrada
como la tapa que cubre a un muerto!

—¡Despierta, hermano!
¡Mírate abierto!...
Tu negra tapa ya abrió una mano
piadosa y buena para que llores
fuerte tus duelos.
Despierta y dinos todo el arcano
de tus dolores...
de tus anhelos...

Corren los dedos sobre el piano...

Tus manos

II

Oh, qué prestigio tienen tus leves
manos, tan blancas,
cuando las mueves
sobre el piano, cuando le arrancas
como en un viejo rito sagrado,
todos sus lloros
y sus gemidos...
todos los oros
de sus sonidos.
Pálidas corren sobre el teclado
como en un vuelo de mariposas
y es una dulce caricia alada
cuando las posas
desfalleciente... como tronchada...
Agiles corren en un alarde
de giros locos...
¡No... no! ¡El encanto
no va a romperse!...
Cae la tarde
y en la penumbra todo se esfuma.
Tus manos brujas mecen el llanto
del pobre piano sobre la espuma
de su teclado. Y al oír su canto
lleno de notas desgarradoras...
te angustias... tiemblas... ¡y también llo-
(ras!

Canta el piano
con desconsuelo
toda la angustia de sus tormentos...
El marfil llora bajo tu mano
y los bemoles — teclas de duelo—
más que sonidos tienen lamentos,
La voz de un bajo bronca resuena...
¡Y hay un soprano
que dice quedo toda su pena!!

Corren los dedos sobre el piano...



Señora Angelina Rodá, eximia pianista española residente en París.

La Marcha

III

...Y es una marcha fúnebre y lenta
que suena como tras un cortejo...

—¡Ah, cómo alienta,
pobre piano cansado y viejo,
en esas notas tu pena incruenta,
toda tu angustia... tu desconsuelo!...

Es una marcha fúnebre y lenta
que pasa como siguiendo un duelo...

Lentos, pausados,
los bajos suenan
con voz sonora grave y doliente.
Y acompasados
el aire llenan
con un redoble ronco y gimiente.
Suenan los bajos y el aire atruenan
con sus clamores...
Suenan... y el alma, ¡qué conturbada
se ve en los ojos... que no ven nada!...

En la penumbra la visión se hace.
Pasa el entierro. Lleno de flores
llevan un negro féretro abierto...
—Dime, piano, dentro ¿quién yace?...
¿Eres tú el muerto?...

Sigue la marcha lanzando al viento
sus broncas notas, su voz doliente...
Tiene el momento
la augusta fuerza de lo grandioso,
Sigue la marcha... Mas, de repente...
¡Ah, qué sollozo tan quejumbroso!...

El sollozo

IV

¡Oh!... ¿Quién solloza?...
Piano, dime...
¡Dime quién gime
con una angustia tal que destroza
de pena el alma, que el pecho oprime?...
¿Quién es quien llora? ¿Quién es el triste?
Dime piano...
Tú que sufriste
la eterna espera sin que una mano
piadosa y buena
viniera a hacerte por una hora
llorar tu pena,
dime... ¿quién llora?...
¿Eres tú, hermano?

Gime el piano.
Solloza... llora...
Dice la frase con desconsuelo.
La triste frase desgarradora,
la triste frase que dice el duelo
del más sublime dolor humano...

—¡Piano hermano!...
Di tu congoja...
Di tu punzante,
tu sobrehumano
grito...No mires si el llanto moja
nuestras mejillas. ¡Sigue adelante!
Sigue llorando bajo esa mano
que te acaricia pálida y leve,
que desfallece sobre el teclado
como un ligero copo de nieve...
Llora, piano,
pobre piano viejo y cansado,
llora tus duelos...
Sigue diciendo todo el arcano
de tus dolores... de tus anhelos...

Corren los dedos sobre el piano...

Envío

Chopín, ¡oh, mago! ¡Brujo del clave!...
Yo no te pido sino que un día,
cuando mi inútil vida se acabe,
venga tu espíritu y en mi agonía
me diga quedo la triste frase
que es como un lloro, como un lamento...
¡Será tan dulce que el llanto arrase
mis pobres ojos en tal momento!...

J. QUESADA NOFUENTES

Montmartre.—

La tristeza de haberse muerto

Por Adolfo Carretero

Sentado en la terraza del bar, cuando el globo de la tarde arroja el lastre de fuego para hundirse en los hangares de la noche, sentía el roce de su convalecencia como si un ala invisible le sombreara el rostro y le dejara caer, desde la cabeza hasta la punta de los pies, un escalofrío de humedad que le hacía fláccidos los músculos.

La pequeña plazoleta, tanto tiempo oculta a sus miradas inseguras, se le aparecía ahora teñida de un vaho balbuciente y mate donde todo adquiría el prestigio de un descubrimiento.

Los amigos. ¡Ah los amigos! Allí estaban como siempre, quizá sin moverse del mismo sitio desde la última vez que estuvo en la tertulia. ¡Tanto tiempo hacía! Sólo que ahora se le antojaban desconocidos, caras vistas por vez primera. ¡Qué lejano y qué hundido todo!

La enfermedad fué un pozo donde, un poco cada día, fué cayendo un trazo de su vida, un recuerdo, una fisonomía, una palabra familiar. Como si la cosecha de sensaciones y de afectos y también de amarguras que es la vida se hubiera ido consumiendo lentamente con los grados de la fiebre que se le pegó a las entrañas como una lapa ardiendo. Incluso su familia. La madre, las hermanas... Era un extraño, tal vez superviviente de una catástrofe. ¿Se habría secado en su pecho el jugo cordial de las emociones, cordón umbilical que nos une al mundo circundante y nos nutre de savia para la lucha?

¡Bah! Cualquiera lo diría. Lo cierto es que todo le resultaba lejano, venido de lugares desconocidos, y que todo le hería en los ojos.

Sin embargo, la realidad allí estaba, delante de él, ciñéndolo como a los otros, golpeándolo con sus gritos, con sus gesticulaciones sin lógica aparente; a dos pasos de su sitio, aliento desenfrenado de la gran urbe que corría como loco por las avenidas, trepaba por las armazones gigantes de los edificios y colgaba en lo alto de las chimeneas de las fábricas unos lienzos brumosos y rojizos, lenguas vivas de la Babel universalizada del trabajo.

Cierto, cierto. Aquello era lo anterior, lo de antes de la enfermedad. Pero ¿y lo de ahora? Aquello era el pasado visto con ojos fuertes, andado con pie firme, palpado con mano dura. ¿Lo de ahora era lo mismo? ¿Todo estaba allí con las mismas ansias de manifestarse, con los mismos deseos insatisfechos, con las mismas esperanzas manchadas por las realidades de todos? ¿Hasta el mismo amor? ¡Ay el amor! Y recordó a Mercedes, aquella muchachita de terciopelo, asomada siempre al arco de sus ojeras.

Tuvo que andar con la imaginación todo el camino obscuro de su enfermedad, hasta salir al claro horizonte de cuando estaba bueno, fuerte y esgrimía el látigo de su juventud.

Aquella mujercita ensoñadora que le cegó los ojos en fuerza de besarlos y le ponía en el pecho el cáliz de sus manos para recoger en ellas el vino pagano de su amor.

¿Qué habría sido de ella? Quiso preguntárselo a sus amigos, ligarse otra vez a ellos con esos hilos milagrosos de las palabras íntimas. Quiso tapar el enorme vacío de su enfermedad, cárcava que llevaba dentro como un gran cadáver, y darse de alta en la vida, fluir con empuje vigoroso en la corriente nueva.

Aparecido de sí mismo, proyectada su figura, limpia de toda arruga de la fiebre, bien cosidas las cicatrices del espíritu, quería brincar desde dentro de sí al exterior, con los brazos abiertos, en ansia de abrazar la vida otra vez recomenzada. Y con ella la carne de su novia, aprisionada aún en el tremendo paréntesis de su enfermedad.

¡Su novia! ¡Qué palabra tan esmerilada de sueños, tan burilada por los labios al besar cada letra en las recordaciones silenciosas!

¿Realmente fué su novia aquella muchachita que le trajo en los ojos las claras fontanas de su felicidad extinta? ¿No habría sido un delirio de su fantasía que sólo le quedó en el alma una boca insatisfecha?

No, no. Aquello fué verdad. Tuvo la substancia de su propia sangre. Si aún sentía, a pesar de todo, la tibieza de pluma de su cuerpo y el vuelo encendido de sus miradas negras. ¡Qué alegría más grande le entró por los ojos!

La buscaría nuevamente, como a raíz de conocerla. Preguntaría en casa del novelista donde estaba de mecanógrafa.

¡El novelista! (Le tenía coraje a aquel hombre menudo y nervioso que mandaba en ella como un tirano). Y otra vez comenzaría el poema inacabado por la enfermedad, y, bien zurcidos los descosidos de su alma, empezaría a vivir de nuevo. ¡Ea, pues, a ello!

Intentó despedirse de los amigos y levantarse. Pero la voz quedó náufraga en su garganta y las piernas le temblaron. Un sudor copioso y denso impermeabilizó su carne. El corazón le latía tan débil, tan débil, que apenas si le marcaba el pulso.

La tarde encendía ya los pálidos cirios en las estancias mortuorias del día, y sobre su rostro afilado, lamido tantas veces por las cálidas aguas de la calentura, se reflejaba una claridad lívida, de marfil apagado, que caía por sus dedos sin sangre en un leve parpadeo melancólico.

¡Qué desgana tan honda se le entraba por el alma! Era todo mentira. Estaba todavía en la cama, hundido en el sopor de la fiebre, azotado sin tregua por los cilicios de la enfermedad. ¡Qué peste a medicinas! El cuarto tenía ya olor a capilla ardiente, y el lecho, su lecho donde él yacía, ya se amparaba en la penumbra de la eterna sombra.

Había muerto sin duda. Había muerto sin duda.

Y sobre la mortaja inerte de su convalecencia, en la terraza del bar, junto a los amigos bulliciosos, lloró a lo largo de una mirada blanca, senda de una infinita angustia, la mortal tristeza de "haberse muerto".

NOCHE CRUDA, NOCHE FRIA

Para "FRAY MOCHO"

Noche cruda, noche fría...
¡Cómo se busca la casa
acogedora y tranquila
y la pieza bien templada!
Y junto a la chimenea
donde los leños se abrasan
el suave calor de nido,
mientras se miran las llamas.

Noche cruda, noche fría...
¡Cómo se busca la calma
del hogar! Cómo se añoran
borrosos años de infancia,
albas manos cariñosas,
indescriptibles miradas,
frases buenas, frases de esas
que se adentran en la entraña.

Noche cruda, noche fría...
¡Cómo se piensa en la amada
ensoñada, la que siempre
será princesa lejana,
que se sueña a los veinte años
y el corazón aún aguarda!
¡La que sólo está en las verdes
regiones de la esperanza!

Noche cruda, noche fría...
¡Dicha que fué, no lograda
dicha que tal vez no llegue!
Siento frío hasta en el alma...

Justo G. DESSEIN MERLO

FOOTBALL

—¡Qué éxito de boletería!

—¿Se habrá vendido todo?

—¡Todo!... ¡Hasta el árbitro!...

ENTRE AMIGOS

—¿De modo que casado? ¿Y qué tal tu esposa?

—Una joya.

—¿Y tu suegra?

—Otra joya.

—¿Y tú?

—Corredor de alhajas.

Curiosidades

En algunas de las grandes fundiciones de acero se hace uso de enormes electroimanes, capaces de sostener una carga de cinco toneladas, para trasladar de un lado a otro las vigas y planchas de acero.

* * *

Según Prescott, los aztecas empleaban para sus transacciones con las tribus amigas cañas llenas de cacao y oro en polvo.

* * *

Las balanzas que se usan para pesar los diamantes son tan delicadas, que una pestaña basta para hacer inclinar marcadamente uno de los platillos.

* * *

Los policías de Bath, Inglaterra, van equipados con una lámpara luminosa, que llevan en el casco. Una pequeña batería, que el policía lleva al costado, suministra la potencia necesaria y permite hacer las señales para el tráfico.

* * *

El camello es uno de los pocos animales que no saben nadar.

* * *

Para evitar los gastos de modelos vivientes en algunos estudios americanos comienzan a utilizarse muñecos que pueden colocarse en posiciones humanas. Admirablemente modelados estos muñecos y vestidos según el momento a representar, son de gran utilidad, según los artistas que los emplean.

* * *

Los alumnos de las escuelas de Copenhague toman tres baños por semana en el mismo local de la escuela, y mientras se bañan se les esteriliza la ropa en una estufa desinfectante.

* * *

En Chicago, para aprehender a los ladrones utilizan unas trampas parecidas a las que se emplean para coger raposas.

* * *

Según Snelison, los animales, sin excepción alguna, padecen a veces ilusiones muy semejantes a la demencia, y se comprueba principalmente en los pájaros, los gatos, los perros, los monos, el ganado en general y los caballos.

* * *

Un elefante tiene más músculos en la trompa que cualquier otro animal en todo el cuerpo.

* * *

Los chinos son prácticos. Durante unas elecciones realizadas en Cantón, uno de los candidatos reunió a sus partidarios y les regaló a cada uno un traje de seda, en el que estaba estampada su plataforma electoral. Los obsequiados debían llevar siempre ese traje hasta el día de la elección.

* * *

Hay quien remonta el origen de los relojes de pulsera a los tiempos de la reina Isabel de Inglaterra, a la cual le regaló uno su favorito.

* * *

En la isla de Trinidad hay una enredadera que al aprisionar fuertemente los árboles los priva a veces de la vida.

A ciento cincuenta metros de profundidad bajo el mar, la claridad que existe durante el día es igual a la de una noche llena sobre la tierra.

* * *

Los cuervos matan al compañero que se ha hecho culpable de algún acto odioso.

* * *

En el Japón venden unos pasteles de arroz, que hacen las delicias de los naturales.

* * *

El descubrimiento de la lámpara de arco voltaico se debe a sir Humphrey Davy, que la dió a conocer en el año 1813. La lámpara de incandescencia data de 1882.

Se ha hecho la observación de que ningún mono duerme tendido boca arriba, como lo hace con frecuencia el hombre.

* * *

Las tres razas principales que pueblan al archipiélago filipino son la negra, la india y la malaya.

* * *

La mayoría de los peces pueden cambiar de color a voluntad para adaptarse al medio que los rodea. Se ha hecho la curiosa observación de que los peces ciegos no tienen esta facultad.

* * *

Hay unas 60 clases de alcohol. Entre éstas se encuentran las famosas etílico, metílico, amílico, butílico, propílico, alílico, cetílico...

Celebración del aniversario de la Reconquista





Miembros de la comisión de homenaje a los héroes de la Reconquista y de la Asociación Militar de Retirados del Ejército y la Armada, durante la ceremonia del descubrimiento de la placa conmemorativa dedicada por el Círculo Celta de Buenos Aires y fijada en el átrio de la iglesia de Santo Domingo.



El doctor Gastón Fededico Tobal pronunciando su discurso patriótico, en el acto de la colocación, en el citado átrio, de la placa dedicada por la Asociación Militar de Retirados del Ejército y Armada



Vista parcial del numeroso público que asistió a los actos conmemorativos de la Reconquista, llevados a efecto en el templo de Santo Domingo.

Homenaje a la República del Ecuador

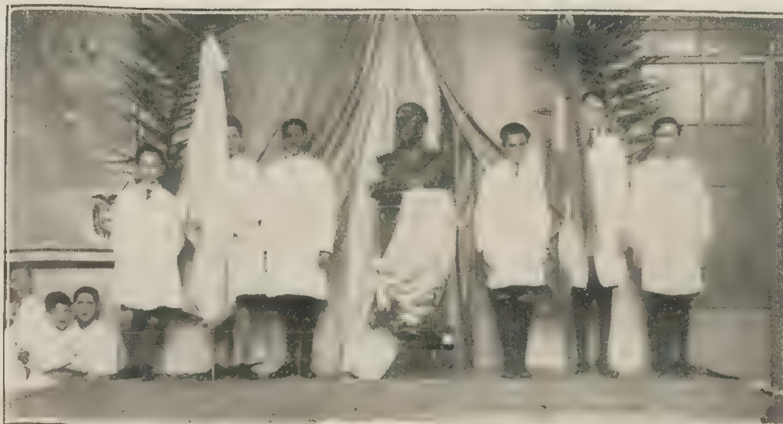




En ocasión del aniversario patrio de la República del Ecuador, realizóse un acto conmemorativo en la escuela del mismo nombre. — El ministro del Ecuador y demás caballeros que presidieron el acto



La comitiva oficial que asistió a la conmemoración y parte de los alumnos de la escuela "República del Ecuador" donde se realizó el acto.



Las banderas ecuatoriana y argentina custodiadas por alumnos de la escuela República del Ecuador, mientras se ejecutaban los himnos de los dos países

CONFERENCIA DEL SEÑOR MANUEL S. DOMINGUEZ



El señor Manuel S. Domínguez, durante la conferencia que pronunciara en los salones del Club del Progreso sobre temas relacionados con el Paraguay



Vista parcial del auditorio que siguió con marcado interés, la disertación del señor Manuel S. Domínguez



En honor del doctor Sojo



En el Palais de Glace tuvo efecto el acto en honor del director de nuestro colega "La Razón", doctor Angel L. Sojo, organizado bajo los auspicios de la Sociedad Agraria e Instructiva del Ayuntamiento de Lage y con la adhesión de gran número de instituciones y sociedades españolas. — La cabecera de la mesa.



Vista parcial de los comensales que concurrieron al banquete organizado en honor del doctor Sojo y realizado en el Palais de Glace. — El acto asumió vastas proporciones y constituyó un significativo y elocuente homenaje hacia la persona del Dr. Sojo





NOTAS DE ARTE



Barítono Fidel Chiello, que tomó parte destacada en el festival realizado en la escuela normal número 2 de Rosario



Sta. Angelita Corea, distinguida recitadora que se desempeñó brillantemente en el mencionado festival

NECROLOGIA



Sra. Elisa Cuello de Quiroga, cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado en los círculos educacionales del país. Pertenecía la extinta a lo más destacado de la sociedad sanjuanina

SOCIALES



ENLACES. — Sta. María Esther Lefrancois con el doctor Horacio F. Gervais



Sta. Sara Teresa Catuogno, cuyo enlace con el señor Augusto Scarpitti se realizará en el presente mes



Sta. Blanca López Rosende con el señor Rolando Lagomarsino



Sta. Elena Frayssinet con el ingeniero Jorge E. Ducós



Sta. Anatilde G. Velázquez Giménez con el Sr. Manuel Rial



Sta. Elvira Kutel con el señor César Traversa

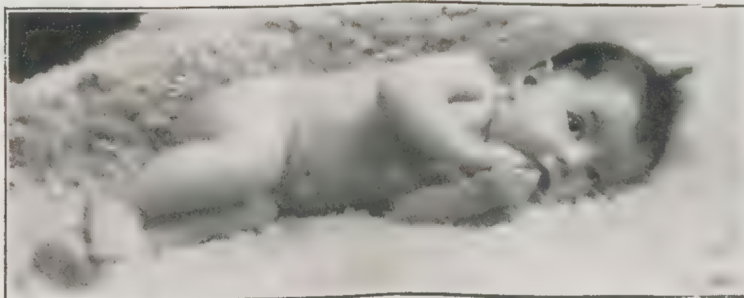


Sta. María Esther Bellino con el señor Alejandro Galante

Gente menuda



Juan Carlos Favale Albarracín



José Arturo Gamis Gutiérrez



Carlos Alvaro Urquidi



Enrique Bolentini



Nélida y Olga Bolentini



Beatriz, Aída y Raúl Barletta



Alma sublime

Por Pastor J. Rubira

La otra tarde, cuando ya el sol perdíase poco a poco en las lejanías del horizonte, la ví pasar junto a mi lado, del brazo de un hombre anciano que la miraba con expresión paternal.

Ella y yo nos miramos un momento, durante el cual nuestras almas parecían asomarse a nuestros ojos, como para inquirir qué había sido del uno y del otro durante tan larga ausencia.

¡Qué cambiada estaba mi pobre Matilde de otro tiempos! Sus grandes ojos negros parecían velados por una nube de honda y azul melancolía; sus mejillas y sus labios estaban pálidos, con esa palidez incolora de los pétalos ajados, de las flores marchitas, de las cosas muertas; su cuerpo se había encorvado ligeramente, y ya no tenía su talle aquella esbelta elegancia, aquella pureza de líneas, aquellos movimientos graciosos delicados.

¡Qué tristeza tan honda, que punzante remordimiento se apoderó de mi alma al ver tan cambiada a la mujer que me enseñó a querer, a la que endulzó, con la divina miel de su bondad, las horas más amargas de mi vida!

Bajo la luz indecisa del crepúsculo, marchaban calle arriba, con andar penoso, el anciano y mi pobre Matilde; yo iba detrás de ellos, observando con religiosa atención sus gestos, sus miradas y sus sonrisas.

A medida que íbamos avanzando, un ligero tinte sonrosado coloreaba la mate palidez en las mejillas de Matilde; sus labios se entreabrían con frecuencia para dar paso a un suspiro entrecortado que pasaba por entre el divino pabellón de una sonrisa, y sus ojos adquirían esa expresión inefable, esa brillar sereno que comunica a los ojos el latido de un alma que torna a la vida, tras un periodo de mortal anonadamiento.

Yo, ante aquel súbito renacer de Matilde, sentía en mi alma una oleada de tristeza aplastante, de horribles remordimientos, pues algo oculto me decía que ya no era tiempo de enmendar mis yerros pasados, que aquel anciano era su esposo...

Ante esta idea, mi desesperación no tenía límites. ¿Cómo, si era casada, emprender la empresa imposible de deshacer lo hecho? ¡Ah! ¿Por qué humillaciones, por qué dolorosos trances, por qué interminables días de angustias habría pasado mi pobre Matilde, para verse obligada a aceptar por esposo a un pobre viejo, achacoso y temblón, a quién no podía amar?

Después de media hora de andar lento, llegamos a una callejuela en la que solo había ocho o diez casas destartaladas y míseras. Entraron en el estrecho portal de una de ellas y empezaron a subir pausadamente, Matilde delante, el anciano detrás, apoyando el brazo derecho en la barandilla...

La noche había ya tendido su manto obscuro, inundando de sombras la desierta calle. Allá arriba, tras de celaje nebuloso, la luna pugnaba por asomar su cara de plata.

Al hallarme sólo, mi pensamiento voló a la habitación de Matilde, una pobre habitación sin lujos ni comodidades. El anciano habíase sentado en un antiguo diván de terciopelo incoloro, y ella, mi pobre Matilde, le acariciaba, resignada y caritativa, mitigando el cansancio de aquel cuerpo medio muerto con la trémula y dulce elocuencia de sus palabras alentadoras.

Luego, a una insinuación del viejo, Matilde sentábase a su lado, besándole en la frente, en aquella frente llena de arrugas que, al contacto de la caricia, parecía ensancharse y adquirir la tersa suavidad de otros tiempos.

¡Que buena eres, Matilde! Sin el dulce calor de tu cuerpo, sin la savia de tus besos infantiles, tu pobrecito viejo hubiera muerto ya, decíale el anciano.

Y ella, tierna y amante, respondía:

¿A quién, sino a tí, he de dar lo único que poseo: mi calor y mi cariño? Para tí, la única alma buena, con que he tropezado en mi camino por la vida, para tí, mi pobre viejecito, serán siempre mis anhelos.

Al llegar aquí, hice un esfuerzo poderoso y alejé el pensamiento. Mi corazón latía con tal violencia, que hube de apretarlo con mis manos para contener su marcha desenfrenada.

Estuve paseando por espacio de un cuarto de hora, sin poder alejarme de aquel sitio.

Un presentimiento halagador deteníame allí; y como en amor los presentimientos son el todo, yo esperaba, esperaba...

Por fin, percibí claramente el ruido de un balcón que se abría; [illegible] hacia lo alto y, a través de la obscuridad, distinguí la blanca silueta de Matilde que, muda, silenciosamente, alargó el brazo y dejó caer [illegible] carta que, como dijo el poeta,

> "he leído más veces en mi vida
> que cabellos contiene mi cabeza".

"No creas que voy a recriminarte, recordándote cosas que pasaron. ¡Te he perdonado tantas veces desde el fondo de mi alma...! Alguien ha dicho, creo que fué Gautier, que el amor verdadero no perdona nunca [illegible] ofensas. Yo puedo asegurarte que te quise mucho, que te he perdonado... ¡y que sigo queriéndote! ¡Sí, no he negado, no negaré nunca que te amo cuanto es posible amar y que difícilmente se apagará en mi alma la llama que encendió tu amor!

"Ya sé que querrás tener una entrevista conmigo acaso para explicarme cosas que no tienen explicación posible. Y como yo también necesito hablarte sin demora, te ruego que mañana, a las cuatro de la tarde me esperes en el mismo paseo y en el mismo banco en que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

"Fué en una mañana rica de sol y de perfumes; el cielo brillaba con bruñidas irisaciones de turquesa y los pájaros cantaban en las altas copas de los árboles un himno muy hermoso al amor y a la vida. ¿Te acuerdas?... — Matilde".

. . . .

Aquella noche no dormí. La carta de Matilde había despertado en mí un mundo de esperanzas y mi corazón latía ya muy tranquilo, como si hubiese entrado en una fase nueva de una nueva vida.

¡Iba a verla, a hablar toda una tarde con ella, a disculparme de mis errores pasados, a jurarle amor eterno, eterna felicidad para los días venideros...! Pero aquel viejo que se apoyaba en ella, que la miraba con aquella divina expresión paternal y la sonreía con aquella sonrisa de muerto, ¿quién era? ¿Sería su esposo? Esta idea me azotaba el alma, me martilleaba el corazón. Ser esposa de aquel hombre, ¿no significaba haber perdido a Matilde para siempre? ¡Ah, sí! Yo estaba seguro de que Matilde era incapaz de manchar el honor de un hombre con el amor de otro hombre cualquiera. Sufriría, resignada, las amarguras del destino cruel, lloraría lágrimas de sangre, se arrancaría el corazón, si era preciso; pero engañar a su esposo, nunca, ¡eso nunca! Al día siguiente fuí puntual a la cita. En el mismo paseo, en el mismo banco en que nos conocimos, permanecí sentado un rato muy corto, pero que me pareció una eternidad, completamente abstraído en el recuerdo de Matilde.

La tarde era tranquila. Un sol radiante caía en agujas de oro sobre la verde alfombra de los jardincillos, y un viento fresco, lleno de aromas, jugueteaba entre los árboles en flor, meciendo sus ramas en un vaivén rítmico.

Súbitamente, apareció Matilde por una de las callejuelas del paseo, vestida con un sencillo traje, pálido el rostro, los labios trémulos, velados los ojos por un cendal de lágrimas, y lento y cansado el andar.

—¡Matilde!

Me tendió su mano, una mano trémula y fría, y se sentó a mi lado, mirándome con tristeza.

¿Te acuerdas? — me dijo.

Sí, me acuerdo de todo, mi pobre Matilde! ¡Si supieras cuán arrepentido estoy y cuántas veces, en medio de mi soledad, he bendecido tu nombre..! ¡No, ciertamente que no merece el perdón de una santa el hombre que ha obrado como yo!

—¿Por qué no? Yo sé que tu eres bueno, que lo que hiciste conmigo lo hacen muchos hombres con muchas mujeres. Jurarme que me querías que te casarías conmigo, y marcharte porque sí, sin un motivo fundado. Eso es lo que hiciste. ¿Y por ventura, no es eso lo que se ve todos los días? Los hombres no sóis, generalmente, constantes en vuestros amores. Vivís de impresiones del momento, de sueños que forja unas veces el pensamiento y la ambición otras veces, y no sabéis apreciar la diferencia que existe entre una mujer que os ama y una mujer que os codicia. Así sóis todos y así fuiste tú también, el tiempo trae los desengaños y con los desengaños vienen los arrepentimientos, las ansias de recobrar lo perdido, si es que aún es tiempo de recobrarlo, y sobrevienen las grandes catástrofes morales, las infelicidades eternas, cuando se ha perdido toda esperanza.

Conforme iba hablando, sus mejillas adquirían un tinte encendido, se encarminaban sus labios y sus ojos rebosaban más vida.

—Es preciso, — me dijo después de un rato de silencio, — que nos separemos pronto, porque mi viejecito me espera. ¿Tienes algo que decirme?

—¡Sí: que me cuentes todo cuanto has hecho en mi ausencia, que me digas quién es ese anciano y lo que significa para tí... y que me digas la verdad de tus pensamientos, aunque sea muy amarga!

—¡Pobre! — me dijo Matilde, suspirando. ¡Cuánto hubiera yo dado por no volverte a ver, porque no hubiese llegado este momento tan cruel! ¡Lo que yo he hecho durante tu ausencia, lo que significa ese anciano para mí...! ¡Ay! Ni yo misma podría; contarte las rudas peripecias de mi calvario. Muchas horas sin pan, muchas noches sin asilo, desdeñada de todos, por nadie atendida, siempre con una nube de lágrimas en los ojos, siempre con una tormenta en el corazón... y siempre errante, vagando de aquí para allá sin rumbo determinado, muerto el espíritu, rendido el cuerpo. ¡Dos años así, dos años y qué crueles! ¡Pero no, el mundo no consiguió de mi lo que se había propuesto! Como entré en la calle de la Amargura, así salí: sin una mancha; limpia y radiante como un rayo de sol; encorvado el cuerpo, pero alta la frente, que ensangrentaron las saetas de mi corona de espinas. ¿Para qué contarte más? Después, Dios se apiadó de mí e interpuso en mi camino a ese pobre viejo que has visto, a modo de puerto de salvación. Me habló como hablan los padres a los hijos; yo le conté mi calvario, mis dos años de amarguras, y el pobre viejo, con lágrimas en los ojos, me ofreció cuanto tenía: su nombre y un sueldo para poder vivir... y yo acepté. ¡Yo estaba desesperada y sin fuerza ya para seguir en aquella lucha titánica! Por otra parte, había perdido ya todas las esperanzas respecto a tí y eso me dió fuerzas para aceptar el sacrificio. ¿Que si te guardo rencor? ¿Que si te amo todavía? ¡Más que nunca! Como se quieren las cosas que hemos perdido para siempre; porque tú y yo, mi pobre amigo, hemos muerto ya el uno para el otro. ¡Sí, es preciso! Como yo ahogaré en mi pecho mi amor por tí, ahoga tú en el tuyo esa pasión que dices que te abrasa. ¿Qué cosa mejor puedes hacer para merecer mi gratitud eterna? Yo ya no soy "mía", no me pertenezco. Dios ha levantado una barrera entre los dos, y es preciso no forzarla. ¿Pero qué importa, — me djo levantándose y tendiéndome una mano, — que no nos volvamos a hablar, que vayamos en la vida por caminos diferentes, que nuestros cuerpos estén separados, si nuestras almas, bendecidas por Dios, vivirán eternamente unidas en el altar del amor?...

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Corine Griffith, como protagonista, con Charles Ray de "El jardín del Edén", que Artistas Unidos estrenará 30 del corriente



Audrey Terris y el perro Rin-Tin-Tin, protagonistas de "El terror del desierto", que la General estrenará en breve



Escena de "La escapada", film del cual son protagonistas William Russell y Virginia Valli y que la Fox estrenará el jueves 23



John Stuart y Estrella Brody en la Super Extraordinaria "Mademoiselle From Armentieres", que estrenará el 26 del corriente la Corporación



Lon Chaney y Norma Shearer en "La torre de las mentiras", que la Metro - Goldwyn - Mayer estrenará el 31 del corriente



Claire Windsor y Antonio Moreno en "Guardando la incógnita", que la Corporación exhibe desde anteayer en su programa Extra Arte



Hoot Gibson y Dorothy Gulliver, protagonistas de "El circo del oeste", cinta Jewel que la Universal exhibe desde ayer



INFORMACION GRAFICA DE TUCUMAN







Dos aspectos de la concurrencia a la demostración tributada en "El Círculo" a la señora y señoritas de Ledesma Posse, con motivo de ausentarse para la capital federal. Al acto, que adquirió los contornos de una brillante fiesta, asistieron distinguidas familias de la sociedad tucumana.



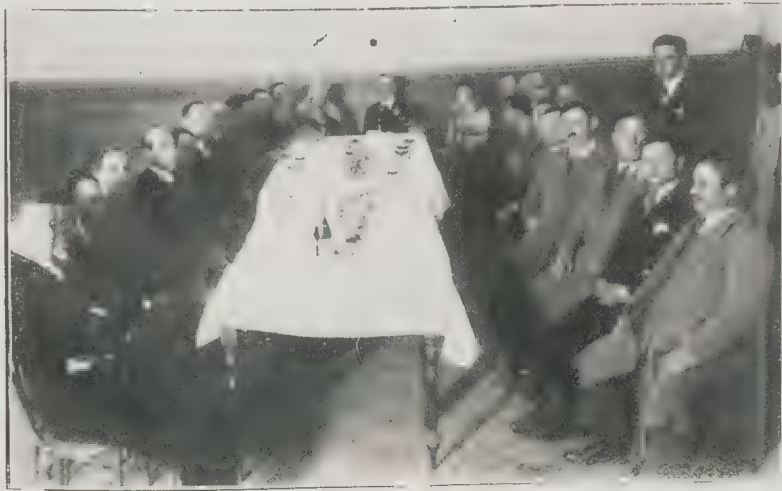
El sitio de honor en el banquete de despedida ofrecido en "El Círculo" al señor Eduardo Ledesma Posse; quien se ausenta de la capital tucumana



Banquete ofrecido al coronel Manuel Guillermo Pinto con motivo de su traslado de Tucumán. — La cabecera de la mesa ocupada por el obsequiado, el gobernador de la provincia, ingeniero Shorteix, los doctores Bourguignon Rosembald y otros caballeros



El ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, a su paso para la capital federal. Le acompañan los doctores Terán y Cossio y el rector del colegio Nacional



Demostración ofrecida al gobernador de la provincia, ingeniero Shorteix, en la Sociedad Israelita, por destacados miembros de dicha colectividad



El gobernador Shorteix y el intendente municipal, señor Nougués, con un grupo de caballeros durante la fiesta realizada en la Sociedad Suiza, celebrando el aniversario de su fundación



Miembros que integran la mesa directiva de la Federación de Maestros

Fots. América

DE ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA



De izquierda a derecha: doctores Ricardo J. Davel, ministro de la República Argentina en Centro América y Panamá; L. S. Rowe, director general de la Unión Panamericana y Felipe A. Espil, Encargado de Negocios de la Argentina, en Wáshington, durante la visita del primero a la mencionada institución



Sta. Dora Stevens, presidenta de la Comisión Inter-americana de Mujeres, organismo creado por la Sexta Conferencia Panamericana



Srta. doctora Clara González, representante de Panamá en la Comisión Inter-americana de Mujeres

Demostración



Doctor Angel Oliva, ministro de la Corte Suprema de Tarija (Bolivia), a quien un grupo de amigos obsequió con una comida con motivo de regresar a su país.

Nombramiento



Sr. Carlos M. Negri, recientemente nombrado Tesorero General de la Provincia de Buenos Aires

DE SAN LUIS



Grupo de comensales que asistieron al banquete con que fué obsequiado el doctor Horacio Baraldo Moreno, en ocasión de su próximo enlace

De Rosario de la Frontera



Monseñor Aragone durante el acto de bendecir la cruz erigida en el cerro de El Salvador



El prelado antedicho impartiendo su bendición a la gente del pueblo



Familias que pasan temporada en las termas de Rosario de la Frontera



Familias de Lara, Hordeñana, González Garaño, Anasagasti y Aragone en el "Banco de la Condesa"



Parte de la concurrencia que asistió a la bendición de la cruz del cerro El Salvador.

Fots. Bonnin

EL COBARDE

Por Leonor Llach

Fernando estaba sentado junto al piano, en un sillón amplio que ocultaba todo su cuerpo, con la cabeza baja, mirándose las manos que se movían nerviosas y aburridas. No habría podido decir qué pieza ejecutaba Victoria, su prometida, porque no la oía ni le interesaba. Esos instantes de música en casa de los futuros suegros le permitían aislarse, abstraerse en sus pensamientos, y por eso los deseaba.

Victoria tocaba por costumbre, sin inspiración, sin ganas. Había estudiado música porque era lo que hacían todas sus amigas y porque le pareció más fácil que cualquiera otra cosa. Comprendiendo los motivos que tenía Fernando para estar callado junto al piano, no le dirigía la palabra, no lo miraba siquiera y tocaba hasta que él se iba a veces sin despedirse.

Cuando empezaron aquellas relaciones, ninguno de sus amigos comprendían por qué Fernando, tan mundano, que gozaba en sociedad de una buena posición y de una fama envidiable de conquistador, se había resuelto a casarse con una muchacha ni fea ni bonita, de mal gusto para vestir y con una familia insoportable. Pero cuando supieron que los dos hermanos de Victoria jugaban fuertes sumas en el casino y pagaban las cuentas de algunas artistas famosas, se lo explicaron todo.

Fernando había sido rico. Heredó de su padre cuatro estancias y varias casas en la capital, pero por su mala cabeza o por su mala suerte, que para el caso es lo mismo, perdió las casas. Dos de sus estancias que él había abandonado por completo, fueron convertidas en ejidos, y se encontró, en su vida disipada y ociosa, con sólo dos estancias, las de menos extensión y peor situadas, que no producían nada. Se necesitaba, para hacerlas útiles, mucho trabajo y mucho dinero, trabajo, que él no estaba dispuesto a sufrir y dinero que no le parecía muy fácil encontrar. Después de pensarlo mucho, le pareció lo más cómodo, para resolver el caso, casarse con una mujer rica. Su cobardía y su pereza no le permitían buscar otra solución y empezó a revisar sus directorios, las listas de sus amistades, para hallar entre ellas una esposa conveniente.

Llevaba varios días en esa tarea sin adelantar nada. Todas sus amigas, frívolas y alocadas, como él, tenían unos padres demasiado listos para dar el dinero al marido de la hija, y ellas mismas, deportistas, un poco contagiadas de feminismo y llenas de orgullo, no habrían aceptado la humillación de pagarse un marido que, después de todo, es el gasto menos necesario que puede hacerse. Fernando necesitaba una mujer rica y tonta, o cuando menos humilde, que lo amara y estuviera dispuesta a salvarlo, sin recordárselo nunca.

Entonces fué cuando un amigo suyo, que lo había sido ya de su padre, solterón y egoísta, al que acudía Fernando en los momentos de apuro porque lo consolaba el aspecto de su vida despreocupada, le habló de un individuo a quien conocía, dueño de terrenos petroleros, que de un día a otro se vió con una fortuna. Como todos los que nunca han tenido nada y se ven de pronto con algunos pesos, aquel hombre parecía más estúpido que antes y de lo que era en efecto. Había cifrado toda su vanidad en verse nombrado en los periódicos, cosa que conseguía dando algunas fiestas que no resultaban del todo aburridas por el exceso de licor, y que figuraban en las notas sociales como "las animadísimas reuniones de los señores González".

A una de esas fiestas asistió Fernando, llevado por su amigo que consideraba a aquella familia como un espectáculo pintoresco, y en cuanto conoció a la hija del petrolero, vulgar y humilde a pesar del exceso de joyas que lucía comprendió con la rápida penetración de comerciante que tienen los que van a caza de fortunas, que sus problemas estaban resueltos.

Se mostró muy galante con la muchacha, la deslumbró con su trato exquisito, y ya que la fiesta iba avanzando, que el baile los hizo amigos y las copas le infundieron valor, Fernando sorprendió a Victoria con una de aquellas declaraciones suyas que no resistían ni las mujeres más avezadas a esos lances.

Victoria no vaciló para corresponderle. Era todo tan inesperado, tan repentino en su vida, que no dudó un momento que la felicidad viniera también de golpe, traída por el amor que tanto había esperado.

Aquella noche Fernando durmió tranquilo por primera vez, después de tanto tiempo de zozobra. Victoria no pudo cerrar los ojos, alterados sus nervios por la emoción que le produjo la facilidad con que se hilvanaban todos los sucesos de su existencia.

Fernando, admitido en el acto por los padres de Victoria, les hacía frecuentes visitas: necesitaba apresurar el matrimonio porque su situación no tenía espera. Los padres, en su alegría, queriendo demostrarle confianza, fueron perdiendo ante él aquel barniz tan postizo de educación de que hacían gala en sus reuniones.

El padre, que no podía olvidar su antiguo trato con bestias de carga, mezclaba en su conversación palabras gruesas, seguro de que hacía mucha gracia, y su esposa, fea y tonta, hacía gala de una erudición de almanaque, diciendo continuamente palabras extranjeras que no sabía pronunciar. Era de esas mujeres que, para demostrar que tienen carácter, imponen su voluntad siempre, con razón o sin ella, y en cuanto encuentran un obstáculo descargan su ira contra el marido, después de haber asegurado, delante de las visitas, que en su matrimonio no han tenido ningún disgusto.

Los hermanos de Victoria, dispuestos a gastar la fortuna del viejo en menos de lo que él esperaba, no estaban nunca en casa, de modo que no tuvieron ocasión de molestar al pretendiente.

Victoria comprendía los defectos de su familia y a cada disparate de la madre, a cada mala palabra del padre, dirigía a Fernando una mirada mansa, como si le pidiera perdón, como si ella tuviera la culpa



Fernando tenía que recordar siempre su situación desesperada para contenerse y así fué como, inconscientemente, su trato con Victoria y con su familia fué haciéndose más frío, más forzado. La muchacha, pasado el primer entusiasmo, comprendió que lo único que detenía cerca de ella a su novio era el dinero, y soportó la realidad tranquilamente. No era romántica. Los consejos de su madre, que hablaba mal de todo el mundo, la enseñaron a ser práctica.

Quería salir del ambiente en que se hallaba, tenía ambiciones y pensaba que aquel hombre le convenía. Se necesitaban los dos y por eso solucionaba los incidentes desagradables durante las visitas del novio, sentándose al piano. En cuanto empezaba la música, la madre se iba y el padre acababa por dormirse. Tocaba sin ganas, forzando su voluntad como para cumplir un deber molesto, y, aunque tocaba mal, Fernando la escuchaba agradecido, porque era el único recurso con que contaba para aislarse en sus propios pensamientos.

* * *

Después de algún tiempo de casados, Victoria y Fernando no se soportaban. Vivían cada día más alejados, y él resolvió trabajar para no estar en su casa y tener un pretexto que le permitiera huir de su mujer, en quien iba perfilándose el carácter imperativo de la madre.

Un día, en los pasillos de un ministerio, se encontraron Fernando y Aurelia. Se amaron hacía tiempo, y fué su amor rápido, más aventura que idilio. Acabó pronto, dejando en ella la amargura del

primer desengaño y en él la indiferencia de una conquista que no quiso realizar del todo. No volvieron a verse hasta que la casualidad los puso de nuevo frente a frente.

Aurelia había seguido trabajando en la misma oficina, como si esperara aún que él fuera a buscarla. Todos los días, al salir, volvía los ojos hacia la esquina donde se detenía el automóvil rojo, grande y orgulloso como carroza triunfal, que corría por los caminos levantando nubes de polvo, y que Fernando manejaba, llevándola a ella a su lado, con orgullo de vencedor.

Pero pasó el tiempo y el amante no volvía. Aurelia, cada día más pálida y con los ojos más grandes, ocultaba su pena en una seriedad pensativa, manteniendo su atención alejada de todo, reconcentrada en sí misma. Parecía una mujer inteligente y así acabó por olvidar que era solamente una mujer triste.

Al encontrarse de nuevo, Aurelia no pareció extrañarse. Había esperado siempre. Como si se hubieran separado apenas la víspera, tendió a Fernando su mano franca, y él notó, con pena, que el rostro que había amado perdió la frescura infantil de antes, que los ojos que lo miraron amorosos, eran duros, indiferentes, y la sonrisa se había helado en los labios pintados exageradamente. Qué distinta sonrisa la que tenía enfrente, de aquella otra, que años atrás lo saludaba, perceptible tan sólo la bocina del automóvil, se asomaba discretamente al balcón de la oficina, procurando no llamar la atención de sus compañeros.

Y, sin embargo, aquella mujer seguía siendo para él la misma. Una afectuosa nobleza disimulada en la frialdad de su expresión, le decía que podía hallar en ella consuelo todavía, el amor desinteresado que no supo comprender.

Volvió un automóvil, ahora menos grande y pintado de gris, a esperar a Aurelia en la misma esquina en que aguardaba antes. Los compañeros y principalmente las compañeras de la oficina, pendientes de las vidas ajenas, le dirigían preguntas más o menos veladas y con alguna indirecta trataban de saber quién era el elegante enamorado. Pero Aurelia callaba. ¿Qué podían entender aquellos hombres que, por la fidelidad con que se adaptaban al escritorio, parecían haber nacido en él, y aquellas muchachas fáciles de las academias de baile, de sus amores?

Aurelia amaba a Fernando porque era distinto de los demás hombres que trataba. No habría podido decir si era bueno o malo. Le faltaba carácter, moralidad, espíritu, todo lo que ella, profundamente religiosa, tenía, y era tal vez el contraste lo que la acercaba a él. Pero lo que más la atraía era la delicadeza de su trato, el profundo respeto que sabía mostrarle. ¿Fingido? Qué importaba, si delante de todos o en la intimidad hacía siempre gala de una perfecta cortesía. Había vivido mucho tiempo en Europa y le hablaba de sus viajes, de sus aventuras y de sus impresiones.

En aquellos relatos no se advertía hasta dónde llegaba la realidad y empezaba la imaginación, lo cual después de todo no tenía ninguna importancia ya que su único objeto era mostrarse tal como Aurelia lo quería: inteligente y distinto de los demás. Ella, que siempre había sentido atracción por lo desconocido, ganas de viajar, de volar, lo escuchaba atenta. El encanto de la costa azul, el deslumbramiento de París, la elegante seriedad de Madrid, el arte encerrado en los museos de Europa... Fernando hablaba tan bien, describía con tanta exactitud, que Aurelia se figuraba haberlo visto ya todo. ¡Con qué placer iría después, con él, reconociendo los objetos, los rincones de que le hablaba.!

* * *

Como Fernando no tenía ya ninguna razón para tolerar a su mujer y quería a Aurelia, pidió el divorcio. Victoria, segura de que no era amada, no se opuso, casi lo deseaba. Estaba enterada de los motivos que tenía su esposo para dejarla. Conocía a Aurelia y no la odiaba. No sentía tampoco celos. Admitía que su rival era buena, era hermosa y como conocía sobradamente a Fernando y sabía que era de esos hombres que necesitan siempre que los salve una mujer, no la culpaba a ella.

Por momentos la compadecía, por que su propia experiencia le había enseñado lo despreciable qué es el hombre que no puede salvarse por sí mismo. Además, ¿qué podía atarlos por más tiempo? Cuando Victoria vió fracasar sus sueños de amor, pensó en la maternidad como en la realización de un anhelo latente siempre en su ser y que, aun siendo el único derecho indiscutible de las mujeres, medio del matrimonio.

Pensó que el placer de formar una vida, compensaba el aburrimiento de soportar siempre otra cuyos intereses le eran ajenos. Mas el hijo esperado no llegó nunca. Tal vez por eso también el despego que sentía hacia su esposo fué trocándose en odio y la consolaba la idea de separarse de él, pero la asustaba la perspectiva de volver a su casa donde sería recibida con hostilidad y tendría que sufrir nuevamente lo que sufrió de soltera. No sabía, ni estaba acostumbrada a trabajar. Quería que Fernando siguiera sosteniéndola hasta que se resolviera por algún camino. Esto indignó al esposo. No se consideraba obligado a nada puesto que no la quería. Fué a verla con el propósito de arreglar esta dificultad. El, por conveniencia, daba muchas cosas, hasta su nombre, pero su dinero sólo lo daba por amor.

Durante dos horas en las que no llegaron a ningún acuerdo, se estuvieron echando en cara, mutuamente, lo que habían tenido que soportar durante el noviazgo y en la vida en común, todo el engaño de su trato social.

El rencor contenido en tanto tiempo, mientras se necesitaron, estalló en aquel momento. El, olvidando su distinción, su elegancia, mostraba sólo el fondo de su conciencia, conciencia de avaro que no tiene más honra que su fortuna, y ella exhibía toda la ingenuidad del que quiere cobrar los favores que ha hecho. Victoria se consideraba con el derecho de ser libre y dependía de su marido que lo fuera. Era el rédito que le debía por haberlo salvado.

Pero Fernando no iba dispuesto a ceder. Su odio apasionado, su egoísmo, no le permitían admitir que aquella mujer tenía razón. Ella lo había acostumbrado a su pasividad y lo indignaba encontrarse de pronto con toda la rebeldía hábilmente disimulada. Para poner término a la discusión, sacó una pistola y disparó. El tiro fué certero y Victoria murió casi instantáneamente.

* * *

Ante el jurado, Fernando se sentía molesto, no por remordimiento, sino por incomodidad.

Sentía rabia por haberse convertido en la diversión de un público ávido de sensaciones, porque los periódicos analizaban su caso como un terrible drama pasional.

Lo que era solamente la solución de un problema económico, el defensor lo convirtió en una gran tragedia, donde el marido, enamorado y fácil descubría a la mujer infiel y, para vengar su honor, su amor, la mataba. El defensor tenía un gran talento escénico y habría sido un excelente actor. Pintó tan bien el dolor del marido engañado, la angustia de su amor incomprendido, que uno de los miembros del jurado, el más viejo, tuvo que enjugarse las lágrimas. Entonces comprendió el reo que estaba haciendo el más grande de los ridículos. Pero su defensor lo miraba dura y fijamente para que no echara a perder la escena, y ponía aquel abogado tal tono de seriedad en sus palabras que acabó por escucharlo atentamente.

El discurso fué largo. Habló de la mitología, de los amores célebres y trágicos de todos los tiempos, de muchos personajes que nadie, ni él mismo, sabía quiénes eran estuvo a la altura de Judas repitiendo con voz hipócrita, que quería ser solemne, palabras del Evangelio que creyó apropiadas para justificar un crimen que no tenía disculpa, y cuando acabó los aplausos atronaron la sala.

La acusación fué débil. El acusado era demasiado rico y conocido para que la ley se impusiera con rigor. Además, los padres de la muerta, dolidos y asustados, no supieron qué hacer, y los hermanos, pensando que era una menos a cobrar la herencia, no importunaron lo más mínimo al cuñado.

Fernando salió absuelto. Abandonó el salón del jurado del brazo de su defensor, felicitado por el fiscal y por el juez y aclamado por la multitud.

Apenas lo dejaron solo corrió en busca de Aurelia.

Aurelia, que había leído todo el proceso, no pensó que su amante

Del Averno

(Especial para FRAY MOCHO

Ostenta gallardamente
la expresión más delicada,
apenas en la mirada
una caricia indulgente;
lampo insólito en la frente,
que escapa al ojo vulgar,
(no es poco para empezar
la curiosa biografía
de una mujer que decía
lo que debería callar).

Dos gotas de tinta china
la esclerótica destacan,
y los dos globos se hamacan
con una gracia argentina.
Su belleza peregrina
hasta el pie se contonea,
un pie de línea pigmea,
tan correcto y singular
que se puede comparar
al lindo pie de una almea.

Lacio el pelo, de oro muerto,
a las orejas pegado,
y casi siempre arreglado
con primor y con acierto.
Bajo el páramo desierto
de la frente sarracena,
un rayo de luna llena,
del más brillante matiz,
fija la hermosa naríz
de su cara dieciochena.

La llevé por los confines
de las más grandes alturas;
en un lampo de ternuras
cantaban los serafines.
Cuando se oyen los maitines
en el templo celestial,
tersa, mi alma de cristal,
sus endechas derramaba,
y ella siempre estornudaba
con un gracejo especial.

Y un día triste, de invierno,
se extravió en la nube ignota;
su ala cautiva, rota,
le arrancó un gemido tierno.
La Hécate del Averno
fué a ella con prontitud,
y al embrazar el laud
que gustaba a Proserpina,
le dijo con voz ladina:
¡bienvenida la virtud!

Una horrible carcajada
las Euménides lanzaron,
y al punto se disputaron
la virtud santificada.
La noticia desdichada
rompió el infernal cerrojo,
y un filósofo patojo
la envió con su bedel
donde se hallaba Luzbel
sentado en su trono rojo.

El arcángel de Plutón
ordenó arrojar de prisa
aquella nueva Artemisa,
con la mayor precaución;
destacó una guarnición
del fuerte de policía,
que tornaran a la impía
a la tierra de Himeneo,
y cruzaran el Leteo
antes de morir el día.

Por la llanura expedita
del amor que malgastamos,
de nuevo nos encontramos
en esta tierra bendita.
Hace poco, en una cita,
se echó la pobre a llorar...
(Y ahora voy a terminar
la curiosa biografía
de esta mujer que quería
lo que me váis a escuchar).

Su amor, tan grande es su amor
que supera a sus creencias,
como el que rinde a las ciencias
el sabio investigador.
No existe un amor mayor
entre las huestes de un rey,
ni existe en la humana grey
pasión que pueda igualarse,
pues ella... quiere casarse
como lo manda la ley.

M O I S E S   M .   C O H E N

tuviera razón. Aunque no lo creía capaz de un crimen, sabía que no mató a su mujer por celos, que era sus intereses o su comodidad, y lo egoísta, que no sacrificaba a nada culpaba. Para ella las palabras del Evangelio no podían ser una excusa. Pensaba que es muy cómodo usarlas para absolver al que no nos ha hecho ningún mal. ¿Pero en dónde está la víctima que las repita para perdonar a su verdugo?

Primero lloró amargamente por la pobre mujer asesinada, por las ilusiones desvanecidas para siempre. Después se irguió, enjugó sus lágrimas y volvió a su rostro la expresión indiferente con que ocultaba su tristeza, hábil en el disimulo, como todas las mujeres para quienes el amor ha sido un fracaso.

Cuando vió a Fernando entrar en su casa, sus brazos, cruzados sobre el pecho, no se tendieron para recibirlo. Fernando se acercó pero ella continuó inmóvil.

—¿Crees que puedo amar a un bandido? — le dijo.

Entonces él se detuvo. Miró los ojos fríos, límpidos, de la mujer a quien amaba; su boca contraída en una mueca dura, áspera, como una injuria, y las manos quietas, aquellas manos leales de mujer honrada que ya no estrecharían más las suyas. La conocía bien y sabía que ante ella no podría justificarse nunca. Entonces comprendió que la justicia no estaba entre aquellos hombres adormilados que lo absolvieron conmovidos por la retórica barata del defensor, ni en aquella multitud salvaje que lo aplaudía como a un héroe. Estaba en el gesto altivo, en el desprecio de Aurelia.

El remordimiento que hasta entonces no había sentido, el dolor, la empujaron fuera, cobarde de nuevo, ante la vida. Subió al automóvil y emprendió una carrera vertiginosa. No era ya el paseo triunfal llevando al lado a la mujer conquistada: era un fuga loca, como si quisiera huir de sí mismo o estrellarse en una vuelta del camino.

Los cazadores de plantas

Desde que se llevó desde Rusia a los Estados Unidos una nueva especie de col, hace veintisiete años el Ministerio de Agricultura de este país ha introducido en sus granjas 65.054 variedades de frutas y hortalizas de otros países.

Las semillas, plantas y esquejes las importa América del Norte para estudiar la posibilidad de que se cultiven con rendimiento en el país.

Para este fin el Ministerio de Agricultura envía por todo el mundo cazadores de plantas.

De Africa se ha llevado el algodón de largo tallo de Egipto, la hierba del Sudán, el heno de Rodesia y nuevos trigos y sorgos, que han dado a las cosechas yanquis un producto anual de 50.000.000 de dólares.

En la caza de plantas, el cazador encuentra en el Africa tantas impresiones, tantos peligros, como en la caza de fieras, y en todas partes ponen en juego su vida; pero el beneficio que aportan a la agricultura de su país es enorme, como lo prueba el que una almorzada de semillas de hierba del Sudán ha bastado para que la cosecha de este forraje produzca al año ¡doce millones de dólares!

La introducción del jengibre chino ha hecho que nazca una nueva e importante industria. Su fruto es tan agradable como el dátil y puede consumirse verde, pasado, en dulce y en conserva, y con su harina hacer pasta para tartas y pasteles.



El chayote es una nueva adición a la flora estadounidense, importada de América Central. Es una especie de pera de agradable gusto y fino aroma y su cultivo se extiende de día en día en los Estados del Sur, pues necesita clima cálido para su desarrollo.

La nectarina "quetta", que toma su nombre de la comarca de la India de donde procede, también ha sido llevada por los cazadores de plantas. Esta fruta es una especie de melocotón, de piel fina y lisa, que ha tenido gran aceptación entre los agricultores.

Gracias a estos misioneros de la Botánica se ha introducido en el cultivo norteamericano un producto estrictamente del Viejo Continente: el alfonsigo o pistacha, del sur de Europa.

Como elemento aromático y colorante en los dulces es valiosísimo.

Durante el año 1923, los Estados Unidos importaron unos 33.000.000 de kilos de aceite para la fabricación de pinturas y barnices; por lo cual se ha empezado a fabricar en el sur de los Estados Unidos el aceite "tung", que se extrae de las semillas del árbol llamado "tung", en China.

La aceituna "barouni", producto exótico, hoy cultivado en Yankilandia, alcanza enorme tamaño. Es la variedad mayor que se conoce y se presta muy bien para el aliño.

Procedente de China, es un árbol que da unas manzanas más pequeñas que acerolas, de color rojo vivo y que son muy sabrosas, tanto al natural como en conserva o en dulce.

Del lejano Oriente también han llevado los cazadores de plantas un nuevo tubérculo diminuto, de un tamaño menor que una avellana, que se come asado, frito, guisado, etcétera, y es sumamente agradable al paladar. En ensalada y en vinagre resulta sabrosísimo.

Otra planta, originaria de la América tropical, es la japaya, árbol que da una fruta como melones, que penden del tronco. Se come en rajas y su carne recuerda la del melón, pero con otro aroma. Es fruta muy rara, pues contiene el principio digestivo de la papaína, a la que ha dado el nombre.

El Japón ha contribuído con la introducción de un rábano gigante que mide unos 65 centímetros de largo y más de 30 de ancho. Su nombre vernacular es "irdo", y no solamente es comestible la raíz, sino que sus tiernos brotes, después de mantenidos en agua, se sirven con mayonesa, resultando una ensalada exquisita que parece aromatizada con piña.

El sorgo también fué llevado a los Estados Unidos de Manchuria, y hoy es un grano que produce pingues ganancias.

El "dashin" también es planta exótica que ha tenido gran aceptación en Norte América. Es una hortaliza parecida a la patata y ya figura en las listas de los buenos restaurantes.

Un cazador de plantas contando sus actividades y manera de operar, escribe a un amigo lo siguiente:

"Nos metemos por todas partes, husmeando los últimos rincones, causando el asombro de los indígenas, que se explican nuestra curiosidad.

Estamos en una parte lejana y casi desconocida de nuestro país. Compramos un par de acémilas: caballos, mulas, camellos, según la región, una para el equipaje, la otra para que nos sirva de cabalgadura y nos metemos por el interior del país, hasta llegar a un lugar donde hay tan pocos utensilios de cocina y vasijas, que una lata de conserva vacía nos sirve para pagar el hospedaje de una noche. Empezamos a charlar con los patronos, procurando hacernos simpáticos, haciéndoles reir, jugando con los chiquillos y regalándoles cualquier fruslería. Por la mañana vamos con ellos al mercado del pueblo y observamos todos los puestos.

Al encontrar algo que vale la pena, nos procuramos las semillas, esquejes o plantas jóvenes. Si son semillas las conservamos entre carbón, si son plantas, las envolvemos en musgo, las metemos en un tubo de cartón, cerrando los extremos con cera, y las remitimos a los Estados Unidos lo más rápidamente posible.

Al llegar a Wáshington se examinan detenidamente para despojarlas de parásitos e impurezas, y si el material vegetal se considera aceptable, se envía a las granjas de experimentación del Estado, donde los peritos estudian su cultivo y rendimiento.

Si los resultados demuestran que son productivos y económicos, se reparten a los labradores que quieran explotarlas, dedicando parte de sus terrenos a la nueva planta".

Psiquis

Para FRAY MOCHO.

(Del libro en preparación "Inquietudes").

Mía
Inquieta, indecisa,
Temerosa de quién sabe qué arcano,
Yo
Que llevo
En mi mano
Tallada en bronce puro
La Luz y la Energía
Que burila en las sombras
Las Ideas,
Yo
Que acaso podría
Remontarme a la paz del Infinito,
No te mando
Que calles
Tu secreto de Vida.
Vete,
Esparce en el viento tu quimera
Y si el grito
De mil bocas paganas
Te siguiera
Vuelve,
Inquieta
Indecisa
A encerrarte en el claustro de las sombras hermanas.

Delia ROMERO LLANOS.

EL CUADRO ROBADO

Todo se hallaba tranquilo y silencioso cuando Tony Steele caminaba por el oscuro camino del lugar y sus pensamientos se vieron interrumpidos por las sonoras campanadas del reloj de una iglesia distante.

—¡Las once! — murmuró. — Creo que será lo más conveniente que emprenda el viaje de regreso a casa o de lo contrario llegaré cuando sea de día.

Mientras hablaba giró sobre sus talones para volver por el camino recorrido cuando le sorprendieron unos destellos de luz que se reflejaban en el suelo a unas cincuenta yardas ante él. Observó los alrededores y notó que procedían de una ventana situada en el piso alto de un pequeño "cottage" de las inmediaciones del camino.

El joven detective se detuvo y vió que los intermitentes destellos se repetían. Eso despertó su curiosidad. Aquellos destellos se producían en forma regular y no tenían la misma duración unos que otros. Tardó algunos minutos en comprender lo que aquello significaba. Tres largos destellos seguidos de tres más cortos y luego otros tres largos.

—Eso pudiera traducirse muy bien por el S, O, S, en código de Morse — murmuró. En consecuencia es una señal de auxilio.

Esperó aún unos instantes para convencerse de lo que imaginaba. Luego avanzó hasta la puerta de entrada de la solitaria mansión y dió en ella algunos golpes con el puño. No oyó respuesta alguna, y entonces inició una gira de reconocimiento en torno al edificio.

—Debe haber alguien que acciona así esa luz — pensó. — Si es así, ¿por qué no responde a mi llamado?

Resuelto a aclarar lo que ya consideraba un misterio siguió sus investigaciones para descubrir que la puerta trasera del edificio así como las ventanas de la planta baja estaban fuertemente aseguradas. Junto a la ventana alta de donde salía la luz, había un caño de desagüe y Tony no perdió tiempo y comenzó a trepar por él. Minutos después se hallaba dentro de una habitación.

La oscuridad era completa, pero el joven detective logró avanzar hasta otra pieza más pequeña que tenía una puerta, a través de la cual, se filtraba la luz que había llamado su atención. Observó y lo que vió le dejó sorprendido. Los destellos brotaban de una pequeña lámpara eléctrica, pero no vió cerca de ella a ser viviente alguno. Pasó al otro lado de la mesa en que se hallaba la lámpara y notó que había en el suelo una figura humana fuertemente atada y amordazada.

Se arrodilló, quitó la mordaza y las ligaduras al que resultó ser un hombre y observó que había estado operando con la luz por medio de un alambre de cobre.

—¡Gracias! — murmuró el libertado. Hubiera permanecido en esta forma hasta el sábado cuando hubiera venido mi sirvienta, si usted no hubiera notado mis señales. ¿Es usted realmente un amigo?

—¿Qué le ha ocurrido? — preguntó el detective — ¿Acaso algún ladrón?

—Si damos en llamarlo así, es un ladrón. Pero el hecho es sumamente curioso porque todo ello obedece al deseo de apoderarse de uno de mis cuadros. Soy un artista pintor y mi nombre es Harrington.

—En efecto el asunto es misterioso y no puedo adivinar que lo motiva. Soy un detective privado y me llamo Steele.

—¡Ah! ¿Tony Steele? — Esto es lo que se llama tener suerte. Realmente dígame quién es ese extraño visitante que lo ha puesto a usted en semejante situación, — dijo Steele.

—Eso no puedo decírselo a usted porque llevaba una máscara negra que le cubría casi por entero el rostro. Más bien era un velo con unos agujeros para los ojos. Yo me hallaba pintando y absorto en el trabajo cuando me atacó por sorpresa dándome un puñetazo que me pareció la coz de una mula, y me dejó sin sentido.

—¿Y después de atarle y amordazarle se llevó el cuadro que estaba usted pintando, no es así? — continuó el detective. ¿Acaso tomó alguno que ya estaba terminado?...

—¡No! Por suerte se llevó el que yo hacía. Lo tenía destinado a la exposición de Barnelton cuyo plazo de admisión se termina mañana. Yo confiaba ganarme con él las quinientas libras de premio.

—¿Es ese el primer premio de la exposición?

—Sí. Sir William Storndale, el famoso coleccionista de obras de arte, ha ofrecido esa suma al que exponga el mejor cuadro.

Tony se llevó la mano a la barbilla y permaneció pensativo durante algunos instantes.

—Lo que me parece es que esa persona ha querido evitar que concurra usted a la exposición con alguna de sus obras. ¿Ha oído usted si ese enmascarado ha llegado aquí en algún vehículo?

—No. Debe haber venido a pie porque si hubiera utilizado un auto o un coche yo lo hubiera sentido llegar.

—En ese caso debe haber venido en dirección opuesta a Ashgate, — continuó Tony. Porque yo he andado caminando por allí y no he visto a nadie.

¿Hacía mucho tiempo que había estado aquí ese hombre cuando yo llegué?

—No. Unos diez minutos a lo sumo. Pero debe haber venido en la misma dirección que usted porque en la parte opuesta del camino termina a unas doscientas yardas de aquí y luego no hay más que campo abierto.

—¿Nada más, en absoluto?

—Otro "cottage" similar al mío y que está alquilado por otro artista como yo. Explicó el pintor. Es un camarada llamado Champión, no muy amigo mío, pero he hablado con él en distintas ocasiones y a fin de la anterior semana vino a mi estudio a ver lo que yo hacía.

—¡Ah! — exclamó Steele quien añadió después de una pausa. ¿Y la exposición se inaugura mañana?

—No lo sé de seguro.

—¿Dónde está esa casa que dice?

—Al otro lado de ese campo — fué la respuesta.

—En ese caso, si no le desagrada podemos dar un vistazo por allí — dijo el detective. Tengo deseos de conocer a ese pintor Champión.

Aún cuando Gordon Harrington no comprendía las razones que pudiera tener Steele para manifestar aquel deseo lo acompañó y después de diez minutos de marcha campo atraviesa llegaron a la residencia del otro artista.

—¡No haga ruido alguno! — exclamó el detective cuando estuvieron cerca. Voy a ver antes lo que ocurre.

Con toda clase de precauciones se aproximaron a una ventana del bajo por la que salía un resplandor.

Cuando su acompañante miró hacia el interior no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Allí, junto a una mesa, en la que estaba colocado un cuadro, se hallaba Leslie Champión observando la obra.

—¡Ese es mi cuadro! — murmuró.

Antes de que el detective pudiera responder ocurrió algo sugerente. El que se hallaba dentro de la habitación, había oído, sin duda, la exclamación de Harrington, pues volviéndose, alarmado, se encontró de frente con los dos que lo observaban. Luego obrando en una forma rápida tomó un pesado candelabro de bronce y lo lanzó con fuerza por la ventana. Steele oyó un gemido, se volvió y vió a su compañero que llevándose las manos a la cabeza caía pesadamente en el suelo.

—¡Canalla! — rugió el joven detective.

Y dando un salto subió a la ventana apartó los vidrios del cristal roto al pasar el candelabro, y penetró en la habitación para atacar de inmediato al agresor.

El hombre, que no esperaba tal cosa, cayó al suelo a efecto del impulso de su atacante y al caer derribó la lámpara de petróleo que estaba sobre la mesa. Mientras luchaban a brazos partido, Tony notó que salía del piso una lengua de fuego. El petróleo se había inflamado. En pocos minutos la carpeta de la mesa ardía y las llamas ciaban su obra destructora en la mesa y las sillas inmediatas. Pero Tony no se preocupó mayormente hasta que la extraña expresión del rostro de su adversario le sorprendió.

—Usted me ha impedido que retenga el cuadro de ese canalla, pero tampoco logrará que se lleve el premio ¡Mire!

El detective siguió con la mirada el lugar que le indicaban y vió que las llamas se aproximaban al sitio donde había caído el cuadro robado.

Quería salvar la obra de Harrington y para ello trató de libertarse de las garras de Champión, pero todos sus esfuerzos parecían vanos. Entonces recordó las lecciones de jiujitsu que le había dado su padre, las puso en práctica completadas con dos certeros golpes, y el pintor cayó desvanecido.

Steele corrió hasta donde se hallaba el cuadro y lo puso en salvo, luego tomando a Campión desvanecido lo sacó de la casa y se aproximó a Harrington que en aquel momento volvía en sí.

El principio de incendio fué sofocado fácilmente.

Pocos días después Tony Steele tenía la satisfacción de ver que Sir William Storndale entregaba al joven pintor el primer premio en la Exposición. Champión no se hallaba presente por la sencilla razón de que tenía antes que dar explicaciones a la policía de todo lo que había hecho para impedirlo.

ELOGIO DE SU SILENCIO

Tienes la severa elocuencia
de las viejas estatuas.
Y en tu silencio vive la múltiple armonía
que supera la inútil variedad de palabras.

Tienes el milagroso poder incomparable
de una huerta cerrada
que en su verdor profundo y en su perfume intenso,
y en su fluir de agua,
se anuncia misteriosa desde el camino oscuro...

Tienes toda la gracia
de lo que no se contradice nunca!
Yo no te sé cantar; yo que he engarzado
tantas, tantas palabras!
Tienes esa sublime solemnidad que otorga
a un hombre, el ejercicio de una Verdad sagrada
Tienes... ¿qué tendrás tú más que los otros
que a todos los superas y ninguno te iguala?
¿Esa fuerza imperiosa que sojuzga?
Eres dulce!
¿O tal vez la tranquila serenidad que avanza
Por caminos seguros que transitas despacio?
¡Quien lo sabrá!
Yo misma, sólo sé tu callada
severidad de estatua...
Y sé que las estatuas tienen algo de Dios,
¡Pues Dios tampoco habla!

María Alicia DOMINGUEZ.

El capitán Brown cuenta cómo mató a Richthofen

Un vuelo planeado a la fuerza encima de las lineas alemanas

Con el desagradable epílogo de creer el aviador que ha caído en poder de los boches.

(*Continuación*)

Los *narices rojas* se tambaleaban en el cielo, borrachos de fatiga. Yo miraba con inquietud a los pilotos de mi flota. Cuatro de ellos parecía que volaban dormidos. No veía el momento de que llegáramos a Marie Claire - Norte, situada a cuarenta millas al Oeste, como he dicho.

No se apartaba de mi imaginación el peligro de que nos topáramos con los *circos* de Richthofen.

Era la mañana del 29 de marzo de 1918, y nuestra posición en el momento, a medio camino entre Iprés y Lille, donde los alemanes hacían denodado esfuerzo para ganar los puertos del Canal. Indudablemente habría miembros del *circo* operando en el sector, ya que constituían un factor importante de las ofensivas alemanas. En circunstancias ordinarias, nada me hubiera complacido tanto como un encuentro con ellos. Ya habíamos tenido ocasión de verlos y habíamos llevado la mejor parte. Pero ahora tenía miedo. Sin dormir durante cincuenta horas, prácticamente nuestras fuerzas estaban agotadas. El traslado bajo la lluvia en aquellos camiones y por horribles carreteras nos había llevado el último resto de energía.

La noche antes habíamos tenido que salir de Bailleul, dejando los aeroplanos, con los alemanes pisándonos los talones. No habían llegado, sin embargo, y a la mañana siguiente habíamos tenido que volver a recoger los aparatos para ponernos en vuelo hacia Marie Claire-Norte. Y entre los cinco que íbamos no teníamos resuello para luchar con una mosca.

Salimos del aeródromo y tomamos altura sin intentar siquiera guardar formación. Retrepados, colgando la cabeza, íbamos los pilotos como muertos. Los aeroplanos mismos parecían ir muertos también.

En aquel trance los alemanes nos hostilizaron desagradablemente desde las líneas que habían establecido en el lado Este de la ciudad. Ni aun eso despertó a la escuadrilla. Nuestros *camellos* siguieron ganando altura lentamente. Nuestro único deseo era llegar al nuevo aeródromo.

UN ENCUENTRO EN MOMENTOS DIFICILES—

Por fin, hallándonos a unos doce mil pies de altura y derechamente encaminados a Marie Claire-Norte de repente, como una emanación de las nubes que habíamos dejado atrás, aparecieron cinco *circos*.

¿Qué más podíamos desear? Pero confieso que cuando columbré el brillo de aquellos multicolores albatros sentí escalofrío por la espalda.

Me saltaba el corazón después. Ví por encima de mi hombro un aparato rosa pálido y verde que se deslizaba sobre mí. Era mi viejo amigo del bosque de Houthulst. ¡Magnífico! Lo conocí en seguida. La última vez se me había escapado con una zambullida cuando yo estaba a punto de mandarle una granada. Ahora llevaba él la ventaja, pegado como iba a mi cola.

REGIMEN IMPOSIBLE

Víctima de una dolencia
con resignación sufrida,
no quise perder la vida
sin permiso de la ciencia.
Pues aunque no es el galeno
personaje de mi gusto,
morir me parece justo
llevando su visto bueno.
Decidido, al fin, un día,
lleno de santo fervor,
fuí a ver a un joven doctor
de bastante nombradía;
y, en su confianza preso,
con toda sinceridad
le hice de mi enfermedad
el minucioso proceso.
Le hablé de las agonías
de mis nerviosos derroches,
del insomnio de mis noches,
de la angustia de mis días;
le pinté mis sufrimientos
cuando tienen mis sentidos
breves placeres, seguidos
de enormes abatimientos.
—Es horrible — proseguí —
esta agitación constante,
viviendo sin que un instante
pueda ser dueño de mí.
Y mi espíritu desbarra,
pues mis fuerzas no equilibro
y a cada momento vibro
como cuerdas de guitarra!
Todo para mí es cruel;
y tan excitado vengo,
que me parece que tengo
los nervios sobre la piel.
Quiero ponerme a escribir
y la atención sujetar,
y me lanzo a divagar
sin poderlo conseguir.
Tras el dolor que me abruma
de estas intensas peleas,
se me escapan las ideas
de la cabeza a la pluma.
Y, en fin, ilustre doctor,
pues su ciencia solicito,
déme el sueño, el apetito,
la energía y el humor.
Porque de arrastrar no hay ¡modo
vida tan accidentada...
¡Yo no me quejo de nada,
pues que me quejo de todo!...

. . . .

Callé. Después de escucharme
con su sonrisa indulgente,
dijo el doctor, jovialmente,
sin duda para animarme:
—¡Vamos! Ya veo que abulta
sus molestias y quebrantos.
De su mismo mal ¡hay tantos
que vienen a mi consulta!...
El nervio a usted le gobierna,
y hoy le persigue y le acosa
la neurastenia dichosa,
que es la enfermedad moderna;
pero pronto, por fortuna,
venceremos sus traiciones
sin gotas, sin inyecciones,
¡sin medicación alguna!...
Va usted a irse a descansar
al campo una temporada,
llevando vida ordenada:
comer, dormir, pasear.
No piense en nada profundo
que le haga preocuparse,
¡y ni siquiera acordarse
de que hay plumas en el mundo!
Y así, en un año, o en medio,
se pondrá sano y rollizo.
¡Nada más! ¡Le garantizo
que es el único remedio!...
—¿El único? — repliqué
con acento un poco duro —
¡Pues tenga usted por seguro
que nunca me curaré!
Son sus razones discretas,
pero, ¡perdón si soy franco!,
sólo en billetes de Banco
se extienden tales recetas.
Yo, estimando su doctrina,
y anhelante de su gracia,
¡no puedo ir a la farmacia
que expende esa medicina!

X. X. X.

¡Es divertida cosa esto de volar y de combatir en el aire! Ha de ir uno como si creyera que aquel iba a ser el último día de su vida, y cuando se ve de pronto comprometido cambia. Todo se olvida, menos que hay un aparato que tiene que estrellarse: el de uno o el del otro.

Cuando se va volando es frecuente representarse peligros. Se piensa en el incendio, en que se rompe un ala, en una entrada en barrena en que llegue una bala por detrás. Un millón de cosas desagradables. Pero en el momento en que se entra en combate todo temor desaparece, y en su lugar nos invade un sentimiento de fuerza de guerrera energía. Mas de una vez me he preguntado de dónde nos llega esta reserva. Parece como si cada uno llevase otro yo al que sólo anima el cazar, el luchar, el matar.

La escuadrilla salió del apuro, pero no sin daño. Banbury capotó al caer. Cuando llegué yo le sacaban de debajo de su *camello* destrozado. Había escapado del ataque de los *circos* en Bailleul sólo para morir media hora más tarde, víctima de su propio cansancio, frente al nuevo aeródromo. ¡Pobre Banbury!

Siguieron en Marie Claire-Norte días tranquilos. Volábamos a diario, pero no encontrábamos alemanes. Sin duda se habían llevado los *circos* de Richthofen. Empezamos a creer que no volveríamos a encontrarlos. Pero el 6 de abril recibimos órdenes de trasladarnos, y al día siguiente volamos a 80 millas al sur del Soma. El aeródromo estaba junto al ferrocarril de Bertangles, al borde de un bosquecillo, como a cinco millas al Norte de Amiens.

Revivieron nuestras esperanzas de habérnoslas con los "Caballeros Rojos". Ahora sí lo deseábamos. Estábamos dispuestos.

LOS NERVIOS, SIN TENSION—

En esta región estaba entonces el corazón mismo de la guerra. Los "boches" pugnaban por pasar; los ingleses defendían la tierra palmo a palmo.

Era uno de los momentos ásperos de la larga campaña. Ni hombres, ni bestias, ni máquinas tenían reposo. La infantería atacaba y contraatacaba a diario. Oscilaban las líneas, ya hacia atrás, ya hacia adelante. No cesaban los duelos de artillería. Día y noche tronaba el cañón y tableteaba la ametralladora.

Estábamos cansados de todo. Los nervios habían perdido su tensión. Hartos de la guerra y de todo aquel horrendo espectáculo, hartos de volar, hartos de ver aeroplanos.

Hubiera yo dado mis esperanzas de eternidad por una semana en Londres, una semana de comodidades, de vinos, de mujeres, apartado de aquel maldito volar y buscar en el cielo enemigos a que dar muerte.

Mis nervios eran un desastre. Se me habían helado las entrañas. No me funcionaba el estómago, hasta el punto de no tomar más que leche y aguardiente. No podía dormir ni descansar. En derecho podría haber obtenido una licencia y haberme marchado. Pero no podía, no quería irme y dejar a la escuadrilla en medio de aquel infierno. Tenía miedo de quedarme; tenía más miedo de irme. Había el miedo a la muerte; había el miedo, peor aún, a que me creyesen cobarde.

Así fuí tirando, en espera del inevitable fin. Porque tenía bien pocas esperanzas de salir adelante. Había visto a demasiados hombres acabarse. En mi estado, después de diez y ocho meses de vuelo sobre el mar del Norte y sobre el frente, comprendía que seguirlos era sólo cuestión de tiempo. Unicamente se trataba de saber si el fin vendría de una bala o de un trastazo.

Los días de mal tiempo que tuvimos en Marie Claire-Norte hicieron imposible patrullar. Esto nos devolvió un poco de vida. El 10 de abril, por la mañana, hicimos un vuelo como de media hora para descubrir puntos de orientación. Aquí una torre, allá un estanque, una revuelta del río o un cruce de carreteras. Porque cuando se sale de una pelea, después de vueltas y revueltas bajo el cielo, frecuentemente no tiene uno la más ligera idea de dónde está, hasta que de pronto puede decir: "¡Ah, el castillo!", y tirar ya una línea recta al aeródromo.

A las diez y media de la mañana volvimos a salir en patrulla ofensiva. Nuestra tarea era distinta de la de los *circos*. La suya era puramente cazar, buscar presa. La nuestra, patrullar la línea entre Albert y Hangard. Si dejábamos pasar aeroplanos enemigos, ya se sabía: "Pero ¿dónde estáis? ¿Es que no miráis, o estáis ciegos? ¿Para qué creéis que estáis en el Soma? ¿Para una excursión de recreo? Id y pelead. Subid y detenedlos."

EL DUELO—

Después de una hora de vuelo descubrí un albatros de dos asientos entre Villiers-Bretoneux, ya de nuestro lado de la línea. Lo hice notar a los otros, y me fuí derecho a él bajando de prisa. El se detuvo, con lo que me hizo fallar. Dió la vuelta y echó a volar para casa. Salí tras él y volví a tirar; pero erré nuevamente, mientras él seguía hacia sus líneas.

Me piqué. Una rápida ojeada me aseguró de que la escuadrilla se había situado arriba para protegerme contra un posible ataque de sorpresa. Y tras él me metí sobre el territorio enemigo.

Aquel aparato de dos asientos tenía una suerte de todos los diablos. Yo era más rápido; podía pasarle en altura, pasarle en velocidad, ganarle toda maniobra; pero no derribarlo. Una y otra vez tiré contra él, pero sin poder alcanzarle ningún punto vital. Debía de llevar una coraza de una pulgada de grueso.

—¡Te cazaré, perro, o me cazarás tú a mí!

Y por fin, ya encolerizado, tomé posición detrás y por encima de él, dentro de la zona de fuego de su ametralladora trasera, y decidido a estarme allí hasta que cayese uno de los dos.

—¡Crac!

Lo cacé yo.

CUANDO CREI QUE NO TENIA NADA QUE HACER YA

Se paró el motor y la tarima se inundó de esencia. Una rápida operación. No lo conseguí, y ni tiempo tenía de quitarme los guantes.

A la sazón estaba casi sobre la línea, a unos mil pies de altura. Desde abajo, los cañones antiaéreos me enviaban sus mensajes. No era esto, sin embargo, mi preocupación, sino la de evitar el batacazo. Me dispuse a planear.

Cómo no me vieron cuando yo pasaba planeando sobre ellos, no me cabe en la cabeza. El caso es que aterricé sano y salvo, en la parte occidental de una colina al noreste de Cachi. Era una colina agujereada por mil pozos de los que abrían las granadas. En cuanto a si estaba dentro de las líneas alemanas o de las nuestras, no tenía yo la menor idea. No fué mala la suerte que, habiendo tanto ho-



—¡A usted le debo la vida, doctor!
—¿Cómo?... Pero si no le dí medicinas.
—Precisamente por eso.

da me advirtió que volaba bajo, a unos dos mil pies sobre las trincheras "boches". Me aparté de la línea de acción del fuego enemigo, dejándome caer en el suelo del aparato.

¡Nuevo contratiempo! El filtro por donde la gasolina pasaba al motor estaba perforado de un balazo. Yo perdía altura rápidamente, e intenté tapar con el dedo el orifi-

yo, el aparato no cayese en ninguno y rodara hasta un llano que tenía al lado un bosque de árboles destrozados por la metralla; según supe después, el bosque L'Abbe.

Tuve por seguro que me hallaba en manos de los "boches". Con mi capote de aviador anduve en la dirección que juzgué apropiada para encontrar el necesario refugio, dispuestas las manos para alzarlas en señal de rendición tan pronto me intimasen.

"¡HOLA, SIR!"

De pronto, por entre los árboles, un soldado con su fusil. Pero era uno de los míos.

—¿Cómo tú aquí? — dije con alegría.

—¡Hola, sir! — me contestó —. Bienvenido entre los suyos.

Me condujo por entre los árboles en medio de un animado chisporroteo, porque los alemanes, que habían visto tomar tierra al aeroplano, enviaban sobre la colina interesante variedad de metales. Evidentemente, no habían calculado que el aparato había rodado hasta el borde del bosque. De haberse quedado en donde cayó, hubieran dado buena cuenta de él; pero no llevó ni un arañazo.

El bosque estaba como una milla adentro de las líneas británicas. Por entre sus troncos destrozados nuestra artillería avanzada daba que hacer a las líneas alemanas. El ruido era ensordecedor; temblaba la tierra con las descargas. Pero un buen trago de aguardiente en medio de un duelo de artillería devuelve a la vida algunos de sus encantos.

Por fin pude hablar por teléfono con otros compañeros que me hacían dentro de las líneas alemanas. Vino un "auto" por mí. Cuando llegué, acababan de comer, y me hicieron una gran acogida. Se bebió de firme en celebración. Y yo, poco después, a la cama.

(*Continuará*).

¡PERDONAME, SEÑOR!

Cuando empecé a dudar, Señor, de tus bondades
y de esperar, ya me sentía cansada;
cuando mis ilusiones — envueltas en la duda—
golpeaban en tu alma, lo mismo que en la nada...

Hiciste que a mi vera, Señor, se presentara
el hombre que en mis noches de fantasía soñé
el hombre que más tarde llegó a ser mi amante
tan bueno y cariñoso, como lo imaginé.

Y tal es mi alegría
tal tesoro me has dado
que vivo avergonzada,
Señor, de haber dudado...

Perdóname.— Y en pago de todas tus bondades
Te ofrezco, te prometo de corazón, Señor,
amar con toda el alma al hombre que me has dado
y hacer para que nunca, jamás, varíe mi amor.

Vivette DEPACIEUX.

Montevideo, julio de 1928.

El monasterio de los 500 monjes de madera

Por Enrique Feyjóo

Si Cantón posee el Templo de los 500 Genios y en él se rinde el culto que definió el soñador religioso Kung-Fou-Tseu, o Confucio, en Yun-Nan—una de las provincias del dilatado territorio chino, —tal vez por su contacto geográfico con la Birmania, el Assam y la gran India, triunfaron las doctrinas del príncipe-teósofo e idealista que dió la batalla a las monstruosas creencias mogolas y a los espantables misterios brahmánicos, entonando un cántico de redentora liberación y transformándose, de Príncipe Siddharta, que era, en el ascético Sakya-Muni (el Solitario), y después en el Budha-Gautama actual.

Este credo religioso es un poema de espiritualismo y un himno de independencia cantado por unos 500.000.000 hombres, que los actuales dominadores se ven obligados a escuchar, tal vez presintiendo consecuencias históricas en el porvenir. Viajeros llegados del Extremo Oriente nos ilustran con curiosísimas noticias sobre este interesante asunto.

Después de un viaje en palanquín, que dura unas tres horas, llegamos desde Yun-Nan-Fou, hasta el flanco de una pintoresca montaña, entre cuya apretada y salvaje arboleda se eleva el viejo monasterio de los 500 elegidos: entre las gentes del país se le denomina: "la Pagoda de los 500 arhats".

Nuestra sorpresa no tiene límites al penetrar en las labradas fantasías de la extraña arquitectura; enfrentándonos con el ara sagrada, en la que, el Budha-Gautama contempla impasible y colosal la misteriosa adoración o la emocionada curiosidad del visitante, que no es dueño a dominar un movimiento de inquietud a la vista de los dos espantables dragones que, ascendiendo por sus columnas hasta el hermético cielo de granito, flanquean el altar.

Llámanse "arhts" en la doctrina budhista aquellos espíritus privilegiados o seres perfectos, aquellas mujeres, en fin, que, habiéndose desligado de su estuche de hombre, obtuvieron la santidad, la ciencia y los poderes sobrenaturales mediante la supresión de todo deseo de la carne y de la vida ascética, la práctica de las profundas meditaciones y los recogimientos extáticos, que producen la liberación momentánea de las almas que van como mensajeras del ideal al reino de los sueños.

Si grande fué nuestra emoción ante el ara de Budha, el de los "cien brazos", la impresión que sufrimos más tarde raya en lo inenarrable y casi en lo ultrahumano, cuando, creyéndonos solos, oímos como un largo y contenido suspiro; un rumor vago de salmodia religiosa, que termina; algo, tal vez, producido por la brisa al acariciar los lotos, o por la corriente del cercano río... ¡Quién sabe!... Nuestra presencia no ha sido advertida previamente y nos hallamos sin la debida preparación en medio de la comunidad del monasterio de ensueño, cuyos quinientos "arhts" o monjes clavan en el intruso los vítreos destellos de sus pupilas que interrogan, en tanto una vagorosa luz obtiene rebrillos extraños en las negras cabelleras, en las bordadas túnicas y en las cabezas mondas, como bolas de marfil.

Tenemos que dominar nuestra imaginación y nuestros nervios si queremos ser sinceros espectadores. Por todas partes: en el suelo, junto al techo, por las paredes y en los rincones, el ejército de fantásticos monjes invade el recinto. Viejos y jóvenes sentados y de pie, con bordadas túnicas de seda o con burdas dalmáticas de nipa, accionan, se miran, hablan; oran, imprecan, o se extasían, viviendo la extraña vida de las esculturas animadas, como si los ignotos buriles que las tallaron hubieran infiltrado en sus carnes de madera un alma llena de potencial de vida.

Las figuras que nos contemplan son unas esculturas polícromas, de maravilla, esculpidas a tamaño natural, y que perpetúan la efigie de un elegido que se sumió en el "no ser"; y todas reunidas parecen constituir un formidable tribunal, ante el que nos sentimos reos sacrílegos de lesa curiosidad, y para el que seguramente ofrecemos el extraño aspecto y expresión que un hombre de Furfooz o de otra cuenca prehistórica ofrecería ante nuestros contemporáneos.

Acentúan nuestros temores la sospecha de que estas estatuas se hallen animadas de una vida misteriosa e incomprensible para los vivientes actuales y nos estremecemos al recordar las palabras de Budha definiendo la silueta psicofísica de estos religiosos, que poseyeron facultades que sobrepasaron los límites humanos.

El gran Budha-Gautama dice en el "Samanna-Phala-Sutta", que: "el "arhat", aunque único, él se multiplica y aunque esté multiplicado vuelve a ser único. Aparece y desaparece; pasa sin obstáculo a través de un muro, de un bastón, o de una montaña, como lo haría en el aire. Nada y se sumerge en la tierra como si fuera en el agua, y camina sobre el agua, sin hundirse, como lo haría en tierra. Avanza a través de los aires —las piernas recogidas sobre su cuerpo, —como haría un halcón de grandes alas; y alcanza a tocar desde la tierra la luna y el sol, tan poderosos y tan enérgicos, alcanzando, también, con su mismo cuerpo, el mundo de Brahma."

Aunque ciudadanos del siglo XX, y habituados a las conquistas del progreso, no podemos sustraernos a que ese "algo" desconocido que vive en nosotros y que nos hace soñar con lo oculto y lo maravilloso nos produzca una inusitada tensión de nervios y nos haga ver la admirable colección de estatuas con el recelo de que un poder colosal y misterioso les hubiese infiltrado una momentánea y extraña vitalidad. Nuestra emoción es indefinible y muy superior a la sentida cuando, en una noche de luna, nos paseamos por las labradas "loggias" del cementerio de Pisa, o hicimos la macabra visita a las criptas de los Franciscanos, de Roma, en las que, en aglomeración fantasmal duermen, insepultos, el sueño eterno, varias generaciones de monjes...

La impresión aquí recibida es más extraña: es como si el hábito del "Gran Demiurgos" hiciese palpitar unas estatuas inertes. Recordando los mágicos poderes de los monjes, sentimos un calofrío inexplicable, y una última observación nos permite ver, al salir, las antiguas figuras del estrambótico conclave que clavan en nosotros una mirada de rústica reconvención, que no hemos olvidado aún, a pesar del tiempo transcurrido, cuando recordamos la fantástica vida claustral del monasterio "de los 500 monjes de madera".

SONETO

Si pobre Carmencita ya nadie te saluda
Les repugna tu cara de cicatrices llena,
Cuando presienten tu paso les hiere una duda:
"Dios le habrá castigado porque nunca fué buena."

Mas yo, mi Carmencita, cuando miro tu cara
Observo las fulgencias de tu alma en sus huellas
Y tu rostro que tiene matices de agua clara
Paréceme un hermoso cielo lleno de estrellas.

Déjalos que la duda les hiera las entrañas
y que se enrosque en ella como al tronco la yedra
Está tan lleno el campo de áspides y cizañas.

Y recuerda lo que Cristo dijo en el Zanhiedra
Escudando a Madga de la furia de alimañas:
"Quien no haya pecado arroje la primera piedra".

F. CASSINO.

El instrumento que descubre fraudes

Un instrumento maravillo que sirve para poner a la ciencia al servicio de la industria, es el espectroscopio modificado de tal manera que delata las adulteraciones de los perfumes, del alcohol, etc., de un modo mucho más eficaz que los procedimientos químicos usuales.

Cuando hay que analizar cualquier substancia, el espectroscopio realiza la operación disecando un rayo de luz de ella o un rayo que la haya atravesado, de cualquiera distancia.

El espectroscopio sirve también para la policía. Una mancha diminuta en las ropas de un hombre puede ser analizada y declarada pintura o sangre. Una botella de vino bajo el prisma escrutador del espectroscopio no puede pasar por vino de uva si no lo es.

Este instrumento se viene usando desde hace tiempo para probar los aceros de la metalurgía moderna.

En cuanto a la finura de percepción del aparato, baste decir que delata la presencia de un gramo de anís en treinta y cinco litros de agua.

De la vida de Nelson

Sus relaciones con lady Hamilton



Pocas mujeres nacidas en tan baja esfera han llegado tan alto como Emma Lyon, después la famosa lady Hamilton.

Hija de una criada y de un padre desconocido, entró a servir a los trece años, pasando por varias casas hasta ser sirvienta en una taberna. De allí pasó a ser la amiga íntima del capitán de la marina de guerra inglesa J. Willet Payne, quien cansado de ella se la cedió a Featherstonhaugh.

Despedida por éste vivió en Londres dedicada a la más baja prostitución, hasta que un charlatán se la llevó para exhibirla desnuda por las ferias.

Un tal Greville se la quitó al feriante y la hizo madre de tres niños, y arruinado el amante se la envió a su tío Guillermo Hamilton, embajador en Nápoles, para ver si le sacaba dinero. El tío se comprometió a pagar las deudas de su sobrino si le cedía a Emma, y, aceptado el trato, no sólo cumplió su palabra Sir William Hamilton, sino que se casó con ella.

La embajadora lady Hamilton se ganó en Nápoles la voluntad de la reina María Carolina, por la cual supo el embajador inglés gracias a lady Hamilton, las intensiones hostiles de España, de lo que se aprovechó Inglaterra.

Por entonces mandaba Nelson la escuadra del Mediterráneo, y conoció a la bella Hamilton.

Por instigación de Emma, permitió el almirante la capitulación de Nápoles, haciendo que el cardenal Rufo entregara a los verdugos la vida de los patriotas más distinguidos entre ellos Caraccioli, cuyo suplicio presenció lady Hamilton.

Nelson resignó el mando de la flota por seguir a Londres a aquella funesta mujer, con gran escándalo de toda Inglaterra, escándalo que llegó al colmo cuando dió a luz una hija, que el gran marino reconoció.

Al enviudar retiróse a su palacio de Menton, regalo de Nelson, y cuando éste murió en el combate naval de Trafalgar, volvió Emma a su vida disipada, que continuó hasta su muerte, ocurrida en las cercanías de Salais, el 11 de enero de 1815.

Con motivo de la exposición de reliquias de Nelson, en Londres, el profesor Callender, en el prefacio del catálogo de aquellos objetos, relata una porción de datos curiosos relativos a la vida del almirante y a sus encandalosas relaciones con lady Hamilton, del que extractamos algunos párrafos.

Conocedor Nelson de que los franceses se encontraban en Egipto, preparó su flota para ir en su busca, y, a propósito de esto, el mismo almirante escribía siete años después:

"La flota británica, bajo mi mando, no hubiese ido por segunda vez a Egipto, si no fuera por la influencia de lady Hamilton con la reina de Nápoles, que encargó al Gobernador de Siracusa supliese con todo lo necesario a mi flota en cualquier punto de Silicia a donde fuese. Así se hizo; fuimos a Egipto y destruímos la flota francesa".

En su corta vida, pues murió a los cuarenta y siete años, fué herido más de cuarenta veces. En Córcega perdió el ojo derecho, y el brazo en Tenerife. En el Cabo de San Vicente recibió grave herida, y en el Nilo otra horrible, que le dejó señalada la cara con enorme cicatriz.

Al regresar a Nápoles los Hamilton le llevaron a su casa, donde el matrimonio le atendió y curó con solicitud y gran cariño, amistad que terminó en "Tria juncta uno", así en latín, para quitarle la crudeza.

Cuando la revuelta de los *rojos*, Nelson puso a buen recaudo a la familia, en donde su flota aseguraba su vida, y un año después, emprendió la reconquista de aquel reino, hasta que logró poner de nuevo a sus soberanos en el trono, los cuales, en agradecimiento le dieron, en 1799, el título de Duque de Bronte, con ricos estados.

Aunque muy admirado Nelson por sus compatriotas, empañaron su memoria diciendo que en su testamento se había olvidado de su legítima esposa la Vizcondesa Nelson, pero no hubo tal cosa; según consta en un papel que se encontró en su camarote en el *Victoria*, el almirante, al morir, dejó a su mujer, una renta de mil libras esterlinas al año y cuatro mil en metálico.

También se dijo que lady Hamilton no merecía pensión ninguna para sostener su rango, porque la ayuda que prestó a Nelson en la campaña de Egipto había sido ilusoria, que Nelson era un estratega que no necesitaba consejos de una mujerzuela; pero sea como fuere, no conviene confundir la estrategia con la moral.

Nelson no quería que su país sellase con su aprobación unas relaciones ilícitas; pero sí quiso hacer ver a sus compatriotas, lo que debía a aquella mujer, el gran amor de su vida.

Se ha dicho que si Emma hubiese sido de otra manera, con el capital que le dejó su marido Sir William y el que Nelson legó a su hija Horacia, podían haber vivido muy cómoda y desahogadamente, pero que todo lo dilapidó y no merecía compasión ninguna. Eso es según se vean las cosas.

Lady Hamilton vendió sus posesiones de Menton, pero supo guardar todas las reliquias del padre de su hija, y no hay que olvidar la gratitud ni desatender la última voluntad del almirante, al morir a bordo del *Victoria*, en brazos del capitán Hardy, a quien dijo: "Cuidad de mi Angel de la Guarda."

Lady Hamilton, regaló a Hardy, entre otros recuerdos, uno de los relojes de su amante; el que llevaba el día de la batalla de Trafalgar, y el exquisito sable de puño de plata repujada y vaina de terciopelo que su marido Sir William usó en su juventud.

Después de la muerte de lady Hamilton, su hija Horacia, que estaba desterrada, regresó a Inglaterra, y se fué a vivir con Catalina hermana favorita del almirante.

La exposición de reliquias de Nelson tiene gran interés, porque hasta ahora han sido religiosamente guardadas por su hija, única descendiente, y por los de sus amigos y es la primera vez que se ven en público.

El dinero que se recolecte en la exposición será empleado en la restauración del buque almirante *Victoria*, donde murió Nelson.

F. de CASAS GANCEDO.



Advertencia

Se declaran caducados y, por consiguiente, sin ningún valor ni efecto, todos los carnets y nombramientos expedidos por esta Revista, que lleven fecha anterior al 1o. de julio de 1928, siendo únicamente válidas las credenciales extendidas con fecha posterior a la citada, y de las cuales se hallan provistas todas las personas vinculadas con FRAY MOCHO.

Motivos de la Escuela

Para FRAY MOCHO.

Señor del volante:

¡Detenga su marcha veloz!
¿No ha leído el letrero?
"Despacio, escuela".
¿No ha visto esa turba de blancas palomas que cruza
[la calle
Tendrá usted un hijo querido. Quizás un hermano chiquito. Un amigo pequeño — siquiera — que suavice
[sus horas.
¿No ha pensado que su coche podría matarlo?
¿Salpicarse con sangre inocente, con sangre de niño?
¿Y dejar el encanto en la nada?
No gane un segundo.
Podría amargarse — por siempre — su vida de padre,
[de hermano...
¡Aminore su marcha, Señor del Volante!

Julia D. de GROSSO.

Antítesis

—Mamá, ¿es verdad que los camellos pueden trabajar una semana sin beber?

—Sí. Lo contrario de lo que le sucede a tu padre, que puede beber una semana sin trabajar.



SABIDURIA ARABE

Faceta

Respeta siempre el derecho de defensa. La acción que parece más vituperable puede ser gloriosa. La intención más dañina, la más noble. En el "Rimzan Mayah", el libro inmortal de los beduinos, se canta la gloria sublime de Hescham-ben-Amed.

"El estandarte del Profeta esparce sombras de muerte sobre las tierras de Europa y centellean los rayos de la gloria entre sus pliegues sagrados para los islamitas.

"Pero mientras el gran Alí dispersa los ejércitos cristianos, como el viento de tempestad arroja a lo lejos el polvo impalpable en los alrededores de Stambul, un ejército enemigo se dirige hacia las fortalezas de Makeros, donde hay encerradas millares de vírgenes, bajo la salvaguardia de doscientos jinetes del desierto.

"No quieren estos aguardar la acometida del enemigo. Montan en sus corceles raudos como el huracán y dicen al marchar: "Si véis aparecer el enemigo, es que habremos muerto todos".

El ejército cristiano lo componen más de cincuenta mil combatientes. Pero con los doscientos islamitas combate el aliento invisible del Profeta, y antes de llegar a Makeros existe un desfiladero que corre entre ingentes rocas.

Han pasado dos días. Las murallas donde muriera Jokhanan se coronaron de gente. Un pastor ha dicho que los cristianos han retrocedido dos veces, pero que al fin han pasado.

"La puerta de la fortaleza aún está abierta. Las vírgenes, los viejos y los niños, miran consternados. ¿Habrá sido profanado el suelo glorioso de la patria?

"Un niño avisa que a lo lejos se ve un hombre que llega a pie, apoyándose en un largo palo. No lleva albornoz ni alfanje. Será algún fugitivo que busca refugio en Makeros.

"El fugitivo se acerca. Está cubierto de polvo, como si hubiera caído muchas veces.

"De pronto se oye una maldición. Un viejo sòldado advierte que en los pies del que huye brillan las espuelas de guerra. El sol poniente ilumina al miserable, que aparece rojo.

—"El color de la vergüenza cubre su cuerpo infame!—grita un viejo.

—"¡Es Hescham-ben-Ahmed! —clama un niño.

—"¡Maldito, maldito!

"Las puertas de Makeros se cierran.

—"¡No corras tanto, valiente!

—"Nos deshonrarás la ciudad con tu presencia inmunda.

"Una virgen se adelanta. Es la prometida de Hescham. Este mira la puerta que se cierra, ve a la joven que se adelanta, que le lanza un puñado de barro, y extendiendo los brazos cae hacia atrás, ¡muerto!

"Hescham-ben-Ahmed era el mensajero glorioso que escogieron sus camaradas para llevar a Makeros la noticia de su muerte heroica, de su victoria sublime sobre cincuenta mil cristianos.

"Y Escham-ben - Ahmed murió maldito por aquellos que le debían honra y vida, y que le lloran eternamente. Pero Alah le ha recogido en su seno, y por una virgen sin fe halló miles de huríes que se disputan el amor del héroe. "¡Alah akbar!"

PENSAMIENTOS

No hay ningún goce permaneciendo en la ociosidad. — VAUVENARGES.

***

La ambición ha hecho que muchos mortales sean falsos; que tengan una cosa en el corazón y otra en la lengua; que estimen la amistad o enemistad, no por la cosa en sí, sino por el beneficio que les reporte; que aparezcan tener mejor cara que ingenio. — SALUSTIO.

***

No te mueva la autoridad del que hable, sino atiende lo que diga. — SENECA.

***

La mayor miseria es la avaricia. — SENECA.

***

Se debe pensar más en hacer el bien que en estar bien, así se conseguirá el estar mejor.—M. ALONSO CRIADO

***

La fraternidad es la cadena de oro que debe ligar todos los corazones puros y verdaderamente patriotas; sin esto, no hay fuerza, ni unión, ni patria. — ESTEBAN ECHEVERRIA.

***

Haz todo aquello que no te perjudique, y reflexiona antes de obrar. — PITAGORAS.

CANCION

Era una tarde serena,
El sol entraba en su ocaso,
No se veía al acaso
Ni el hombre ni su faena,
El silencio daba pena
A mi alma tan dolorida
Que se encontraba afligida
Al contemplar la Natura,
En una extensa llanura
Sin la prenda más querida.

Solo un arbusto pequeño
Percibía a la distancia,
Que lo miraba con ansia
Para sacar un diseño,
Esto era poco risueño
Porque iba espirando el día,
Ni un arroyo se veía
Donde tomar agua fresca,
Aunque difícil parezca
Tan solo el pasto crecía.

Muy lejos una tapera
Apenas se divisaba;
Una lechuza chillaba
Huyendo a la vizcachera;
Una vaca y su ternera
Iba en busca del redil;
Más allá un verde reptil
Iba buscando los suyos,
Escondido entre los yuyos,
Distinguía su perfil.

Un punto negro encontré
Que en lontananza aumentaba,
A medida que avanzaba
Con admiración miré:
Un hombre lleno de fé
Cabalgando bien venía
Y su caballo traía
Todo de sudor bañado,
Denotando haber andado
Larga distancia en el día.

Moreira cruzaba el llano
En un ligero corcel.
Revelando claro en él
Ser un valiente paisano;
Aquí un pozo, allí un pantano,
Cruzaba a media carrera,
Con su faz viva, altanera,
Simbolizando el valor;
Supo pelear con ardor
Contra una partida entera.

Un sombrero de ancha alas
Cubría negra melena,
Libre su frente serena
Respetada por las balas;
Sus combates fueron galas
Cuerpo a cuerpo y en guerrillas,
Nada le hacía cosquillas,
Dicen los que a éste le vieron,
Ni jamás palidecieron
Sus sonrosadas mejillas.

Con un chapeado flamante
Que había ganado en el juego,
Al que se entregaba luego
Si estaba libre un instante;
Un perrito por delante
Montado en su bayo overo,
Que al temor de ir tan ligero
Se acostaba en el recado,
Compañero que había criado
Y cuidaba con esmero.

En el pecho del paisano
Se ocultaba hondo pesar
Pues solía suspirar
De trecho en trecho en el llano:
Era el recuerdo lejano
De su Vicenta querida,
Que dejaba dolorida
Pensando en su amor eterno...
¡Solo era ya un gran infierno
Para Moreira la vida!...

Iba huyendo a la justicia,
Con su caballo jadeante
Perseguíanlo incesante
La Policía y Milicia.
Otra campaña propicia
Se iniciaba a su prisión,
Pero el hombre en la ocasión
Que era harto vivo y ligero
Afrontaba ya el pampero
Buscando su salvación.

Tantas muertes cometidas
Iban torturando su alma,
Aunque revelando calma
El seguía sus corridas;
Hubo peleado partidas
En otro pueblo cercano,
Era un misterio, un arcano,
Esta su estrella fatal...
¡Cómo se hizo criminal
Siendo tan noble paisano!

La culpa tuvo un alcalde
Que no supo hacer justicia
En una ocasión propicia
Castigándolo de balde,
Creyó que todo era en balde
Acusar al inocente,
Insultarlo ante la gente
Por abuso de su mando;
¡Ay! ¡Esto que iba pasando
Moreira grabó en su mente!

Cuando salió en libertad
Después de sufrir prisiones
Injustas y sin razones,
Al pensar la iniquidad
Perdió el hombre su bondad,
Y entre quejido y lamento
Hizo con fe el juramento
De matar en buena ley
Aunque fuera el mismo rey,
A su contrario al momento.

Consecuente en esa idea
Este paisano tan noble
Mas duro que el mismo roble,
Pensó en su primer pelea;
Al vengar esa acción fea
Perdió su vida tranquila;
En sus luchas aniquila
Volviéndose criminal...
¡Saltaba pronto un tapial
O trabajaba en la esquila!

Peleando siempre, murió
¡Juan Moreira!, el hombre honrado,
¡La suerte lo ha castigado
Y el pobre no mereció!...
Demasiado ¡ay! sufrió,
Por la ignorancia de otro hombre...
¡Esta historia no te asombre,
Que el mundo siempre es el mismo!
¡El más pobre va al abismo,
Y hasta se olvidan del nombre!...

JOSE M. OYUELA

Una gran promesa argentina desaparecida

Armando Chimenti

Nuestro arte musical perdió con Armando Chimenti, fallecido el 12 de julio del año pasado, una de sus más simpáticas promesas.

Armando Chimenti que se fué de la vida en plena juventud, cuando la personalidad del artista se define y afirma, pudo ser nuestro Chopin, un Chopin argentino menos grande, menos amplio en sus concepciones sonoras que el gran polaco, sin la potencia trágica, sin el fuego de pasión y de dolor que alienta en muchas páginas, pero con la misma ternura melancólica, con la misma nobleza sentimental que campea en otras obras, en el Chopin de tono menor el de los inefables claroscuros líricos; porque Armando Chimenti no fué más que eso en su vida y en sus obras: un romántico, el primero y el último de nuestros músicos románticos de positivo mérito que hubiera podido convertirse con una preparación más sólida adquirida en la disciplina de un estudio severo y convincente realidad artística, en una realidad de aquellas que enorgullecen un país.

¿Qué causas desviaron este delicado músico del difícil sendero que lleva a la gloria y a la inmortalidad?

Ante todo su gran facilidad natural y su asombrosa intuición que le convirtieron desde la niñez en un pianista notable por la rara emoción que imprimía a cuanto interpretaba: luego su obediente inspiración que parecía someterse a los deseos del compositor sin el freno de un estudio hondo y meditado; y finalmente el ambiente en que le tocó actuar, este ambiente bonaerense frío, egoísta y calculador que de nuestro arte se interesa poco y nada, ambiente cruel donde la vida ríe burlonamente de todos los que sueñan en crear cosas grandes...

Desde pequeño — repetimos — Armando Chimenti llamó poderosamente la atención por sus cualidades naturales de pianista rayanas aciertos intuitivos que le permitieron pocos años después — sin la tutela de ningún espíritu de autodidacta realizar algunos conciertos y publicar sus primeras composiciones: el *Vals nave, Noche de luna* y la fina página ligeramente mendelsoniana, *Chant du matin*, y estrenarse también como músico popular en su famoso tango *De vuelta al pago* y como músico de teatro con la obra *En la red* de Josué Quesada estrenada en 1909 por Florencio Parravicini en el teatro Argentino.

Por la misma época compuso para orquesta: *Marcha de la Sociedad Sportiva Argentina* ejecutada por primera vez en el estadio de Palermo, ante el presidente Roque Sáenz Peña, la que hoy figura con el título de *Marcha triunfal* en el repertorio de la Banda Municipal y *Aires montañeses*, colorido y pintoresco cuadrito musical de grato sabor lírico dado a conocer hace algunos años en los conciertos sinfónicos del teatro Colón y recordado el año pasado en homenaje a su memoria por la Asociación del profesorado orquestal en el teatro Coliseo.

Más digna de mención es la segunda época del artista, donde comienza a definir más claramente su personalidad en algunos bellos trozos para piano tales como el delicado *Nocturno N.o 1* dedicado a Alfredo Bianchi, el elegante *Ballet de las rosas* que Ana Pawlova incluyó en su repertorno de bailes; la graciosa *Serenata española* que interpretaba la bailarina Antonia Mercé, y tres finos e inspirados *Impromptus* dedicados a Ricardo Viñes que este gran artista del teclado interpretó en el Diapasón, el teatro Odeón y la Asociación Wagneriana y que dados a conocer por el mismo en su regreso a París obtuvieron de la crítica francesa tan sobria y medida en sus apreciaciones, los merecidos elogios consignados también por Pierre Lucas en "La Razón" de Buenos Aires.

Pero, no es posible decirlo sin un poco de melancolía; la obra de Armando Chimenti que hubiera sobrevivido por largos años a su autor se fué con él a dormir, para no despertar nunca más, en el frío y el olvido del sepulcro.

La obra del soñador castigado por la vida, del romántico sediento del néctar del ensueño y harto del amargo y vil mendrugo de la realidad, la verdadera música de Chimenti, la del buen Armando tan amigo de sus amigos, la que extrajo con dolor y alegría de las más íntimas fibras de su ingenuo corazón, la que data de la última época de su vida, época intensa y triste, debido a su incurable despreocupación de carácter, no quedó ni siquiera esbozada en sus manuscritos, se la llevó consigo para siempre y sólo vivirá algunos años más confusa, borrosa, como una lejana neblina lírica en el recuerdo de sus amigos y admiradores.

Acertadas demostraciones de su lírico talento que daban una idea justa de la bella obra que hubiera podido realizar este artista, herido por un destino cruel, eran: *Mariposas azules, y En el jardín*, graciosas páginas de un lirismo sencillo y encantador; las lindas variaciones sobre un tema de Schumann, las dos vibrantes *Polonesas* y las 17 características *Mazurcas* chopinianas, la curiosa pieza imitativa *El molino*, la pintoresca obra *Fiesta Aldeana; Au bord d'une fontaine* de ingeniosa factura moderna, las brillantes *Paráfrasis del Vals Fausto y de la Paloma; Jardín abandonado* penúltima composición donde como dice un íntimo amigo de este artista el escritor Isaac Carvajal, "nadie advirtió escuchándola lo que tan sugestivo título podía encerrar. Y añade: en el piano — bajo la maravillosa evocación de su autor desfilaban con desolados acentos las etapas de una vida impregnada de ternura maternal en la niñez feliz y en la adolescencia prometedora, después la despreocupada juventud, con sus espontáneos triunfos; más tarde las íntimas amarguras, intensificadas en una naturaleza nacida para el arte y desviada en senderos opuestos".

Sus piezas folklóricas que también se llevó a la tumba eran de una elegante y sobria estilización. Bella y vigorosa era su *Rapsodia argentina*, ingeniosa *Gato y Danza* así como su última página *Abra nueva*, en forma de barcarola.

Los que como nosotros han tenido la suerte de conocer a Chimenti y de oírlo tocar, sobre todo en reuniones íntimas, no olvidarán jamás el encanto que le imprimía a todas sus producciones: la llama de su espíritu parecía elevarse en un férvido éxtasis de belleza, se abría en una radiante rosa de lirismo interior: sus dedos — raíces de su alma — extraían del mágico instrumento la rica savia sonora de su emoción más bella que su obra, de su emoción que en ese instante adquiría relieves de insospechada y oculta hermosura: la artística hermosura del alma del autor que no podía dar a su obra todo lo que encerraba dentro de él porque la vida despiadada y su carácter débil y vacilante se lo impidieron...

¡Pobre Armando Chimenti! Una larga y dolorosa enfermedad fué apagando poco a poco la dorada llama de tu espíritu; fué deshojando la silvestre flor de tu corazón, fué arrancando una a una las cuerdas del arpa de tu sensibilidad exquisita; cubrió el lírico cielo de tus sueños con fatídicas nubes de incurable tristeza; arrojó en las límpidas aguas de tu emoción un puñado del barro de la locura; convirtió tu alma en el fantasma de la angustia que se asomaba constantemente en tus ojos sin brillo; hizo de tu cuerpo un harapo de carne sin nervios, sin voluntad, sin esperanzas, sin deseos, sin sangre.

Desapareciste del mundo con la resignada tristeza desoladora de un lívido crepúsculo invernal.

Cuando te visitamos un mes antes de tu muerte ya no eras más que un poco de barro humano, que un puñado de cenizas donde parecía flotar como vano humo gironado la que antes fuera la llama de tu espíritu, la luz de tu inspiración.

En ese instante vimos claramente en el jardín abandonado de tu vida huérfana para siempre de las mariposas azules de tu ensueño, la estatua mutilada de tu obra sobre el tosco pedestal de la indiferencia, cubierta por la hiedra del olvido... Y una ráfaga de tristeza cruzó por nuestro corazón...

En la breve obra pianística que ha dejado impresa Armando Chimenti, son de señalarse el frescor y espontaneidad de la inspiración, la sencillez y gracia de la melodía saturada de un lirismo tenuemente melancólico y la elegancia y claridad de la armonización.

Mayorino FERRARIA

ANECDOTA

Juan Daens, célebre mercader de Amberes, era un hombre riquísimo. Habiendo prestado a Carlos V dos millones, invitó a comer al monarca. Este aceptó. Al final de la comida trajeron unas ramas de sándalo, les prendieron fuego y Daens quemó el recibo, diciendo:

Majestad: con el honor que me habéis hecho de querer presidir mi mesa, ya estoy pagado.

Testando

Preguntó un escribano a cierto labriego en el acto de hacer su testamento, que cuántos hijos tenía.

—Cinco, señor, y cinco que se han muerto, diez — respondió.

—¿Cómo se llaman los muertos? — replicó el escribano.

—Señor — dijo el labriego—, en este lugar a los muertos los llaman defuntos.

Indicio revelador

—Doctor, ¿por qué pregunta usted a sus enfermos lo que comen de ordinario cuando están buenos?

—Porque así puedo calcular lo que les debo cobrar.

Notas cinematográficas

"Zar y Poeta". — Una obra maestra de los rusos. — Esta nueva película rusa, hermosa por su fotografía, su dirección, su argumento y su técnica, cuenta con figuras de primer orden en su reparto, por la eficacia de la interpretación. Su trama se desarrolla en la Rusia de Nicolás I, Alejandro Puchkin había obtenido de éste el permiso de regresar a su patria. El zar había consentido que el poeta y su familia asistieran a las alocadas cuán fantásticas fiestas que se realizaban en la corte y en las que la bella esposa del poeta era apetecida hasta por el propio soberano.

Alguien aconsejó al poeta que debía asistir a una de esas fastuosas ceremonias y con ello mostraría al zar su benevolencia al concederle la gracia de la repatriación y el alto honor que le discernía admitiéndolo en su corte.

Puchkin rehusóse en un principio, pues en su alma anidaba un asco irresistible hacia aquella sociedad que se pervertía en aras de una fementida ilusión. Pero convencido, al final, se presentó ante el soberano en una de las mejores de aquellas fiestas y con gesto altivo saludólo. El zar, que sentía admiración por el poeta, le significó si no tenía un personaje más cercano para dedicarle sus brillantes versos y el poeta mirando la estatua de Pedro el Grande, abuelo del zar presente y a quien se referían aquellos versos le contestó: "Digno heredero sois, señor, de quien fué tan grande".

El baile estaba en su apogeo y el poeta descubrió en aquel torbellino que lo mareaba, todo el peligro que amenazaba a la tranquilidad de su hogar.

Un anónimo acabó de intranquilizar su espíritu inquieto y la duda sobre la fidelidad de su esposa lo enloquecía.

Descubrió por fin, la traición y en un duelo con el causante de su desgracia perdió la vida.

"ZAR Y POETA" será distribuído por la Solá Film.

"Llamadas de amor". — David Wark Griffith considerado el mago de la cinematografía universal, ha vuelto en su producción "Llamadas de amor", recientemente estrenada en Nueva York y que en Buenos Aires días pasados por intermedio del programa de Artistas Unidos, ha vuelto, decimos, por sus fueros de gran arfebre de la cinematografía.

David Wark Griffith nació en La Grange, entucky, el 22 de enero de 1880. Su padre era general del ejército de la Confederación en la guerra civil americana. Su madre pertenecía a la rancia nobleza de los Shirley y Carter. El hoy famoso director cinematográfico fué uno de los últimos vástagos de este matrimonio, del cual nacieron ocho hijos.

La aspiración de David W. Griffith, cuando joven, de llegar a ser un gran escritor, hizo que solicitase trabajo en un periódico de la localidad en calidad de reporter. En cumplimiento de sus deberes profesionales asistió a numerosas funciones teatrales para revistarlas. Esto le hizo concebir esperanzas de llegar a ser un autor de dramas y confió sus sueños al empresario de la compañía. Este le hizo notar que todos los grandes autores habían comenzado por ser actores, siendo ejemplo de todos ellos el inmortal Shakespeare. Convencido por tal argumento el joven David se decidió por la escena, comenzando inmediatamente a caracterizar papeles de poca importancia y teniendo que sufrir las duras experiencias de todo el que se aventura en la carrera teatral sin recursos y tiene que hacer del escenario un medio de ganarse la vida al mismo tiempo que conquistar un nombre.

Poco a poco nuestro héroe fué adquiriendo dominio de la escena y llegó a integrar repartos en compañías de actores y actrices de gran prestigio. Al mismo tiempo no olvidando sus aspiraciones literarias, escribió numerosas novelas cortas, un gran número de artículos para revistas y algunas obras teatrales, varias de las cuales alcanzaron un éxito excepcional.

George Lewis. — Transcribimos a continuación una interesante impresión de Loreley, el conocido cronista sobre George Lewis, aparecida en la bella revista mejicana "El Universal Ilustrado", del 24 de noviembre, bajo el epígrafe de "La nueva sonrisa del millón de dólares".

"Fué en una tarde, allá en la colonial casita de Hollywood, cuando su madre, una señora mejicana, de la conocida familia Leal, de esta metrópoli, me lo contó.

Su esposo, el capitán Lewis, quiso dar a sus hijos beneficiosa educación y Jorge Lewis acababa de ser graduado en una Universidad del Estre, cuando reveses de fortuna pusieron en gran aprieto a la familia. No había tiempo que perder... El padre ausente, la señora sin encontrar que hacer y George Lewis el niño mimado hoy por los aficionados al cine, buscando trabajo, donde desarrollar sus grandes conocimientos.

Pero Los Angeles Cal., es una populosa ciudad, llena de encantos: playas donde distraen los ricos sus ocios; cabarets para las artistas donde a escondidas el champagne burbujea y tiendas que incitan con sus ventanas plenas de trajes lujosos, abrigos de pieles, etcétera. Mas, el trabajo, donde se halla, donde se esconde, que se tarda tanto tiempo en encontrarlo?

George Lewis había cumplido los veinte años y se consideraba en el deber de aceptar la responsabilidad de aquella familia. Su madre y dos hermanos más pequeños... Dinero precisaba y él lo sacaría fuese de donde fuese... Los ojos de la madre, joven y bella todavía se humedecen al contarme las tristezas de su muchacho... El buscaba y buscaba incansable el secreto de bastarse a sí mismo y de sostener a los suyos.

Un amigo, al verle desesperado, lanzó la invitación. Vamos a un Studio... Tal vez de extra consigamos algo. Aceptó Lewis y allá fueron. Hacia el Oeste camino de Santa Mónica donde están los Studios de la Universal... Quienquiera que haya visto siquiera una vez la "cola" que hacen los extras a las puertas de la oficina, en espera del trabajo no podrá olvidar el espectáculo. Diez, veinte, treinta y cincuenta personas, hombres y mujeres esperan con los rostros vencidos, unos por el desencanto, otros por el vicio, la mayoría por el hambre. Y entre esas gentes de todas las nacionalidades (mosaico de todos los países que dijera un escritor sudamericano) estaba esa tarde George Lewis. Es alto, moreno, con músculos de gladiador romano (campeón de box en su Universidad) y tiene en sus ojos el secreto de ambiciones nunca satisfechas. Entró con la pregunta en los labios: Hay trabajo para mí? La contestación de rigor, en la mayoría de las veces: —No, vuelva en otra ocasión. —Y entonces, la exclamación de dolor, de impotencia, el pensamiento de su hogar en tan críticas situaciones, la madre adorada que espera siempre la vuelta con la ilusión de una nueva buena.. Sonrió amargamente George Lewis y se dispuso a salir... Pero alguien vió su sonrisa... un director que entraba. Era la sonrisa que él estaba necesitando hacía tiempo. Say, boy... smile... smile... le gritó. Y George no sonrió. Pero la insistencia del hombre que se había colgado de su brazo le obligó, por fin, a repetir la sonrisa pedida... la sonrisa de desengaño que estaba necesitando el curioso director... y quedó contratado. "La sonrisa del millón" llamaron a lo que en George Lewis no fué sino el despecho de su mala suerte.

Y aprovecharon la sonrisa. Actualmente está haciendo una nueva serie de "Ustudiantiles", cuya primera parte se ha estrenado ya aquí. "Amor filial", sirvió para afianzar la fama de este joven actor mejicano que ya ocupa lugar preferente entre los astros del arte mudo.

AL REY DE LOS GALENOS

Un amable Doctor me dijo un día,
con palabra expresiva, muy ufano:
—Delicado poeta, buen cristiano,
leí con gran deleite tu poesía.

Tienen tus tiernos versos melodía,
llenos de un sentimiento muy humano;
y al saber que la quieres, pues su mano
muy gustoso te doy con alegría.

Me puse tan contento que Dios sabe
murieron para siempre mis dolores,
tristezas y pecados terrenales.

Y al Doctor contesté con la voz suave:
—Usted es el mejor de los doctores
y el más bueno de todos los mortales. .

Luis GARCIA BLANCO.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
BUENOS AIRES
Oficinas: CERRITO, 607
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

Conocimientos útiles :: Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Los limones son excelente remedio contra gran número de indisposiciones. El zumo de un limón en medio vaso de agua, bebido antes de la comida sirve para combatir el reumatismo y es también un específico excelente contra las fiebres si se repite el tratamiento por espacio de dos o tres mañanas.

El zumo es de gran utilidad para combatir las diarreas caniculares, especialmente si al preparar la limonada se añaden 8 ó 10 gotas de láudano, dividiendo el líquido obtenido en dos o tres dosis.

La limonada azucarada caliente es un buen remedio contra los desfriados y provoca el sudor bebiéndola en la cama. El café con limón alivia los dolores y espasmos del estómago.

Barniz para los correajes de los caballos. — Tómense los siguientes ingredientes:

Negro de marfil, en polvo	30 gms.
Azul de Prusia muy fino	45 „
Cera amarilla	120 „
Esencia de trementina ...	750 „

Se funde la cera y se echa en un mortero de mármol, y cuando empieza a enfriarse, se agregan los polvos colorantes y la esencia de trementina, mezclándolo todo muy bien. Para usarlo, se extiende con una brocha sobre el correaje y luego se le saca lustre frotando con el cepillo.

Para calcar estampas y dibujos se mezclan bien 125 gramos de jabón blando y un litro de agua, y puesta la mezcla al fuego se disuelven en ella 225 gramos de alumbre. Con el producto resultante se impregna bien la tela, el papel o la madera donde se desee obtener el calco de una estampa, un dibujo o un grabado y se coloca el material elegido y preparado sobre el dibujo sometiéndolo durante dos horas lo menos a una presión bastante fuerte. Puede emplearse una prensa de copiar cartas. Transcurrido el tiempo indicado se habrá calcado la imagen sin que el original haya sufrido nada.

Envolturas de neumáticos deterioradas. — Para reparar las averías en las envolturas de los neumáticos cuando no llegan a la tela, se compra una pequeña cantidad de caucho vulcanizado y se disuelve en gasolina a falta de sulfuro de carbono que da mejor resultado aunque es más peligroso por ser su naturaleza inflamable. Así tendremos un cemento al que se añadirán algunos gramos de caucho vulcanizado que podemos obtener raspando tan fino como sea posible, pedazos de caucho que no sirvan para otro uso.

Las cadenas de oro se limpian metiéndolas en un frasquito o en cualquier otro recipiente que se puede tapar bien, que contenga un poco de bicarbonato de sosa y agua muy jabonosa. El frasco se tapa, se sacude fuertemente y después se aclara la cadena con agua.

El brillo que se obtiene por este sistema es verdaderamente notable.

Barniz negro para el cinc. — Disuélvanse dos partes de nitrato de cobre y tres de cloruro de cobre cristalizado en sesenta y cuatro partes de agua y añádase ocho partes de ácido nítrico.

Un mastic de caucho que se emplea para los aparatos de química y de física, y que conserva mucho tiempo la ductibilidad sin secarse se prepara del modo siguiente: A fuego suave se funde caucho natural y cuando está en fusión se añaden de 12 a 15 partes de sebo, teniendo cuidado de remover la mezcla, hasta que adquiera el aspecto de una pasta bien homogénea. Luego, sin dejar de moverla, se mezcla con cal bien apagada, en polvo, hasta que todo ello adquiera suficiente consistencia.

La cantidad de cal que debe echarse depende de la ductibilidad que se quiera obtener. Con una parte de cal se obtiene un mastic blando; a partes iguales sale duro y ofrece la ventaja de conservarse siempre perfectamente elástico.

Para usarlo, se emplea una espátula, si todavía está tibio, o una hoja de cuchillo ligeramente calentada si está frío.

Para que las hormigas no ataquen a los árboles no hay remedio más sencillo, que rodear los troncos de un círculo de alquitrán.

Para destruir los hormigueros, se ahoga a las hormigas quemando azufre.

Antes de encerar los suelos por primera vez se les da una mano de cola. Cuando se haya secado se les da otra de una disolución compuesta de dos onzas de permanganato de potasa y dos litros de agua hirviendo.

Si no queda la madera de color bastante oscuro, se da otra mano de la anterior composición.

Cuando esté bien seca se saca brillo al pavimento con cera y trementina.

Se obtiene una cola extremadamente tenaz disolviendo cola fuerte ordinaria en éter nítrico a saturación. Se puede aumentar aún más su tenacidad añadiendo algunos fragmentos de goma elástica, cuya disolución, muy lenta, requiere varios días.

El extracto de café se hace, según la receta que da el Pharmazeustiche Zeitung, del siguiente modo:

En un recipiente que se pueda tapar bien se echan 500 gramos de café tostado, 3600 de espíritu de vino y 3000 de agua y se deja allí una semana, cuidando de agitarlo de vez en cuando.

Transcurridos los siete días se saca, se filtra y se agregan 200 gramos de coñac y 20 de éter nítrico. Por otra parte, se hierve un jarabe compuesto de 2800 gramos de azúcar y 3000 de agua, y cuando está hecho el almíbar se mezcla con el líquido anterior y queda hecho el extracto de café.

Cemento para lacrar botellas. — Mézclense tres partes de resina, una de sosa cáustica y cinco de agua con la mitad de su peso de yeso calcinado, y hágase con todo ello una pasta.

Un hombre agradecido

Tuve necesidad de un secretario, y no sé quién me recomendó a un sujeto que tenía una pierna de palo.

El recomendante me decía que no tuviera inconveniente en tomarle a mi servicio, pues, entre otras cualidades excelentes, tenía la de ser un hombre sumamente agradecido.

En vista de estos informes, le contesté que podía enviarme a su recomendado, y al día siguiente, muy temprano, se presentó en mi casa.

Era completamente calvo, y, como ya he advertido antes, llevaba una pierna de madera.

—Yo soy — me dijo al presentarse — la persona que le han recomendado a usted.

—Bien, siéntese. Me han dicho que ha viajado usted mucho.

—Sí, señor.

—¿Por donde anduvo?

—En el año 1893 abandoné París para dirigirme al Canadá, desde donde me trasladé luego al territorio del Noroeste.

—¿Y por qué es usted calvo? ¿Alguna enfermedad del cabello?

—No, que un indio me arrancó la piel.

—¡Ah! ¿Y permaneció allí mucho tiempo?

—No, porque en seguida me dí cuenta de lo difícil que me iba a ser ganarme allí la vida, y me fuí a Nueva York.

—¿Y qué hizo usted allí?

—Me dediqué a cocinero, farmacéutico, bombero, buzo, cobrador de tranvías y albañil.

—¿No ha estado usted en la India?

—Sí, señor. Precisamente estuve dos años en casa de un rajá; pero a causa de una aventura amorosa tuve que abandonarlo. Partí de noche en la barca de un pescador de perlas, y durante cincuenta y cuatro horas, tres minutos y diez y ocho segundos fuí juguete de las olas. Al cabo de ese tiempo fuí atacado por una piragua de negros antropófagos y me hicieron su prisionero.

—¿Y a qué se debe que no se lo comieran?

—En el momento que se preparaban a asarme penetraron en la isla los guerreros de Raho, y, después de una matanza horrible, me llevaron cautivo a su país.

—Y esos salvajes, ¿son también antropófagos?

—Mucho más que los otros; pero tan agradables, tan correctos, tan bien educados, que el primer día me llamaron para manifestarme que, aunque tenían la buena costumbre de comerse a todos los prisioneros, a mí me perdonaban por el mero hecho de haber sido condenado por los salvajes enemigos de la otra isla.

Pasé tres meses deliciosos en su compañía, bien alimentado, viviendo en una casa magnífica, con cocinero, lavandera, termosifón... Hasta que me casé allí...

—¿Y por qué los abandonó usted?

—La nostalgia se sobrepuso a todo lo demás.

—¿Y entonces regresó usted a Francia?

—Sí señor, a bordo de un barco holandés que hacía el comercio de plumas con los indígenas. El jefe de la tribu me condujo al vapor en su propia canoa. El pobre lloraba al despedirse de mí. "No llore así — le dije para calmarle. — En cuanto llegue a Francia le enviaré setenta y cuatro relojes de oro: uno para cada uno de sus hijos".

—¿Y se los mandó usted?

—No pude. Al llegar al Havre me aguardaba la miseria más espantosa. Tuve que dedicarme a limpiabotas para poder vivir; pero el oficio no me dió lo bastante para comprar los setenta y cuatro relojes.

—Lo comprendo. ¿Y qué hizo usted?

—Entonces me acordé de la pequeña debilidad de aquellos benditos salvajes, de su predilección por ciertos platos... y me hice cortar la pierna izquierda; mandé luego salarla convenientemente, y como se acercaban las Pascuas, se la remití con una tarjeta, rogándole que la comiese sin melindres a mi salud. Soy hombre agradecido.

Comprendiéndolo así, lo tomé a mi servicio.

Georges DOLLEY.

PAPEL Y TINTA

"La senda roja", por Julio Alvarez del Vayo. — Editorial Espasa - Calpe, 1928.

Fresco aún se halla en la memoria de todos los lectores de "La nueva Rusia", libro del inquieto y sagaz periodista europeo, don Julio Alvarez del Vayo, quien acertó a condensar en páginas imborrables la historia dramática, los sucesos sangrientos y las figuras más representativas de la gran conmoción rusa, cuando, héte aquí que nos llega un nuevo libro de carácter novelesco intitulado "La senda roja", que viene a ser así, como la prolongación del primero, aunque presentado en otra forma y tocados otros puntos en distintos panoramas, con otros caracteres apasionantes.

"La senda roja" es una novela en donde se descubre hechos reales, acaecidos en el mundo político europeo durante estos últimos años. Sus páginas despiertan una vivísima curiosidad y poseen una amenidad que atraen desde el primer momento. La acción tiene por escenario los más variados lugares: comienza en Nueva York, continúa en Berlín, pasa a los países escandinavos, se interna en Suiza y vuelve para terminar a Alemania. Figuras como las de los revolucionarios alemanes Liebknechty y Rosa Luxemburgo aparecen retratados de cuerpo entero, en sus más novelescos y verídicos perfiles. Escenas, como la referente a la entrada de las tropas bolcheviquis, en Polonia, tienen un relieve dramático inolvidable. E igualmente, la silueta de Lenín, presentada en sus primeros tiempos, se nos aparece rebosante de vida.

Otras cosas, podríamos agregar, pero, creemos, que con lo expuesto hasta aquí bastan para dar una idea sobre la bondad e importancia que revisten este nuevo libro de Alvarez del Vayo, titulado "La senda roja", que acaba de ser publicado.

"El estudiante que murió de rabia..."" por Edgardo Casella, 1928.

Bajo este epígrafe, asaz curioso, se esconde un temperamento juvenil, inquieto, satírico y por demás burlón; se place en describirnos escenas dolorosas de sus semejantes, otras veces se detiene a hurgar los sentimientos de éste o aquél compañero de estudios, ya sobre ética de un profesional, o ya filosa sobre lo que sus ojos alcanzan a ver en la diaria lucha del vivir tumultuoso, sacando al fin de cuentas, amargas, desoladas conclusiones, que, en verdad, nos hace pensar después de terminada su lectura. Claro está, que, estos asuntos, así tratados, apenas consiguen su intento: interesarnos por las miserias de los demás; pero, como decimos, sólo un segundo hace que suframos con el autor, pues si reflexionamos en seguida, vemos que el señor Edgardo Casella exagera en la pintura de sus personajes. ¿Qué alguna razón tiene para ello, es decir, para expedirse de esta manera?, allá él; pero que la vida sea como él la describe, nos cuesta creerle. Por eso, precisamente, hemos dicho que era burlón y satírico. Su imaginación, su deseo de sorprendernos con las escenas macabras, se ve que son en él manifiesto, casi diríamos, estudiado. Pues no en balde finge, de intento, ser estos escritos aquí reunidos, dados en formas deshilvanadas a ratos, páginas de un colega que se suicidó. Esto, repetimos, es una pose del autor para ganarse nuestra simpatía, o interesarnos en los mil y un pormenor de sus breves relatos.

Respecto a sus dotes de escritor, digamos que tiene condiciones sobresalientes, y que, con el tiempo, será lo que él ahora pretende ser: un narrador verídico, interesante; un "algo" en que afirmarse, para descollar...

En "El estudiante que murió de rabia...", de Edgardo Casella, hay relatos que denuncian a un escritor con cualidades sobresalientes, así nos los dicen: "Bocetos de hospital", "Muchachos locos", "Acuarelas de la calle", etc.

José Mauricio PEIXOTO.

Noticias literarias.

El conocido escritor y colaborador de FRAY MOCHO, Fermín Estrella Gutiérrez, dará en breve a publicidad un nuevo libro titulado "El ídolo y otros cuentos".

El volúmen, que será lujosamente editado por la librería "La Facultad", de Juan Roldán y Cía., vendrá a sumar, seguramente, nuevos prestigios literarios a la personalidad del joven autor.

El asfalto

En el lenguaje corriente se designa con el nombre de asfalto a todas las substancias bituminosas, ya sea que se empleen para la pavimentación de calles o construcciones de diversas especies. El uso del asfalto se ha podido comprobar hasta en la más remota antigüedad, y ya en la Biblia se lee que Noé empleó esta substancia en vez del cemento para construir su arca. Los egipcios también lo usaron, lo mismo que los asirios y los babilonios. Finalmente, los romanos también conocieron esta substancia, y en las ruinas de Pompeya se han hallado calles completamente pavimentadas con asfalto. En los tiempos modernos, parece que sólo en 1712 se volvió a usar el asfalto, pero en cuanto las grandes industrias de productos bituminosos, sólo comienza en Europa en 1830.

ANIVERSARIO

Para FRAY MOCHO.

"De sepulcro en sepulcro"... plañía la tonada
de los vientos, fugándose del bosque rumoroso...

El blanco cementerio, que bajo la mirada
del fecundante sol se engalana vistoso,

resignado, soporta la terrible amenaza
del temporal cercano que sus galas arrasa.

De la mano, los niños, en la mañana triste
de otoño, que inflexible los árboles desviste,

buscaban afanosos el sepulcro querido
donde sólo hay un símbolo de lo que ya se ha ido...

El mar, que se devora cuanta presa en su seno
cae, en el intervalo angustioso, sereno

se presenta — ¡engañoso! — pues un sordo murmullo
atraviesa el boscaje acallando el arrullo

de los humildes pájaros que pueblan los cipreses
y ofician su liturgia con melodiosas preces...

¡El viento! murmurando sones incomprensibles
¡el mar! dando promesas de paz y de terribles

represalias; ¡los pájaros callados! ¡los brazos
de los guardianes tétricos del vasto camposanto

como pidiendo gracia al Creador! ¡los chispazos
del rayo fulminante! ¡el cristalino canto

del arroyo que ingenuo va a lanzarse en el mar!
todo, todo convida a la muerte, y los niños

que mudos apretujan su ofrenda de cariños,
viendo caer la lluvia se echaron a llorar...

ALBERTO J. FREIRE

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 20 — CHARADA

Con *Primera* repetida
(no leyéndose invertida),
se designa al ser sagrado
que hasta un degenerado
por él donara la vida.
Dos Tercera es medicina
y al que es débil robustece
Sin mi *Todo* y gasolina,
más de una industria perece.
¡Hasta un loco la adivina!

N.o 21 — JEROGLIFICO



N.o 22 — COMPRIMIDO

NOTA NOTA NO

N.o 23 — JEROGLIFICO



N.o 24 — ADIVINANZA

Dos veces en el año
tengo sucesión
si me hieren sangro
de níveo color
y rinde mis frutos
de rico dulzor.

N.o 25 — CHARADA

Primera: Vocal.
Segunda: Cerca de la muerte
Tercera y cuarta: Tiempo de verbo.
Todo: Tribunal mitológico.

N.o 26 — INTERPRETATIVA

FRASE CRIOLLA



N.o 27 — ENIGMA

¿Cuál es el volcán cuyo nombre seguido de un adjetivo puede ser leído igualmente de derecha a izquierda, o de izquierda a derecha?

N.o 28 — COMPRIMIDO

TE N: LO

N.o 29 — TARJETA ANAGRAMA

DEJALO NO FUMO

Con las letras de esta tarjeta formar el nombre y apellido de un conocido astro del cine.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 10—Noventa.
„ 11—Aspecto.
„ 12—El coche.
„ 13—Meter la pata.
„ 14—El mar de Mármara es un mar pequeño.
„ 15—¡Ave María!
„ 16—Samuel.
„ 17—Que risa le da al talón cuando la media está rota".
„ 18—Pescante.
„ 19—Antes de hora.

"Cuatro y media, Roberto"

Por Andrés Birabeau

Al salir de los almacenes de comprar unos pasadores, el señor Proux ve en el suelo un cuadernito de apuntes. Es tan diminuto, que resulta ridículo entre los gruesos dedos del señor Proux, pero debe de ser encantador en la mano de la hermosa mujer que lo ha perdido. Está perfumado, como lo estará su linda dueña. Y el señor Proux cree ver ante él una mujer alta, esbelta, distinguida...

Al abrir el cuadernito el señor Proux se estremece. Quisiera encontrar un nombre en la primera página. Ninguno. Entonces, el señor Proux vuelve una hoja y otra... Vacila un poco antes de penetrar en aquella intimidad, como si fuera la intimidad de alguien que conociese; pero, al fin, se decide, y lee:

"Lunes, a las tres, modista; encargar pasteles. Cuatro y media, Roberto. Cena en familia.

Martes, once, masajista. Tres, billetes teatro. Cuatro y media, Roberto.

Miércoles, galerías Lafayette, cinta cosa para camisas. Tres pares medias color beige. Cuatro y media, Roberto. Ocho y media, teatro".

Y así en las páginas siguientes: modistas, sombrereros, cenas en familia, teatros y... Roberto a las cuatro y media. Todos los días menos los jueves y domingos. El jueves y el domingo son, por lo visto, días familiares en que Roberto o la dama no están libres. Sin eso... no cabe duda: cuatro y media, Roberto. ¡Qué suerte de hombre! ¡Cómo debe de ser amado!

El señor Proux no siente ninguna simpatía por ese Roberto a quien no conoce.

Pero se lo imagina: uno de esos jóvenes infatuados, con el pelo peinado hacia atrás y un bigotito de conquistador a la moda.

Ningún nombre al final del cuadernito. El señor Proux vuelve a repasarle.

La imagen de la desconocida se precisa aún más. La conoce ahora mejor que si le hubiera sido presentada: cinta rosa para camisas, medias color beige...

Se imagina el rubor de la dama si él la hiciera entrega de su carnet.

Ella le agradecería su atención y se sonrojaría al recordar lo que dicen sus diminutas páginas: "Cinta rosa para camisas; cuatro y media, Roberto". No se atreve a mirarle frente a frente, pero el señor Proux la tranquiliza. Son amigos y hay un secreto entre ellos, ¡y qué secreto! "Cuatro y media, Roberto" Cierto que el señor Proux no abusará, pero ello le hace digno de la amistad de la dama. Tal vez llegue a ser su confidente; acaso vengan algún día la ruptura con Roberto y... ¿quién sabe?

Entonces el señor Proux enrojece a su vez. Se reconoce culpable, pero con muchas atenuantes.

A pesar de haber cumplido los cuarenta, se conserva vigoroso y es marido de una mujer gorda, caprichosa, glotona, vulgar. ¿Es que una mujer así puede exigir fidelidad? Ni ella la exige; sólo se ocupa de las comidas y de su hijo. Buena persona, pero de muy pocos atractivos.

El señor Proux comprende ahora que necesita una aventura. Sin saberlo, la desea.

Necesita pasión, arrebato, misterio. "Cuatro y media, Roberto". Se estremece ante la idea de que acaso algún día pudiera leerse su nombre en una de las páginas de aquel carnet perfumado. ¿Cuándo? Dentro de dos meses..., de uno... Un mes: el 18 de febrero. "Cuatro y media, Leopoldo". ¡Qué felicidad!

Pero el señor Proux recuerda que en el carnet no figura ninguna dirección y es seguro que nadie lo reclame.

El señor Proux no conocerá nunca a aquella mujer que durante unos instantes ha hecho latir su corazón con tal violencia.

Pero, a pesar de todo, aquel hallazgo es la aventura elegante, voluptuosa y apasionada de su vida.

Cuando está en su casa, solo en su despacho, saca de un cajón el cuadernito, lo olfatea, y ante sus ojos surge la imagen de una mujer esbelta, con medias de color beige y camisa con cintas rosa.

Y cuando luego mira a su mujer, gorda y espesa, siente como un remordimiento.

Y un día queda encogido y lleno de vergüenza al verse sorprendido por su mujer.

—¿Qué estás oliendo? — le pregunta.

—Te diré.

—¡Ah! ¡Es mi carnet! Podía estarlo buscando. Creía que lo habría perdido en alguna tienda y lo tenías tú. Dámelo, que me hace mucha falta.

Para cogerlo, extiende bajo la nariz del señor Proux un brazo perfumado. El mismo perfume del cuadernito. Pero nunca se ha jifado el señor Proux en el perfume que usaba su mujer. Y ahora recuerda que también usa medias color beige y camisas con cintas de color rosa. Pero... ¿entonces?...

Y la contempla, voluminosa, pesadota, sin atractivos, mientras ella escribe:

—Veamos, ¿qué tengo que hacer hoy? Ir a la modista. Encargar pasteles. Y luego ir a buscar al pequeño al colegio. "Cuatro y media, Roberto".

TEATROS

"NI EL NI ELLA", EN EL MARCONI

Con un tema interesante y fecundo, procedimientos que entran de lleno en las nuevas modalidades escénicas y un diálogo nutrido de sugestiones y de conceptos, el señor Antonio Cunill Cabanellas, ha escrito una pieza que constituye una meritoria excepción en lo que forma el caudal corriente de nuestra producción.

Es lástima que el autor no haya trabajado más esta obra para perfilar más netamente la estructura del problema, que aparece confuso en su desarrollo y más aún en su finalidad filosófica. Reconocemos que no es lo mismo manejar hombres que manejar símbolos y que no pueden establecerse con la misma precisión conflictos personales que conflictos teóricos, pero con todo hubiese ganado mucho la pieza si en el único acto de que parece constar según el programa, y que en realidad es el segundo, se hubiese llegado a soluciones claras, cualesquiera que ellas fueran, con tal que hubiesen definido el pensamiento del autor.

Está bien planteado el encuentro entre ese don Juan y esa seductora, ambos fríos, egoistas, superficiales y vanidosos, que pasan su vida en torno del amor, incapaces de vivirlo plenamente y que cuando se encuentran uno frente a otro, desnudas las almas porque son enemigos que luchan con armas iguales, no aciertan a aproximarse en un armisticio y parecen dos enamorados que en esos momentos empezaran a experimentar sus primeras inquietudes de amor. Hasta aquí todo está bien, pero el conflicto ideológico queda en pie a pesar de la síntesis del epílogo, que deja también en sombras dudosas las almas de los protagonistas.

Los seis cuadros iniciales, que vendrían a constituír el primer acto, resultan fatigosos, en esa serie alternada de episodios de la vida de ambos, que son como una referencia de antecedentes psicológicos. El segundo acto es indeciso y desorientado y el epílogo es original pero para que fuese eficaz sería necesario un acto anterior que develara el misterio de las almas, que guardan siempre su secreto.

Concepción Olona y Catalá realizaron una labor muy meritoria en sus difíciles papeles.

OTRA VEZ SALDIAS

José Antonio Saldías parece resuelto a que su nombre detente a cada momento la actualidad teatral y así, antes de que una pieza suya caiga del cartel, ya tiene otra en el mismo teatro o en cualquier otro. Y cuando no hay estreno, se reemplaza reprisando una pieza, vieja, que no es lo mismo, pero que tal vez resulte lo mismo.

Pues bien, otra novedad ha ofrecido este autor en el teatro Cómico y de ella nos ocuparemos en el próximo número. Se trata de "Gomina y jazz band", por lo visto sainete de costumbres.

CAMBIO DE CARTEL EN EL NACIONAL

Para la próxima renovación del cartel del Nacional se anunciaba el estreno de la pieza en dos actos de Eduardo Trongé titulada "Munsolino".

POLITEAMA

Ha debido presentarse en estos últimos días en el teatro Politeama, la compañía italiana de operetas Siddivó, que cuenta con un elenco numeroso y un vasto repertorio.

En nuestra próxima edición dedicaremos un minucioso comentario a la labor de este excelente conjunto de intérpretes.

DE HONOR Y BENEFICIO

Muchas, aunque en realidad nunca podría decirse con justicia que demasiadas, son salfunciones de beneficio que se realizan en nuestros teatros, ya se trate de actores o de esas infinitas sociedades de ayuda al pobre, que unas veces se llaman "Asociación pro-viudas rengas de la pierna izquierda" y otras "Adoratrices de la primera lágrima de San Exabundo, virgen y mártir" que en esto como en todo se ha llegado a una admirable especialización, resultado de los sabios principios de la división y subdivisión del trabajo.

Pero lo que no abunda ni debe abundar son las funciones de honor, porque en realidad son pocas las personas que lo merecen, no ya entre los cómicos sino entre el público en general. Pero si cabe una de dichas funciones, está perfectamente justificada en el caso de Pierina Dealessi, actriz inteligente, simpática y laboriosa que ha sabido conquistarse por puros méritos el aplauso del público.

Según lo anunciado, la función en honor y beneficio de Pierina debió realizarse en el Liceo el jueves último con el estreno de la pieza en dos actos "Doña Perfecta Franqueza" de Federico Mertens y Nicolás de las Llanderas, de la que nos ocuparemos en el número próximo.

NOS CAYO DE ARRIBA UN CURA, EN EL SMART

La rivalidad entre dos hombres, uno bueno y otro malo, que se disputan el cariño de una mujer, no es precisamente una novedad ni para la novela ni para el teatro, sobre todo si durante la mayor parte lleva la mejor perspectiva el malo, hasta que ya en los últimos momentos, la situación se torna favorable al bueno, en virtud de algún acontecimiento inesperado que hace dar al asunto una vuelta de carnero.

Si el tema hubiese sido tratado por los autores, Ballestero y Ferlini con pretensiones de comedia seria, muy difícil sería que mereciera un comentario favorable, pero la pieza que nos ocupa ha sido contemplada desde un punto de vista meramente cómico y bajo este aspecto es más fácil la defensa, porque el asunto es cuestión secundaria, reducido a simple pretexto para coordinar escenas festivas y sin otro objetivo que el de divertir.

Dentro de este concepto, sería pueril hacer reparos de fondo. Basta que la pieza haga reir para que deba ser considerada como un éxito.

Ruggero, Bono y los demás componentes del conjunto, muy bien.

"FILO MISHO", EN EL B. AIRES

Con este título, los Sres. Martinelli Massa e Ismael R. Aguilar han hecho estrenar por la compañía de Enrique Muiño un sainete en tres cuadros que no parece tener otra finalidad que la de provocar la hilaridad del auditorio. Asunto simple, sin novedad, ha servido a los autores para desarrollar su pieza, que es una más en el teatro criollo por horas. Se trata de la maniobra de dos estafadores que pretendieron embaucar a un zafio y desconfiado napolitano con el conocido cuento de la fábrica de billetes de banco. La "viveza" de los delincuentes se estrella contra la previsión del hijo del italiano, que se encargó de la caja que los contenía, episodio que remata la piecita cuando la desesperación del padre llegaba a sus extremos.

Como se ve, la fábula es ligera y no pueden haber tenido los Sres. Massa y Aguilar otro propósito que el hacer pasar una hora de alegría a los espectadores del Buenos Aires, que celebraron los chistes y situaciones cómicas, así como la labor del actor Muiño.

"EL ZORRO COLGADO" EN EL NUEVO.

No hay duda que don Juan Ferlini no quiso dar otra cosa con la pieza del epígrafe, que un pretexto a la compañía de Casaux para obtener un éxito de risa. Y por cierto que lo ha conseguido largamente. Ahora, que los recursos empleados no son precisamente todo lo espirituales que fuera de desear, porque la comicidad es un tanto burda y la mayoría de los personajes hacen alarde de una suerte de gracia sainetosa, fácil de llegar al público, pero que conspira contra los valores artísticos de la pieza.

Un asunto vulgar, desarrollado con habilidad y aprovechando momentos y situaciones susceptibles de provocar efectos festivos, bien explotados por Ferlini, es esta obrita agil en su desenvolvimiento y simpática en su finalidad, cual es la de que un empresario de pompas fúnebres sienta repugnanacia por su oficio y acabe por vender su establecimiento, favoreciendo así la boda de su propia hija.

Casaux, intérprete meticuloso, realizó un buen trabajo en su papel, que se destacó de los demás en forma evidente, logrando el aplauso sostenido del público, que llenaba la sala del Nuevo y se regocijaba con sus pintorescas expresiones y salidas.

PARRAVICINI

Parece que "En Villa Bonete ha sonado un cohete" seguirá sonando hasta las cien repeticiones, número ya próximo o a punto de producirse, pues anda por las noventa y tantas. Es de suponer, pues, que se avecina el estreno de la pieza de Hicken, El barón Florencio"

ZARZUELA Y OPERETA

Los del San Martín prosiguen su marcha ascendente, sin temores. El público responde y el cartel también. Renovarse o morir es el lema de este elenco y, además, variedad. En vermout una zarzuela breve; en la velada una opereta larga. Pronto, "El yerno enjaulado"

LIRISMO EN EL MARCONI

Ida la compañía dramática de la Olona, ha ocupado el escenario una lírica italiana que debutó con "Aída", con éxito de público.

VIEJA COMEDIA Y NUEVA COMEDIA

La Pagano representó, con el nuevo título de "Cuando son fieles las mujeres", la vieja comedia de Ernesto Marsilli, "Cásate y verás", estrenada hace dos o tres años y repuesta últimamente en el Marconi por la Olona. Pieza agradable, de bastante fuerza cómica, renovó la impresión en el público que la vió en otros escenarios.

Anuncia como novedad, absoluta esta vez, la compañía del Ideal, la comedia en tres actos del prestigioso autor José J. Berrutti, "La hermana María", que es una obra nueva, no un título nuevo de una vieja comedia. Este estreno acaecerá dentro de breves días.

CAPITOL

Siguen las exhibiciones de 'Alas', la película que alude a la acción de los aeroplanos en la última guerra y que ha llamado considerablemente la tención del público por la excelencia, de la técnica y la acertada realización cinematográfica, que da a las escenas aéreas contornos e inquietante realidad y comunica una gran emoción.

GLORIA

Muy frecuentado este salón de la avenida de Mayo, sus carteleras se renuevan constantemente, brindando aquellas producciones de valor que han recibido la sanción favorable de los públicos de los cines donde se estrenaron.

PARC

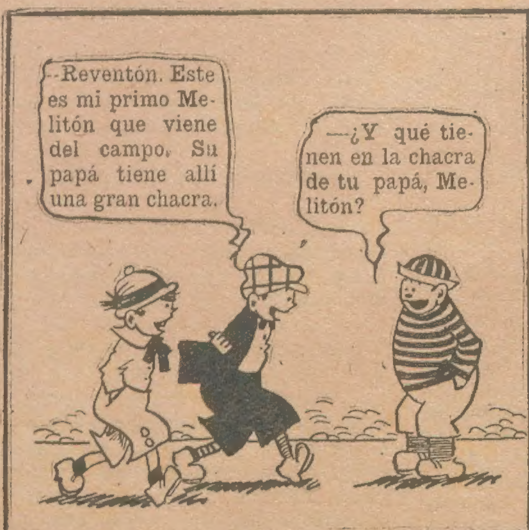
Numerosas familias asisten a las interesantes funciones que se efectúan en el más bonito cine de Palermo, en el que se pasan atrayentes películas y muy morales.

GRAN ESPLENDID

"Nombrad a la mujer" y "La escapada", dos últimos estrenos que nos fueron dados en esta aristocrática sala, determinaron llenos totales, por tratarse de hermosas producciones cinematográficas interpretadas por celebradas figuras de la pantalla.

Para la semana que entra, los carteles serán integrados con películas verdaderamente notables, cuyo anuncio viene despertando el interés del público selecto que frecuenta este cine.

AVENTURAS DE PIPIRI

























Ultimas creaciones de la moda femenina





1 — Modelo Jenny — Vestido de lana lisa color marino recortado con dientes orlados con trencilla. La blusa, recogida en la cintura, está confeccionada con crespón de China blanco. — 2 — Modelo Bernard. — Vestido sastre con larga chaqueta, ejecutado en carella fantasía de tono violado apagado, con bolsillos dobles y cuello de piel gris. 3 — Modelo Jenny — La chaquetita redondeada de este vestido de drapella marino, orlado con trencilla, se abre sobre un jersey de anchas rayas de tonos rosa, malva, amarillo y con hilado oro. — 4 — Chaqueta de lana lisa, color moreno obscuro, adornada con tiras de tela fantasía con dibujos blancos. De esa misma tela está compuesta la falda con tiras lisas en el costado.

A. García y Cía., Perú 1746